
Dale una Oportunidad
Hellen Cross

Dale una oportunidad

Hellen Cross

Copyright © 2024 Hellen Cross

Todos los derechos reservados.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Título original: Dale una oportunidad. Parte 1
1.ª Edición: febrero 2023
©Hellen Cross
© Diseño portada y maquetación: Virginia Salazar @vi.the.designer
©Corrección: Noelia Jiménez Moyano. Servicios editoriales Letras del Alma.

A mi hijo pequeño, siempre conmigo siempre en mi corazón.



Capítulo 1

Donde empieza la pesadilla

A Lola le encantaba la Navidad, cantar villancicos, ver películas de magia infantil, mirar los escaparates… En fin, todas las cosas que en estas fechas hacen que las familias olviden sus roces y que quienes están lejos vuelvan a casa. Eran tiempos de felicidad y alegría, el espíritu navideño siempre se apoderaba de ella en estas fechas, y eso que en su caso debería de ser todo lo contrario, desde que su padre enfermó cuando tenía dieciséis años, su vida fue dura y triste. Aunque su madre intentaba que no le alcanzaran las malas noticias sobre la evolución de la enfermedad, siempre estuvo al tanto de todo, pero les dejaba creer que la habían engañado, más que nada para no aumentar sus preocupaciones. Al final, su padre no pudo vencer el cáncer y con diecisiete años se vio sola con su madre, quien se hizo la fuerte y en todo momento intentó que no faltase la alegría en la vida de su hija, pero les faltaba su padre y esposo, y eso, no podía cambiarlo.

Con dieciocho años empezó a estudiar primero de Arquitectura, y su suerte fue encontrar un trabajo a tiempo parcial en el mejor estudio de arquitectura de Madrid, por lo que además de sacar un dinero para estudiar, podría aprender mucho de esta experiencia. Tan solo lleva dos meses, pero el ambiente de trabajo era muy ameno y distendido y, aunque solo era una chica para todo en la oficina, le encantaba que le enseñasen sus proyectos.

Hoy es 22 de diciembre y la han avisado de que esta noche tendrán fiesta de Navidad en la oficina. Según Laura, la secretaria del jefe, habrá una copa y un picoteo en la planta baja, incluso pondrán música con un DJ.

Lola estaba emocionada, era la primera vez que acudiría a una fiesta así, por eso se puso el vestidito que le compró su madre por su cumpleaños. Se sentía un poco rara con él, pero su madre alababa su aspecto y le decía que estaba preciosa.

Se quitó el abrigo al entrar al ascensor y se miró otra vez, el negro del vestido resaltaba la palidez de su piel y el brillo casi platino de su pelo, mientras sus ojos oscuros parecían casi negros. Pensaba que no era una belleza, el color claro de su pelo y sus ojos oscuros en contraste llamaban la atención, pero más allá de eso, se sentía una chica normal, del montón, delgada y con poco pecho. Tiró hacia abajo del vestido, que apenas le llegaba a la rodilla, y se incorporó sonriendo cuando el ascensor se detuvo en su planta. Entró con decisión en la oficina y pasó junto a las peceras de ayudantes y arquitectos noveles, mientras les dedicó una sonrisa con simpatía, ellos le correspondieron de la misma forma, y la hicieron sentir tan bien que pudo notar el calor del regocijo subiendo por su interior. Se acercó a su cubículo y dejó el bolso y el abrigo colgados de la silla, para ir en busca de Carmen, su jefa.

—¡Buenas tardes, señora! —dijo con alegría.

—¡Hola, Lola! Toma, —Le dio un montón de carpetas—, necesito que me saques cinco copias de cada proyecto y las dejes en el despacho de Arturo antes de las seis de la tarde.

—Ahora mismo. —Cogió el montón y corrió hacia la sala de copiadoras.

Eran cinco carpetas, haciendo cuentas, al final tendría que cargar con veinticinco copias. Lo pensó bien, sabía que no podría con tanto peso, miró la habitación y vio que estaba el carrito de reparto de correos y expedientes, lo acercó a la fotocopiadora y empezó a organizar las copias. Buscó las carpetas vacías para meter los duplicados y asignó un color a cada proyecto para tenerlos organizados. Miró el reloj del móvil colgado a su cuello, eran las cinco y media, tiempo de sobra para llevar las carpetas ante el jefazo. Terminó de organizar cada carpeta original con sus copias y satisfecha, empujó el carrito hacia el ascensor para ir a la planta superior donde estaba el despacho de Arturo Somosierra, Arquitecto y socio fundador de EA Somosierra & Viedma.

Llamó a la puerta, pero no hubo respuesta, así pues, abrió y asomó la cabeza, el despacho estaba vacío, entró despacio y se acercó a la mesa, donde dejó los cinco montones de carpetas. No calculó bien la posición de estos y se le cayó la última. Se agachó a cogerla, volviendo a organizar las copias interiores en el suelo, en ese momento se abrió la puerta del despacho.

—¿Quién eres tú? —Lola se levantó con tanta rapidez que se golpeó la cabeza con la mesa.

—¡Ups! Lo siento, señor Somosierra. —Se irguió todo lo que le permitía su metro sesenta de estatura—. Soy Lola González, la asistente de Carmen Souza —le sonría con timidez.

—¿No llevas mucho tiempo en la empresa, verdad? —La miraba de arriba abajo.

—Estoy en la empresa desde hace dos meses, señor.

—Es raro que no te haya visto aún por aquí.

—Está muy ocupado para fijarse en todos los que trabajamos aquí —contestó con timidez.

—Bueno, esta noche solucionaremos eso, —La miró con una sonrisa de tiburón que le hizo estremecer—, porque supongo que te quedarás en la fiesta de Navidad.

—¡Oh! Sí, señor, por eso voy así vestida —señaló con inocencia su vestido.

—Estás preciosa, querida, tu novio estará encantado.

—¡Oh, no! Yo no tengo novio —soltaba una risita cándida.

—No me lo puedo creer, —dio unos pasos hacia ella—, seguro que los chicos hacen cola para salir contigo.

—Ja, ja, ja, ¡qué va!, no he tenido ni un novio en mi vida.

—¿Ninguno? —Arturo se pasaba el pulgar por la boca.

—No, señor, estoy muy ocupada entre el trabajo aquí y mis estudios de Arquitectura.

—¿Estás estudiando Arquitectura?

—Sí, bueno, he empezado este año.

—Si necesitas ayuda para aclarar dudas o mejorar notas, no dudes en acudir a mí —le guiñó un ojo con simpatía.

—¡Oh, espero no necesitarlo! Pero muchas gracias, señor. —Miró el reloj del móvil—. Vaya, son casi las seis, debo volver con doña Carmen.

—¡Nos vemos en la fiesta!

—¡Por supuesto! —contestó ella sonriendo mientras salía corriendo del despacho.

Tomó el ascensor y bajó a su planta de trabajo, cuando llegó a su cubículo vio un pósit en la mesa. Carmen le pedía que fuera a la sala de conferencias. Suspiró y corrió hacia el ascensor

de nuevo, para volver a la planta donde acababa de bajar. Llamó a la puerta entreabierta y entró con pasos decididos, Carmen estaba hablando con dos hombres, tendrían unos cincuenta años, la conversación debía ser entretenida porque todos sonreían mientras hablaban. Carmen se volvió hacia ella.

—Lola, prepara unas copas para Andrés y Pedro —les miró interrogante—. ¿Whisky?

—Solo con hielo, por favor —dijo el más regordete.

—Para mí también.

—Enseguida vuelvo.

Se dirigió al fondo de la sala y corrió la puerta tras la que se escondía la mini cocina, sacó el whisky, los vasos y puso hielo en una cubitera. Con la bandeja en la mano les ofreció las bebidas que agradecieron mirándola de arriba a abajo. Carmen le hizo una señal para que les dejase solos y volvió a su cubículo. Miró su correo electrónico por si Carmen le había dejado tareas, por supuesto, tenían que reenviar los correos uno a uno a los promotores del proyecto de Ciudad jardines de Pardillo. Se puso a ello con diligencia y cuando terminó, vio a Rosa, la becaria de último curso que entraba a su cubículo.

—Vamos, ya es la hora. —La miró con detenimiento—. ¿No te has maquillado?

—No uso maquillaje —le contestó con sinceridad.

—Hija, un poquito no te viene mal, vamos.

La cogió de la mano y entraron a los aseos femeninos, sacó un pequeño neceser de su bolso y le empolvó la cara. Lola no sabía por qué la dejaba hacer, y agradeció su amabilidad. Le pintó la raya en los ojos, luego le dio un poco de sombra rosa, colorete y por último, le pintó los labios de un rosa bastante fuerte.

—Tal vez sea demasiado —señalaba sus labios.

—¡Qué va! Estás guapísima, y el rosa destaca los labios tan bonitos que tienes —le guiñó un ojo—. Ojalá tuviese yo unos labios tan llenos.

—¡Pero si eres preciosa, Rosa!

—Tú sí que eres preciosa, con ese pelo tan rubio y esos ojos tan oscuros, el colmo es esa boquita de piñón con los labios gorditos —suspiró su amiga—. Unas tanto y otras tan poco.

—¡Anda, anda! No te quejes que ya quisiera yo tener tu cuerpazo. —Lola señalaba su abundante busto.

—Hija, es lo único que me salva de la mediocridad.

Rieron a carcajadas y salieron para tomar el ascensor hasta la planta baja donde se celebraba la fiesta. Los alegres villancicos sonaban por los altavoces creando una banda sonora dulce y alegre, todo el mundo estaba muy arregladito. Lola vio a algunos de los chicos de reparto y les saludó, uno de los arquitectos más jóvenes se acercó a ellas.

—¡Hola, Rosa, Lola! Estáis guapísimas —les guiñó un ojo.

—Igual que tú, *malote*. —Rosa le cogió de las solapas y le estampó un beso en todos los morros.

Alucinado, David abrió los ojos y miró a Rosa con una sonrisilla, hasta que se dio cuenta de que ella señalaba hacia arriba, justo sobre ellos había colgado un ramillete de muérdago y se rio a carcajadas.

—¡Por un momento creí que te tenía en el bote! —se reía David.

—Pues no, chico, solo cumplo con la tradición, ja, ja, ja.

Rosa cogió dos copas cuando pasaba un camarero y le dio una a su amiga. Siguieron charlando con David y se les unió otro de los becarios. Lola sostenía la copa de champán, pero no bebía, su madre le advirtió al salir que no debía beber, y como el alcohol no le gustaba, no

tuvo problema en hacerle caso.

Lola se apartó un poco de sus compañeros y miró en busca de una silla, tenía los pies molidos, aunque los tacones que llevaba no eran altos, ya le dolían los pies después de estar toda la tarde correteando con ellos. Vio una silla en una esquina cerca de la puerta de los ascensores y se dirigió a ella con prisa antes de que alguien la cogiera. Suspiró al sentarse y se sacó el pie izquierdo del zapato con disimulo.

—¿Te diviertes, Lola? —Arturo Somosierra le sonrió desde su altura.

—¡Oh, sí, señor! —Se volvió a calzar el zapato y se levantó—. Solo estaba descansando un poco.

—¿Estás muy cansada?

—No, señor —le sonrió.

—Es que necesito que vayas a la sala de conferencias para recoger unas carpetas que me he dejado. —Le guiñó un ojo a la muchacha—. ¿Puedes bajarlas?

—Por supuesto, señor —le devolvió la sonrisa y se dirigió con rapidez para llamar el ascensor.

Se bajó en la planta séptima, donde estaba el despacho de los socios y la sala de conferencias, y corrió hacia la sala. Entró y encendió las luces, dejó el bolso y el abrigo sobre una silla y buscó la carpeta que le había pedido Arturo, pero no la vio, recorrió todo el perímetro de la mesa y nada. Se acercó a la cocina por si la había dejado en la encimera, y tampoco la vio, estaba a punto de bajar a decirle a su jefe que no la encontraba cuando vio entrar en la sala de conferencias a Arturo, le acompañaban los constructores, Andrés y Pedro, y dos hombres más que no conocía.

—Lo siento, señor Somosierra, no encuentro la carpeta que me ha pedido. —Le miró muy seria—. ¿Tal vez la dejó en su despacho?

—Lola, qué diligente eres. —Se volvió hacia los hombres que le acompañaban—. Aquí, donde la veis, esta chiquita ha empezado este año primero de Arquitectura.

—¿Qué edad tienes, bonita? —le preguntó uno de los hombres.

—Dieciocho, señor —contestó con timidez. Escuchó varios suspiros, pero no les dio importancia.

—Además, es tan aplicada que no tiene tiempo ni para novios, ¿verdad, Lola?

—No, señor, ni lo he tenido ni pienso tenerlo, por lo menos hasta que termine la carrera, no me puedo despistar —le sonrió con simpatía.

—¡Qué interesante!

Pedro, uno de los constructores, se acercó a ella tanto que apenas podía moverse entre la encimera de la cocina y su larguirucho cuerpo, extendió la mano para apartarle con suavidad, pero apenas consiguió moverlo. Una mano la sujetó por el brazo derecho y otra por el izquierdo, miró y vio que eran Andrés y otro de los hombres. Ahora se estaba asustando, fue a hablar, pero le taparon la boca. El pánico se apoderó de ella, uno de los hombres la cogió en brazos mientras otro seguía tapando su boca. Se revolvió como pudo, ahora el miedo le daba fuerzas, miró desesperada a su alrededor y vio a Arturo frente a ella, su mirada daba miedo. A su lado, el otro hombre y Andrés se reían. Movió la cabeza con furia e intentó gritar, pero la mano sobre su boca impedía que emitiera sonido alguno.

—Bueno, chiquita, ahora vamos a pasar un buen rato todos juntos.

Arturo se bajó los pantalones y ella se asustó al verle con el miembro en la mano, la idea de violación en grupo se coló en su mente y se aterrorizó aún más. Lola intentó revolverse y escapar de su agarre, pero eran muchos y más fuertes que ella. La voz de Arturo se coló en su

cabeza.

—Será mejor que te relajes y disfrutes, chiquita, solo será un momento, mis amigos y yo queremos pasar un buen rato antes de volver a casa. —Gimió y lloró mientras las manos de los hombres se apoderaban de su cuerpo. Le arrancaron las medias y las bragas, le abrieron las piernas y ella, anonadada, levantó la cabeza justo cuando Arturo se colocó entre sus piernas y lloró con más fuerza.

—Vamos, chiquita —ronroneó—, solo será un momento.

Sintió su pene entre las piernas y luego el dolor, gritó con fuerza, pero él siguió entrando y saliendo de ella con furia, su sonrisa de tiburón se congeló en su memoria mientras el dolor le hacía llorar y gritar. De improviso soltó un sonoro gruñido de satisfacción y se apartó de ella, la humedad de su semen deslizándose entre sus piernas la trajo a la realidad, intentó cerrarlas, pero se colocó otro de los hombres y volvió a violar su cuerpo. Dejó atrás toda resistencia y cerró los ojos, su mente se resguardaba del dolor y solo pensaba en lo que haría cuando saliera de la oficina.

—Dale la vuelta, que quiero probar su culo —gruñó otro de los hombres con una voz rasposa y desagradable.

La voltearon sobre la mesa, sujetando su cabeza contra la madera mientras alguien le abrió los glúteos. El dolor esta vez le hizo gritar con fuerza, intentaron taparle la boca, pero movió la cabeza a otro lado y consiguió emitir gritos, no muy fuertes, porque apenas le salía la voz, pero al menos alguien podía escucharla si pasaba cerca.

—Ponla de rodillas sobre la mesa —escuchó a Pedro. La subieron a la mesa y le obligaron a arrodillarse, Pedro subió a la mesa de rodillas y le puso el pene en la boca a la vez que otro seguía entrando en su culo con fuerza.

—Eso es, nena, cómetela entera —dijo mientras emitía gruñidos de placer.

—Joder, Pedro, deja algo para los demás —escuchó a Arturo.

El pene entraba en su boca hasta la garganta y dio arcadas, pero no se detuvo, siguió embistiendo con fuerza mientras por detrás la machacaba otro. No podía impedir que le hicieran lo que quisieran y se resignó, solo esperaba que no le hicieran más daño, sin embargo, no tuvo suerte. Alguien la cogió del pelo y tiró con fuerza, el dolor le hizo gritar, pero el pene en su boca impidió que saliera sonido alguno. Pedro gritó satisfecho mientras se vaciaba en su garganta, Lola comenzó a dar arcadas y vomitó a un lado, pero eso no le impidió continuar arremetiendo contra su boca, cuando sacó el pene le dio un bofetón que le hizo morderse el labio.

—La próxima vez te lo tragas, puta.

Pedro se apartó y dejó a uno de los desconocidos ante ella, vio su pene gordo y asqueroso antes de entrar en la boca y lloriqueo, aun así, él se lo metió y comenzó a moverse. Sintió entrar otro pene en su vagina, sus bruscos movimientos la sacudían hacia delante mientras el que le follaba la boca lo hacía en sentido inverso, al notar el semen correr dentro de su boca y mientras le agarraban del cuello, lo tragó todo antes de que le volvieran a pegar.

Abrió los ojos y vio que estaba sola, le dolía todo. Vomitó en la moqueta y lloró mientras intentaba incorporarse, pero le fallaban las fuerzas, el dolor era insoportable, estaba empapada de semen que le bajaba por las piernas tanto por delante como por detrás. Consiguió levantarse y lo vio sentado al fondo de la sala, tenía una sonrisa de satisfacción que le hizo estremecer.

—¿Ya te has despertado, chiquita? —Se puso en pie—. Será mejor que te acerques al aseo para arreglarte un poco, estás hecha un asco —se carcajeó, fue a salir de la habitación y se volvió hacia la muchacha—. ¡Ah!, y si le dices algo de esto a alguien, ya sea tu madre, tu confesor o la policía, te garantizo que el único trabajo que podrás hacer a partir de ahora será el

de prostituta, así que piénsalo bien antes de hablar sobre esta noche.

Salió y dejó la puerta abierta, se terminó de poner en pie y cogió el abrigo y el bolso. Fue haciendo eses hasta el aseo y se encerró a llorar en el váter. Se limpió con papel higiénico como pudo y salió para mojar papel y limpiarse mejor. Al mirarse al espejo se asustó, lavó la cara con abundante agua y jabón, retirando los restos de maquillaje. Tenía el labio partido, se lo tocó con cuidado y luego se enjuagó la boca con jabón, escupió con asco y volvió a llorar. Miró la hora, eran las doce, no sabía si la fiesta continuaría, pero se arregló un poco el pelo y se colocó el abrigo para tapar la ropa desgarrada, se colgó el bolso y se recompuso. Salió mirando a todos lados por si quedaba alguno de los hombres en la planta y corrió como pudo hacia el ascensor.

En la planta baja todavía quedaba mucha gente, vio a Arturo con Andrés charlando con varios de los becarios y riendo a carcajadas, le daban ganas de vomitar, gritar y señalarles como violadores, pero el miedo a la amenaza que le hizo al salir se apoderó de su mente. Él le devolvió la mirada con chulería y levantó una ceja como retándola a que dijera algo. Corrió hasta la puerta y salió al frío invierno de Madrid, buscó un taxi desesperada, con el dolor que tenía en todo el cuerpo apenas podía andar, vio llegar uno con la luz verde y levantó el brazo para llamarlo, por suerte se detuvo.

—A la calle Marqués de Vadillo número 20. —Se sentó despacio en el asiento trasero y se aguantó las ganas de gritar de dolor.

A estas horas todavía había mucho tráfico por las calles, vio las luces de Navidad, pero ya no le parecían bonitas, ni dulces, ni nada, eran el recordatorio de lo más feo que le había ocurrido en su vida, más incluso que la pérdida de padre. Le subió una arcada y se puso la mano en la boca, el taxista se dio cuenta.

—Señorita, si se encuentra mal puedo parar.

—Sí, por favor —dijo tapando la boca para impedir que el vómito se le escapara. —El taxi se detuvo junto a la acera y ella abrió con rapidez la puerta, salió y vomitó en la acera. Los pocos transeúntes de la calle la miraron con asco, debían pensar que estaba bebida, vio una mano que le tendía un pañuelo de papel y al incorporarse reconoció al taxista, le sonrió, cogió el pañuelo y se limpió la boca.

—Muchas gracias. —Volvió a sentarse en el taxi y continuaron la carrera.

Abrió con cuidado la puerta de casa, no quería despertar a su madre, pero ella le estaba esperando sentada en el salón, su sonrisa se congeló cuando la vio llegar.

—Lola, hija. ¿Qué te ha pasado? —La cogió del codo y la llevó hasta la luz.

—No es nada, mamá, solo me he sentido fatal y he vomitado un montón. —Giró la cara a otro lado y bajó la mirada para que no descubriera su mentira.

—¿Has bebido?

—No, mamá, pero he comido sushi y me ha sentado fatal. —Puso cara de asco.

—Normal, hija, eso es pescado sin cocinar. ¿Cómo se te ocurre comerlo?

—No volveré a probarlo. —Le dio un beso—. Ahora voy a darme una ducha para ver si me recupero y me acuesto.

—Vale, hija, yo también me voy a la cama que entro de mañana.

∞∞∞

La vio meterse en su cuarto y entró con rapidez en el baño, se quitó el abrigo y miró el vestido hecho jirones, se lo sacó mientras lloraba en silencio para no alarmar a su madre, se metió bajo el agua y se frotó con fuerza, enjabonándose una y otra vez. Se aclaró y cuando iba a salir, se

volvió a enjabonar. Vio el agua de color rosado y no se alarmó, no sabía si se estaba haciendo sangre en la piel de tanto frotar o eran los restos de la agresión, pero le daba igual, solo necesitaba limpiar de su piel el olor de ellos, arrancar el recuerdo le costaría más, pero lo haría. Se secó el pelo y al mirarse en el espejo le dieron ganas de volver a la ducha, se contuvo porque si lo hacía sabía que su madre vendría a ver por qué tardaba tanto. Cogió el vestido destrozado e hizo una pelota con él. En su cuarto, metió los restos de tela en la mochila que llevaba a la universidad para tirarlo en una papelera de la calle, se hizo un ovillo en la cama y lloró bajo la almohada, el dolor era casi insoportable, pero si no se movía parecía que no era tanto.



Capítulo 2

Vuelta a la oficina

Estas fueron las Navidades más tristes que vivieron Lola y su madre, ella porque recordaba a su esposo, Lola porque se sentía incapaz de ver nada bonito, su mente estaba estancada en lo que le hicieron esos hombres, ni siquiera se atrevió a decir una palabra de ello.

Se miró al espejo e intentó coger fuerzas, le temblaban las manos y las piernas, se dejó caer en la cama y se le escaparon sollozos, miró el reloj, aún podía llegar a tiempo, pero su cuerpo no le respondía, no podía volver, todavía no. Llamó al departamento de personal y avisó que estaba enferma y que no podría ir a trabajar hoy, la chica que le atendió no lo puso en duda, con toda seguridad su voz débil y temblorosa daba esa impresión. Se volvió a poner el pijama y se hizo un ovillo en la cama.

—Mañana iré a trabajar, enfrentaré a mi jefe y… —lloró con ganas, a quién quería engañar, no podía plantarle cara a Arturo, todavía sonaban en su cabeza las amenazas y las creyó, vaya si las creyó. Si había sido capaz de hacerle lo que le hizo, destrozar su vida no le supondría ningún problema.

Cuando volvió su madre y la vio en la cama se alarmó, Lola le dijo que solo le dolía la cabeza, pero ella quería llevarla a urgencias. Se negó y le pidió que le dejara descansar. Mañana sería otro día para afrontar la vida, lo que no sabía era cómo se enfrentaría ella.

El 27 de diciembre, miércoles, pensó que si quería conservar su empleo, debía ir a trabajar. Así que se puso unos vaqueros y un jersey que le tapaba hasta las caderas, se calzó las botas de motera y se repitió una y otra vez que debía ir a trabajar. Con el pelo recogido en una coleta y un gorro de lana, se puso el anorak, cogió el bolso y salió de casa. Tomó el metro hasta la parada de Sevilla y anduvo la poca distancia que la separaba del despacho de arquitectura en la calle de Alcalá.

Respiró hondo antes de empujar la puerta y sumergirse de nuevo en este edificio que odiaba, por un momento notó que le faltaba el aire, se detuvo e inspiró despacio, luego expiró, estaba a punto de volverse cuando se encontró a Rosa.

—¡Hola, Lola! —la abrazó—. ¿Estás mejor?

—Sí, bueno, un poco —le sonrió sin ganas.

—Tienes mala cara. —La cogió del codo y la empujó hasta llegar al ascensor.

Se bajaron en la planta sexta, Lola se dirigió a su cubículo mientras Rosa se despedía. Colgó el anorak y el bolso en la silla, estaba a punto de salir para buscar a Carmen cuando sonó su teléfono.

—Señorita González, debe venir a la sección de personal de inmediato.

Colgó el auricular, algo alucinada por el escueto llamamiento, y como no vio a Carmen, dejó una nota en la mesa, por si venía a buscarla. Bajó a la quinta planta y cuando se identificó en la oficina le hicieron pasar al despacho del jefe de personal.

—Buenos días, señorita González, haga usted el favor de firmar el finiquito. —Le tendió unos papeles.

—¿Finiquito? —Lo miró ojiplática—. ¿Me han despedido?

—¿No se lo avisaron antes de las fiestas? —La observó muy serio.

—No, qué va. —Le temblaba todo—. ¿Pero por qué?

—Al parecer no ha superado el periodo de prueba —dijo cortante—. Si es tan amable de firmar, alguien la acompañará a su mesa para que recoja sus objetos personales.

—Pero… —no sabía qué decir, cogió los papeles, los firmó y se dio la vuelta.

Recogió las pocas cosas que tenía en su cubículo y al salir se topó con Carmen, quien le echó la cara a otro lado, pero ella no se achicó.

—¡Carmen! ¿Cómo es que no he pasado el periodo de prueba? —su voz sonaba insegura.

—Mejor déjalo estar, Lola. —Siguió su camino sin mirarla.

Junto a ella, uno de los mozos le dijo que don Arturo Somosierra quería verla en su despacho, se le puso todo el vello de punta y negó con la cabeza.

—Ya no tengo nada que hablar con don Arturo. —Y es cierto, ya había firmado el finiquito, por lo que su relación con la empresa había terminado y no tenía poder sobre ella.

Salió andando con pasos más seguros de lo que realmente sentía, tomó el ascensor y echó un último vistazo al que pensaba que era un sueño de trabajo y que, en realidad, se había convertido en una pesadilla. En la calle respiró hondo y se envolvió en el anorak, no le apetecía meterse en el metro, por lo que se dedicó a pasear por las calles sin destino definido, hasta que el rugido del estómago la hizo detenerse. Miró dónde estaba y reconoció el centro comercial de Príncipe Pío, entró y se tomó una Coca-Cola con unos montaditos.

La habían despedido, lo había hecho para demostrar el poder que tenía sobre ella, un escalofrío recorrió su cuerpo, a partir de ahora se centraría en sacar la carrera y cuando terminara… «¿Qué haré? Estoy estudiando para trabajar en un estudio de arquitectura, lo que supone que con el tiempo volveré a encontrarme a esos…, no les diré hombres, porque no lo son, animales, eso es lo que son. No podrán conmigo, puede que tomaran mi cuerpo, pero mi mente se impone, soy más fuerte que ellos, superaré sus abusos y reharé mi vida, esa será mi victoria sobre ellos».

Con la decisión tomada salió del centro comercial e ingresó en el metro. En casa le esperaba su madre algo alarmada por la tardanza.

—¡Hola, mamá! —Le dio un beso y entró a su cuarto a cambiarse.

—¿Qué ha pasado? Llevas todo el día fuera de casa y se supone que salías a mediodía.

—Mamá, me han despedido —dijo en voz baja, avergonzada.

—¿Y eso por qué?

—Dicen que no he superado el periodo de prueba.

—¿Y ha sido así?

—No lo creo, mamá, no he tenido quejas de mi trabajo, pero cualquiera sabe. —Se volvió a la cocina.

—No te preocupes, hija, con mi sueldo y los ahorrillos que dejó papá sacarás la carrera, no necesitas trabajar.

—Lo sé, mamá. —Le dio un beso cogiendo su cara entre las manos—. Lo bueno es que ahora podré preparar los exámenes con tranquilidad y sin agobios.

A finales de enero comenzaron los cuatrimestrales y Lola pudo ponerse al día en las asignaturas más complicadas. Su vida era de la universidad a casa y de casa a la universidad. Terminaron a mediados de febrero y volvió a sumergirse en la vorágine de clases y estudio mientras salían las notas. Abrió el correo de la universidad para ver si habían colgado los exámenes corregidos y se emocionó al ver que ya habían salido, empezó a buscar sus notas y el mundo se le vino encima.

- *Expresión Gráfica Arquitectónica 1 - no apto.*
- *Fundamentos Físicos Aplicados a las Estructuras - No apto.*
- *Fundamentos Matemáticos en la Arquitectura 1 - No apto.*
- *Historia de la Arquitectura 1 - No apto.*

No se lo podía creer. «¡¡¡No he aprobado ninguna!!! Pero si me salieron muy bien los exámenes, incluso comprobé las respuestas con mis compañeras de clase. Tiene que haber algún error». Abrió la aplicación de su perfil en la universidad y les pido cita a todos sus profesores, esperó que le confirmaran, pero nada, al final solo su tutor, que le daba Historia de la arquitectura 1, le dio cita para el día siguiente a las doce de la mañana.

Se despertó temprano y nada más abrir los ojos, una arcada le sobrevino y tuvo que salir disparada hacia el baño, agarrada a la taza del inodoro, vomitó hasta la cena de la noche anterior y cuando no quedaba nada en su estómago, las arcadas secas sacudían su cuerpo. Respiró hondo e intentó hacer caso omiso de las náuseas. Se levantó y se lavó los dientes, al salir se encontró a su madre que la miraba con cara rara, pero no le dijo nada. Salió de casa sin desayunar y fue a la universidad. Su estómago seguía revuelto, pero si no tomaba nada de comer, creía que podría controlar las náuseas. Fuera del despacho del profesor Sánchez, había varios compañeros, se miraron todos, pero apenas hablaron. Escuchó su nombre y entró al despacho mientras seguía ordenando las ideas.

—Profesor Sánchez, quisiera consultar mis exámenes, me han puntuado con…

—No siga, señorita González, no vamos a revisar sus exámenes —su voz sonaba dura—. Le aconsejo que cambie de carrera y universidad.

—Pero ¿qué dice? —Se puso en pie—. Hice mis exámenes bien, incluso diría que con nota, y sé lo que digo porque comprobé mis respuestas nada más salir.

—Señorita González, no sé si decirle esto, pero no estoy de acuerdo con lo que le están haciendo. Se ha echado usted un gran enemigo, tanto que esta universidad no podrá aprobar sus trabajos sin que haya consecuencias.

—¿Cómo? Estoy estudiando con una beca del estado, he hecho mis exámenes y los he hecho bien, merezco un tratamiento igual al de mis compañeros. —Se dejó caer en el sillón.

—Lo siento, señorita González, no puedo hacer nada, y por mucho que proteste no la van a evaluar con justicia, siga mi consejo y cambie de carrera y de universidad.

—No puedo —se echó a llorar sin saber qué hacer.

—No sé qué ha hecho para ganarse tan formidable enemigo, pero de verdad que debe alejarse de esta universidad y olvidarse de estudiar Arquitectura.

Salió del despacho sin saber qué hacer, en su cabeza se repetía el mismo nombre una y otra vez, no tuvo bastante con someterla a la degradación más cruel y abyecta del ser humano, luego la despidió del trabajo para hacerle ver su poder sobre ella y ahora, ¿qué quiere? ¿Qué pretende? ¿Acaso va a cumplir la amenaza que le hizo ese fatídico día? No le denunció, ni había contado a nadie lo que le hicieron. Tenía que hablar con Arturo Somosierra, no podía dejar que

arruinara su vida. Cogió el teléfono y llamó a Laura, la secretaria de Arturo.

—Hola, Laura, soy Lola González, quería concertar una cita con don Arturo.

—¡Lola! Lo siento, pero no puedo darte cita con él.

—¿Por qué?

—Me ha dado orden de no darte acceso a la empresa. ¿Qué le has hecho?

—¿Yo? Pero si no hice nada —se quejó—. Por favor, Laura, necesito hablar con él.

—Está bien, le diré que quieres hablar con él, pero no te garantizo nada.

—Gracias, Laura.

Volvió a casa sumida en sus pensamientos, su vida estaba en jaque desde aquella fatídica noche en que cinco hombres… Entró en casa y le sonrío a su madre, aunque lo que realmente quería era encerrarse en su cuarto y llorar.

—Hola, hija. ¿Ya has hablado con el tutor?

—Sí, mamá, —Sus ojos se llenaron de lágrimas—, es cierto, me han suspendido todas las asignaturas. —Se agarró a su cuerpo y dejó salir el llanto largamente contenido.

—¡Ay, mi niña! Pero si decías que los hiciste muy bien.

—Pues me equivoqué —lloró con ganas—. Dice mi tutor que cambie de carrera.

—Tal vez tenga razón, si no has podido con estas primeras asignaturas…

—¿Y qué hago? —Se aferró a ella como si se estuviera ahogando.

—Si no se te da bien la arquitectura, tal vez te vaya mejor con la decoración. —Le besó en la frente.

—Mamá, eso es un ciclo formativo superior, no una carrera —dijo entre hipidos.

—¿Son estudios, no?

—Sí, mamá, pero yo quería estudiar Arquitectura, me encanta diseñar edificios, jugar con los materiales, aprender de los edificios antiguos.

—Bueno, tal vez puedas hacer lo mismo con ese ciclo superior. ¿Por qué no lo miras? — Lola se quedó pensativa, mirando al vacío, mientras en su cabeza se ordenaban las ideas e intentaba olvidar lo que la atormentaba.

—Tienes razón, mamá. —Se secó las lágrimas—. Miraré para solicitar plaza.

Su madre le dio un beso en la frente y ella se metió en su cuarto. Tenía tan mal cuerpo que se acostó y se quedó dormida casi de inmediato. La despertó el sonido del móvil, lo cogió con rapidez.

—¿Dígame?

—Hola, chiquita. ¿Ahora sí quieres hablar conmigo?

—¡Señor Somosierra!

—Escúchame bien, chiquita, te di la oportunidad de hacerlo por las buenas y tú me ignoraste, ahora atente a las consecuencias.

—Escúcheme, señor, no he dicho nada a nadie, no entiendo por qué tiene que acosarme y arruinar mi vida.

—No, chiquita, no he terminado contigo, te dije que solo te quedaría una opción para trabajar.

—¡Pero si no he dicho nada! ¿Por qué no me deja en paz?

—Porque quiero más noches contigo.

—Eso no.

—Como quieras, entonces ya sabes lo que te toca.

Le colgó el teléfono y se quedó mirando el insignificante aparato, las lágrimas emborronaban su visión, las dejó salir y lloró mientras recordaba la conversación que había

mantenido con su exjefe. Las náuseas se apoderaron de nuevo de su cuerpo y tuvo que salir corriendo al baño, vació lo poco que tenía en el estómago y cuando ya no salía nada, dio arcadas secas, la bilis subió por su garganta quemando todo a su paso. Se levantó despacio y se enjuagó la boca, al mirarse en el espejo sus ojos se vieron muy oscuros, mucho más teniendo en cuenta las ojeras que los bordeaban. Se lavó la cara y al salir se topó con su madre.

—¿Hija, qué te pasa? —Le cogió la cara entre sus manos.

—No es nada, mamá, hoy me he levantado con mal cuerpo, supongo que los nervios se me han cogido al estómago.

—¿Estás segura?

—Sí, mamá. —Le dio un beso y se volvió al cuarto.

Miró en la página de educación para consultar los ciclos formativos, vio el de Proyecto y dirección de obras, debía hacer una preinscripción y luego superar una prueba de acceso, pero hasta abril no se abría el plazo. Se puso una alerta en el móvil y salió a buscar a su madre.

—Mamá, voy a matricularme en Proyecto y dirección de obras, que es lo que antes se llamaba decoración.

—¡Así se habla, hija! —Le dio dos besos—. Cuando una puerta se cierra, en algún lugar se abre otra.

—¡Gracias, mamá!

Se abrazaron emocionadas ante la perspectiva de un futuro ya trazado, un camino que recorrerían juntas, aunque las piedras les hicieran tropezar.



Capítulo 3

Cambio de rumbo

Lola se despertó con el cuerpo descompuesto una vez más, consiguió controlar las náuseas hasta que su madre se fue a trabajar. Cuando se levantó y recogió la casa, fregó los platos y al terminar, se sentó en la cocina a desayunar, solo cogió unas galletas y las masticó con lentitud mientras escuchaba la radio. El sonido de la alarma del móvil la sacó de su retrospectiva matutina y lo revisó, ya podía hacer la preinscripción para el curso de Técnico superior de Proyecto y dirección de obras. Sin dudar se metió en la página del instituto para rellenar su preinscripción, ese era el principio del cambio y le daba nuevas energías.

Otro día más se levantó Lola descompuesta y su madre la miró muy seria, cogió la mano y la obligó a sentarse con ella en el sofá.

—Hija, creo que es hora ya de que me digas la verdad.

—No sé de qué hablas, mamá.

—Hija, llevas mucho tiempo con náuseas matutinas. ¿Acaso crees que no me he dado cuenta?

—Pero no estoy enferma, mamá, a media mañana se me pasan, así que no es grave.

—¿Quién es el padre?

Lola la miró sin comprender, hasta que la luz se hizo en su cabeza, no, no puede ser, solo de pensarlo le entraban ganas de vomitar, su cuerpo se estremeció y lloró al darse cuenta de cómo ese día le cambiaron la vida. No solo abusaron de su cuerpo, además la dejaron embarazada. Pero no podía contarle nada a su madre, no quería que sufriera por ella y sabía que si se sinceraba eso sucedería. No supo qué decirle, aunque su cara lo explicaba todo, su madre la abrazó y lloró con su hija, los recuerdos volvieron a ellas como cuando les dejó su padre y esposo, ella la besó y le susurró palabras de consuelo que apenas podía escuchar entre los lamentos.

—Bueno, ya está bien de llorar, mañana iremos al médico, ahora mismo pido cita.

—Mamá, te quiero mucho.

—Lo sé hija.

—¿Qué voy a hacer?

—Lo que decidas, estará bien. —Le acarició la cabeza.

—¿Crees que debería abortar?

—Eso lo tienes que decidir tú, hija, yo estoy aquí para apoyarte, decidas lo que decidas.

—¡Gracias, mamá! —La besó en las mejillas—. Soy muy joven para tener hijos.

—Solo piensa lo mejor para ti.

—¿Y si lo tengo?

—Yo te ayudaré.

—No puedo deshacerme de él así como así, está mal. —La miró entre lágrimas mientras su conciencia se imponía a otros pensamientos.

—Pues entonces ten este hijo, yo te ayudaré en todo lo que necesites.

—Tengo que pensar, mamá. —Lola se levantó y se encerró en su cuarto. Se quedó dormida entre lágrimas de dolor y solo despertó con el suave toque de su madre en el brazo. Entre las sombras del sueño escuchó su voz llamándola.

—Vamos, hija, levántate y come un poco. —Tiró de su brazo y la incorporó.

—Ya voy, mamá. —Se levantó tan despacio que su madre le dio un empujoncito cariñoso —. ¡Vale, ya voy! —Cenaron en silencio, mientras Lola se limitó a marear la comida por el plato, su madre la observaba con disimulo.

—Deja eso ya y come.

—Lo siento, mamá, pero no tengo hambre.

—Pues debes comer, aunque solo sea por la criatura.

Cortó un trozo de carne y se lo metió en la boca sin dejar de mirar a su madre, que le sonrió y siguió comiendo, Lola solo pudo meter otro trozo de carne en la boca, tenía el estómago cerrado.

∞∞∞∞

Estaban esperando en la sala de espera cogidas de la mano y de vez en cuando su madre le daba un apretón consolador, escuchó su nombre, pero no reaccionó de inmediato, entonces su madre le dio un toque en el hombro y se levantó como si tuviese un resorte.

—Buenos días —les saludó la doctora—. Señorita González, ¿qué le ocurre?

—Buenos días, —Se retorció las manos—, creo que estoy embarazada.

—¿Cuándo fue la última regla?

—El 8 de diciembre —dijo en voz baja.

—Bueno, tantos meses sin el periodo indica que casi con seguridad estás embarazada —le sonrió magnánima—, de todas formas te haré un test para confirmarlo. —Sacó una cajita del cajón de la mesa—. Solo tienes que mojar de orín el palito, puedes ir al cuarto de aseo de la sala de espera.

Lola asintió con la cabeza y salió dejando a su madre con la doctora, destapó el test, lo miró con detenimiento y después mojó con orín el palito por donde le había dicho la doctora, lo metió en la caja de nuevo y se lavó las manos. Cuando volvió a la consulta, tanto la doctora como su madre estaban muy serias, le entrego el test a la doctora, ella lo miró y luego levantó la cabeza para mirarla a ella.

—Señorita González, enhorabuena, está embarazada —le sonrió. Se le escapó un sollozo ante la confirmación, le temblaban las manos y las piernas, su madre la abrazó y fue el detonante para llorar sin control.

—Vamos, señorita González, todavía tiene opciones.

—Ya lo he hablado con mamá, no soy capaz de abortar.

—Piénsalo, eres muy joven y siempre podrás tener otros hijos cuando tu vida esté resuelta y te veas capaz de afrontar esa responsabilidad. —La doctora se acercó a Lola y le puso una mano en el hombro.

—Yo te espero fuera, Lola. —Su madre salió de la consulta y la dejó sola con la doctora.

—¿El padre no es tu pareja habitual?

—No tengo pareja y nunca la he tenido. —La miró mientras se secaba las lágrimas.

—¿Pero sabes quién es el padre?

—No. —Se retorció los dedos—. No fue algo consentido —volvió a llorar.

—¿Te violó? —Se sentó junto a ella.

—Fueron cinco —dijo entre sollozos.

—Deberías denunciar, aunque hace tiempo, los culpables deben rendir cuentas ante la justicia. —Lola pudo notar el enfado en su voz a pesar de que intentaba hablarle con tranquilidad.

—No puedo, temo más a las represalias que a callar lo que me hicieron —se enjuagó las lágrimas.

—¿Y no has pensado que lo que te hicieron a ti se lo pueden hacer a otra chica? —La miró con seriedad—. No es solo por ti, es por todas las mujeres que tendrán que sufrir lo mismo.

—Lo siento, no puedo.

—Como quieras. —Le apretó la mano—. ¿Has recibido atención psicológica?

—No, —Negó con la cabeza—, mamá no sabe nada y no quiero que se entere.

—Lola, este es un tema muy serio. Necesitas todo el apoyo que te pueda prestar tu familia y ayuda psicológica, a veces nos hacemos fuertes y escondemos muy dentro lo malo que nos ocurre, pero con el tiempo nos come por dentro, es mejor que recibas ayuda —asintió y se limpió la cara con el pañuelo que le tendió la doctora—. Siendo así, no sé si es conveniente que continúes con este embarazo.

—Yo no soy capaz de matar a este niño, —La miró con seriedad—, él no tiene nada de culpa.

—Entonces tal vez puedas darlo en adopción.

—No podría —se le escapó un suspiro—, es mi hijo y no lo abandonaré.

—Como quieras, —Escribió un informe con rapidez y le dio un P10—, con esto te darán cita para recibir asistencia psicológica, te he puesto como víctima de violencia para que te vean lo antes posible.

—¡Pero mamá no debe saber nada, por favor!

—No diré nada, pero te recomiendo contárselo.

—Lo pensaré, gracias por todo.

—Te llegará una cita para ecografía en estos días y esta es la receta para que tomes desde ya ácido fólico y vitaminas prenatales.

Al salir de la consulta, su madre la esperaba, la cogió por los hombros y salieron juntas, lo primero que hicieron fue ir a la farmacia a por las vitaminas.

—Gracias, mamá, sé que esto habrá sido un palo para ti, pero te juro que no lo busqué.

—Lo sé, hija, los accidentes ocurren, lo bueno es que conoceré a mi nieto o nieta —se rio mientras le guiñaba un ojo a la muchacha para hacerla reír.

—Eres la mejor —le dio un beso y la abrazó mientras caminaban hacia un futuro incierto.

∞∞∞

Dos semanas después fueron juntas a la primera cita de ecografía, Lola se tumbó en la camilla y miró la pantalla del ordenador mientras el médico paseaba la sonda por su vientre, vio aparecer cruces en la pantalla, era como si estuviese midiendo. Ambas mujeres permanecían calladas,

hasta que el médico terminó y las miró con cara seria.

—¿Quiere saber el sexo?

—¿Se ve ya? —dijo su madre excitada.

—Es un niño y por las medidas que he tomado, será un chicarrón.

—¿Eso es malo? —preguntó su madre asustada.

—No, salvo que pese demasiado, de momento no es alarmante.

—¿Nos puede imprimir la imagen? —preguntó Lola animada.

—No debería, —Le guiñó el ojo al tiempo que se llevaba el dedo índice a la boca—, que no se entere nadie.

Salieron las dos envueltas en una nube de felicidad, tomaron el metro y fueron al centro. Entraron a El Corte Inglés de Callao y subieron por la escalera mecánica, se detuvieron en la planta infantil, su madre la llevó hasta la zona donde estaban las cosas de bebé, y se le hizo un nudo en la garganta.

—Ahora vamos a seleccionar lo que necesita mi nieto. —Abrazó a su hija y se acercó a una minicuna.

—Mamá, esta minicuna se le quedará pequeña en nada, mejor compramos una cuna normal.

—De eso nada, en una cuna grande se nos perdería los primeros meses, además nacerá en septiembre y en los meses más fríos es mejor que esté acurrucadito en una minicuna.

La futura abuela se volvió loca apartando sábanas, nórdicos, biberones, toquillas, arrullos, pijamas y peleles. Cuando Lola miró el total de la cuenta casi se cae al suelo, cogió a su madre del codo para llevarla aparte y que no las escuchara la dependienta.

—Mamá, es un dineral lo que cuesta todo esto, seguro que podemos encontrar un sitio más económico o cosas de segunda mano.

—No te preocupes, hija, —Le dio un beso en la mejilla—, para mi nieto solo lo mejor. —Se acercó a la chica y le dio su tarjeta.

Volvieron a casa cargadas con la ropa y la maleta de bebé, el resto de cosas se las entregarían más adelante. Lola miró su cuarto y en su mente comenzó a ver cómo organizarlo, tenía que hacer espacio para la cuna. Su madre estaba tan feliz que le contagió la alegría a Lola, este parecía un embarazo deseado, y ella le siguió la corriente. No hay nada como rodearse de gente feliz para crear una burbuja de felicidad. A ello también contribuyó que acudía una vez a la semana a una psicóloga, gracias a ella sacó los horripilantes sucesos del 22 de diciembre, no se los guardó, y el hecho de hablar de ellos mejoró su estado de ánimo. Además, había pasado la prueba de acceso al ciclo formativo de Técnico superior de Proyecto y dirección de obras, hizo la matrícula, aunque no sabía cómo se las apañaría con un bebé lactante y estudiar al mismo tiempo. Cada vez que lo pensaba le entraban escalofríos, pero como siempre le decía su madre, pasito a pasito.

A pesar de que el bebé era grande, su barriga no lo era tanto, al ser tan delgada apenas se le notaba. En julio les trajeron el resto de cosas del bebé, y entre las dos montaron la cuna, Lola le hizo sitio en su armario para colocar la ropita y le cedió un par de cajones también. Todos los días Lola salía por la mañana temprano, se daba un largo paseo antes de que apretara el calor, hasta que un día se encontró con Laura, la secretaria de Arturo Somosierra, se le quedó mirando la barriga y le sonrió alucinada.

—Hola, Lola, ya veo que estás muy bien —se le escapó una risita.

—Hola, Laura, pues sí. —Se cubrió la barriga en un gesto protector.

—Ahora entiendo por qué te despidieron —volvió a reír.

—Pues ya ves —le contestó sonriendo.

—Bueno, me alegra haberte visto.

—¡Eh! Laura, —La cogió del brazo—, si no te importa, no digas nada de mi estado en la oficina.

—¿Y eso? —Levantó una ceja.

—No quiero que se lleven una falsa impresión de mí, después de lo que pasó.

—No te preocupes, Lola, no diré nada, además, tampoco se ha vuelto a hablar de ti.

—Gracias. —Se marchó con rapidez y Lola retomó su pesado caminar hasta casa, el encuentro le había puesto nerviosa.

«¿Y si se enteran de que lo que me hicieron ha tenido consecuencias? ¿Serán capaces de reclamar la paternidad para quitarme a mi hijo? No lo creo, entonces deberían admitir lo que me hicieron y Arturo Somosierra ha llegado muy lejos para deshacerse de mí».

Entró en casa y se tumbó en el sofá mientras regresaba su madre del trabajo, hoy salía de turno de noche, se tapó los ojos con el brazo e hizo como le había dicho la psicóloga, se repitió en voz alta; «Yo no tuve la culpa, ellos son los monstruos».

—¿De qué hablas?

—Mamá, ¿ya has llegado? —Se levantó con rapidez.

—¿Pues no me ves?

—Ya, es una pregunta tonta —se rio nerviosa.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien, he vuelto hace unos minutos de mi paseo y estaba reposando hasta que vinieras.

—Por suerte, traigo porras para desayunar —le señaló la mesa del comedor—. Pon el mantel y desayunamos juntas.

Mientras tomaban el café, Lola le contó su encuentro con su antigua compañera, Laura, y cómo se había reído de su estado. Su madre apretó los dientes y cogió la mano de Lola.

—¡Hija, no hagas caso de lo que te digan, y sobre todo, no sientas vergüenza, hoy en día hay montones de madres solteras!

—Lo sé, mamá, pero no quiero que en mi exoficina se enteren de mi estado.

—¿Acaso el padre lo conociste allí?

—No vuelvas a eso, mamá, ya te he dicho que no sé quién fue, no lo conozco.

—Lola, —La miró muy seria—, sé que es tarde para preguntar, pero hay cosas que me hacen pensar que el padre del niño te forzó. ¿Fue así?

—Mamá, ¿qué diferencia hay?

—Mucha, hija. Si te forzó, deberías denunciarlo, no por ti, sino por el niño. Nadie tiene derecho a abusar, y si no fue consentida la relación, a eso se le llama violación, debe pagar por ello. Además, cuando crezca hará preguntas, tiene derecho a saber.

—No mamá, no quiero nada del padre, ni aunque lo necesitase, sería lo último que querría de él, además me da igual.

—Piénsalo bien hija.

—Ya lo he hecho.

∞∞∞

El domingo hicieron planes para pasear por el centro comercial, Parque sur, comieron en La Sureña, pidiendo varias raciones, y para tomar el postre se sentaron en Llaollao.

—Pídeme uno natural con fresa, voy mientras al servicio —le dijo su madre dejando su

bolso en la silla junto a Lola.

—Vale, mamá —se rio—, pareces tú la embarazada con tanto visitar aseos.

—No seas impertinente, niña —se carcajeó su madre mientras se dirigía al aseo.

Lola se entretenía mientras con el móvil y conectada a su Instagram, descartó varias publicaciones de publicidad y le dio me gusta a varias excompañeras, siguió mirando hasta que un carraspeo atrajo su atención. Sentado frente a ella estaba Arturo Somosierra, tenía puesta su sonrisa de tiburón, ella se puso nerviosa y cubrió su barriga poniendo el bolso justo entre su cuerpo y la mesa.

—Hola, chiquita, —La miró sonriente—, veo que quedarte en casa te está viniendo bien, has engordado unos kilitos y te sientan muy bien.

—¿Qué quieres? —dijo con brusquedad intentando que no se le notara el miedo.

—Ya sabes lo que quiero, —Cogió su mano y ella intentó soltarse con rapidez—, estoy deseando repetir la experiencia contigo.

—Pues sigue soñando. —Pegó un tirón y liberó su mano.

—Tengo mucha paciencia, pero no quisiera tener que tomar medidas extremas.

—Ya no me puedes hacer más daño, conseguiste que me suspendieran todas las asignaturas, he abandonado la carrera, a pesar de que me despediste y te aseguré que no contaría nada.

—Bueno, todavía puedes perder más, —Su mirada cruel le atravesó como un puñal—, tu madre puede perder su trabajo también, quién sabe, tal vez sea la puntilla que necesitas para convertirte en la puta que quiero.

Se le escapó una exclamación y contuvo las lágrimas, no podía mostrar debilidad, se irguió con cuidado de no enseñar su vientre abultado. Se inclinó un poco hacia delante y le susurró para que solo él la escuchara.

—Si me acorralas no me quedará más remedio que poner una denuncia por lo que hicisteis. Hasta ahora no lo he hecho porque se suponía que me dejarías en paz si no hablaba, pero cuando no tenga nada que perder… —lo dejó con la incógnita a caso hecho.

—Touché. —La miró con odio—. De momento esperaré, pero algún día… —Se levantó y la dejó temblando, estaba a punto de llorar cuando se sentó su madre frente a ella. Tragó saliva y le sonrió disimulando su estado de ánimo.

—¿Quién era ese? —señaló la espalda de Arturo.

—Mi exjefe.

— ¿Qué quería? ¿Te ha explicado por qué te despidió?

—Solo me ha saludado, no le he preguntado el motivo de mi despido, yo trabajaba para Carmen Souza, y fue ella quien dijo que no superé el periodo de prueba —cada vez le salían mejor las mentiras.

—¡Ah!, vale, de todas formas, ahora lo que te interesa es sacar el curso en el que te has matriculado para conseguir un buen empleo. —Le pellizcó el moflete como cuando era pequeña.

—Sí, mamá —le sonrió con cariño.

Volvieron a casa, Lola estaba agotada, se tumbó en la cama y se quedó dormida de inmediato. Pero de sus sueños se apoderó la pesadilla en la que la acorralaban los hombres, sus manos por todo su cuerpo le hacían sentir angustia, intentó escapar, pero no podía, su fuerte agarre le dificultaba moverse. Lo peor era la mano que le impedía gritar, además el aire parecía entrar con cuentagotas en sus pulmones, consiguió liberarse y chilló con fuerza. Abrió los ojos y el alivio la invadió al verse en su cuarto, solo había sido una pesadilla, como tantas otras que había tenido. La puerta se abrió de repente y entró su madre con cara angustiada. De verdad

había gritado en sueños.

—¿Qué ocurre, hija?

—Solo ha sido una pesadilla —le quitó importancia.

—Menos mal, el grito que has dado me ha puesto el vello de punta, pensé que te habías hecho daño.

—Tranquila, mamá, estoy bien. —Se incorporó con lentitud y le dio un abrazo, no solo para calmarla a ella, Lola también necesitaba de su fuerza. Se apartó con un suspiro y le dio un pequeño empujón para que saliera del cuarto—. Vamos, estoy bien, vete a la cama que no quiero que mañana vayas a trabajar con cara de zombi.

—Buenas noches, hija —le dio un beso y salió bostezando del cuarto.

Cuando se quedó sola contuvo las ganas de gritar, las imágenes seguían tan vivas en su mente que parecían reales.



Capítulo 4

Bienvenido al mundo, hijo

Agosto se estrenó con una ola de calor que les dejó encerradas en casa al fresquito del aire acondicionado, su madre se había cogido quince días de vacaciones y dejó el resto para cuando naciera el bebé.

—Si quieres hago unas tortillas de patatas y preparo una ensalada para pasar mañana el día en la piscina.

—No sé, mamá, con este barrigón no estoy cómoda en ningún sitio.

—Tienes razón, hija, no sé en qué estaba pensando.

—Es un buen plan, mamá, pero no para que estemos todo el día, podríamos irnos solo unas horas, así no me canso tanto.

—Buena idea, preparo solo una tortilla para comer y a medio día, que es cuando más pica el sol, nos volvemos a casa.

Al día siguiente, tal y como habían planeado, metieron en el coche un par de sillas de playa, el bolso de las toallas y la neverita pequeña con la comida para picar. Entraron en la piscina a las once, en cuanto abrió, y se colocaron en una zona tranquila y cerca de la piscina de adultos. Lola se sentó y puso los pies en la silla de su madre. Un suspiro se le escapó al dejarlos descansar en alto, por un momento cerró los ojos y se dejó llevar por los sueños, podía verse con su pequeño en brazos, riendo y disfrutando de juegos al sol. Al abrir los ojos vio a su madre delante de ella sonriendo, se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Ese debía ser un sueño bonito porque tu cara mostraba una felicidad que hace mucho que no te veía.

—Sí, mamá. —Se acarició el vientre con cariño—. Soñaba con el pequeño, estábamos jugando los dos al sol y era tan feliz.

—Eso es, hija, piensa en lo bonito que te queda por vivir —le sonrió—. ¿Vamos a darnos un chapuzón?

Lola se levantó con pesadez y fueron juntas hasta la zona donde hacían pie, se ducharon y entraron al agua poco a poco por las escaleras. Dos niños jugando pasaban a su lado nadando con fuerza y les salpicaron agua a la cabeza, su madre se quejó porque le habían mojado el peinado, pero ella se rio recibiendo un golpe juguetón en el hombro por su descaro. Para entrar en calor empezó a nadar a brazas, despacio, pues el vientre le pesaba y tenía que hacer más fuerza con brazos y piernas para mantenerse a flote, tocó el borde de la piscina y volvió donde estaba su madre, que agarrada al bordillo hacía bicicleta.

—Está buenísima el agua, lo malo es la cantidad de gente que hay —suspiró la joven

mirando a su madre.

—Es que esta ola de calor hace que la gente acuda más a las piscinas municipales.

—Menos mal que solo estaremos hasta mediodía —contestó resignada.

—Bueno, disfrutemos del agua hasta entonces, hija.

A la una y media recogieron sus cosas y regresaron a casa. Lola pensó que el calor le estaba afectando más de lo normal, se sentía muy floja, apenas tenía fuerzas para andar y se le cerraban los ojos. Ayudó a su madre a subir las cosas a casa y se metió en su cuarto a echar una siesta, prefería dormir a comer, tal era el cansancio que llevaba. Se despertó al sentir humedad entre sus piernas, se levantó con rapidez y mientras se daba un regaño mental por no poder controlar la vejiga, iba pensando cómo arreglar el desaguisado que había formado en la cama y se sentó en el inodoro. El líquido no paraba de salir y seguía sin poder controlar la vejiga, extrañada al soltar tanto líquido, miró hacia el inodoro, parecía que se detenía, pero en cuanto se iba a levantar, volvía a salir. Se asustó tanto que llamó a su madre a gritos.

—Dime, hija —dijo mientras asomaba la cabeza al baño.

—No puedo controlar la vejiga, no puedo dejar de orinar —la miró con ansiedad.

—¡Ay, hija!, levántate del váter, eso es que has roto aguas. —Le ayudó a levantarse y le ofreció una toalla para que se la pusiera entre las piernas, debió de ver la cara de susto de su hija, porque la abrazó con fuerza—. No te preocupes que todo saldrá bien. —Le dio un beso en la frente y la ayudó a caminar hasta su cuarto—. ¿Puedes vestirte sola?

—Creo que sí —afirmó Lola con convicción.

—Bien, voy a llamar a un taxi y me visto yo también.

Para cuando bajaron a la calle, le dio una contracción y tuvo que detenerse, se dobló en dos e intentó respirar mientras cedía el dolor, su madre la sujetó con fuerza, y empezó a acariciarle los riñones con una mano hasta que se incorporó. El taxi las dejó en urgencias de maternidad del Hospital Universitario 12 de Octubre. Al verlas salir, un celador llegó corriendo, empujando una silla de ruedas, les hizo pasar a recepción y allí su madre entregó la tarjeta de la seguridad social, luego las dejaron esperando en una pequeña sala de espera, otra contracción le hizo doblarse en dos. Su madre le cogió la mano y Lola agradeció poder apretar, aunque fuera su mano, sintiendo que eso parecía aliviar su dolor. Las llamaron casi de inmediato y pasaron a una consulta donde un médico le preguntó cuándo había roto aguas, le confirmó que tenía contracciones de parto y le pidió que pasara a una cama de obstetricia. La registró y comprobó la dilatación, luego la dejó para que se incorporase y se tapara, al salir se volvió a sentar en la silla de ruedas.

—Señorita González, está de parto, pero como primeriza no podemos saber cuánto durará, así que le recomiendo tomarlo con calma, porque lo mismo da a luz dentro de tres horas o dentro de tres días.

—¿No es pronto para que nazca? —preguntó preocupada.

—Se ha adelantado un poco, pero dado que es un chico grandote, tal vez sea mejor así, de todas formas, estamos preparados para imprevistos —le sonrió con calma.

—¿Qué imprevistos? —dijo en voz baja.

—Bajo peso, que nos obligue a meterlo en incubadora, pero no creo que se dé el caso, en fin, mejor no ponernos mal cuerpo y resolver las cosas cuando se presenten.

Llamó al celador y dio la orden de ingreso. Después de asignarles una habitación y dejarlas solas un momento, entró una auxiliar con un camisón, toallas y una bata. Su madre le ayudó a cambiarse y acostarse en la cama. Casi de inmediato llegó otro celador y las bajó a paritorio, donde le colocaron unas correas en el vientre. A su madre la dejaron pasar y se sentó

junto a Lola sin perder de vista su cara. Escucharon los latidos cardíacos del bebé y sonrieron.

—Tranquila, hija, este pequeñín tiene prisa por nacer, pero verás que todo sale bien.

—Lo sé, mamá. —Le apretó la mano y le dio un beso en los nudillos.

El tiempo pasaba muy lento, demasiado, sus contracciones se hacían cada vez más seguidas. Una matrona entró y la registró en la cama, comprobó la dilatación y le preguntó si quería la epidural, contestó asintiendo entre una contracción y otra. Lola cerró los ojos como si con ello consiguiera hacer correr más rápido el tiempo, una mano la sacudió y la obligó a ponerse de lado, sintió el pinchazo y poco a poco la insensibilidad se convirtió en nada, lo que hizo que se espabilara, miró a su madre y le sonrío, no le dolía nada. Después de un rato que se le hizo eterno, volvió la matrona y comprobó la dilatación.

—Esto va rápido, —Le dio una cariñosa palmada en el brazo—, en un ratito tendrás a tu niño en brazos.

—Ojalá, ya estoy cansada de esperar —suspiró.

—Ja, ja, ja, niña, esto no es nada, hay algunas mamás que tardan días en dar a luz, tu parto es superrápido para ser primeriza.

Su madre miró el reloj y le sonrió, su cara estaba relajada, lo cual tranquilizaba a Lola, durante un buen rato charlaron de lo que había que traer al hospital, y terminar de preparar en casa para la llegada del bebé. Las contracciones eran cada vez más seguidas, el monitor no dejaba de pitar al tiempo que el latido cardíaco del niño se escuchaba con fuerza. La matrona se sentó a los pies de su cama y volvió a revisarla, tocó su vientre y por último se acercó a ellas como si les fuese a contar un secreto.

—¿Estáis preparadas para conocer a este niño? —susurró.

—¿Ya? —preguntó Lola, dudosa.

—Sí, mujer, ya estás con la dilatación hecha —se rio.

—¿Pero si apenas he tenido dolores?

—¿Acaso quieres tenerlos? —se carcajeó la matrona mientras la joven negaba efusivamente con la cabeza.

Trasladaron su cama al paritorio y la pasaron a la cama de partos, su madre le cogió la mano y le sonrió con calma, tenía lágrimas en los ojos. La matrona le pidió que empujara con todas las fuerzas, y lo hizo, luego le pidió que parase, pero enseguida volvió a pedirle que empujara. Cada vez que ella le daba una orden, Lola seguía sus instrucciones, hasta que tras un último empujón escuchó un llanto estruendoso. Era su hijo, su tan deseado niño. Lo pusieron en su pecho aún con el cordón umbilical sin cortar, gritaba con fuerza y se lleva los puños a la boca, para volver a gritar. La orgullosa abuela y Lola se miraron y sonrieron ante el milagro que gruñía y gritaba sobre el pecho, se lo quitaron un momento y cuando se lo devolvieron estaba ya sin el cordón. Lola acarició su peluda cabecita e intentó consolarlo, cogió sus manitas que se sacudían con fuerza y contó los deditos, los besó uno a uno mientras se le escapaban lágrimas de felicidad, al mirar hacia arriba vio a su madre que tampoco podía contener el sollozo. Notó que la estaban explorando, levantó la cabeza y vio al médico que comprobaba el estado de la placenta, mientras la matrona trabajaba en su pubis, la miró interrogante y ella le sonrió.

—Solo necesitas tres puntitos y quiero dártelos antes de que desaparezca toda la anestesia de la epidural.

—Vale, haz lo que debas.

Dejó caer la cabeza y al poco tiempo la trasladaron a la cama y la llevaron hasta una pequeña habitación para hacer lo que dicen piel con piel. Su madre acariciaba al pequeño que se había callado y tenía un puño metido en la boca, lo succionaba con fuerza, pero dando gruñidos

de insatisfacción. La matrona entró y le dijo que lo pusiera al pecho. Lola no lo dudó, lo acercó a su pecho y se cogió con fuerza al pezón, la sensación hizo que se le escapara un repullo, pero enseguida se acostumbró. Miró su pelo oscuro y abundante, realmente tenía mucho, además lo tenía largo, sus orejas un poco de soplillo hicieron reír a la recién parida y la nariz parecía muy grande para una cara tan pequeña. La abuela ayudó a trasladarlo al otro pecho, que cogió con la misma fuerza que el otro mientras gruñía.

—Este hombrecito tiene hambre. —Su madre le dio un beso en la cabeza y luego repitió la misma acción a su hija en la frente—. Hija, es precioso.

—No lo sé, mamá, pero ¿no tiene demasiado pelo? Y fíjate qué narizón, además de las orejas de soplillo —bufó exasperada—, definitivamente no es un niño de anuncio.

—¿Pero qué dices? Es precioso, lo que pasa es que ahora mismo está amoratado del parto, pero verás que en unos días su color será más natural, además la nariz y las orejas no son tan grandes.

—¿Y el pelo? —Levantó una ceja—. ¡Si parece de los *Gipsy kings*!

—No digas tonterías, hija.

La dejó ganar la discusión porque el agotamiento pudo con ella, miró hacia su bebé, que se había quedado dormido sobre el pecho con la boca abierta y la lengua asomando de vez en cuando como si estuviera succionando, se rio y cerró los ojos rendida. Por la mañana los subieron a la habitación y les dejaron conocerse mejor. Lola acurrucó a su pequeño en los brazos y se lo pasó a su madre para que lo acostara en su cuna, se le veía tan pequeño que despertaba todos sus instintos protectores. La puerta se abrió para dejar pasar a una auxiliar con la bandeja del desayuno, Lola no tenía mucha hambre, pero su madre le obligó a tomar la leche y al menos la mitad del bollo.

—¿Mamá, cuando vas a casa?

—En cuanto te tomes el desayuno me iré, necesito una ducha. —La besó en la frente.

—No olvides coger la bolsa del bebé.

—¿Cómo le vas a llamar? Ya es hora de que le pongas nombre.

—Había pensado ponerle el nombre de papá, —La miró dudosa—, si tú quieres, claro.

—¡Oh, hija! —Se abrazaron llorando—. Estaría tan orgulloso de ti y tan feliz con este niño tan precioso —dijo emocionada.

—Yo no estoy tan segura —susurró.

—Pues claro que sí, con independencia de cómo ha llegado, este es nuestro nieto, nuestro legado. —Apretó el abrazo en que encerraba a su hija —. No lo dudes ni por un momento.

—¡Gracias, mamá! ¡Gracias por todo!

Terminó el desayuno y se tumbó para descansar, su madre aprovechó para ir a casa y al quedarse en silencio y cerrar los ojos, el sopor del sueño se apoderó de ella. El llanto de Jaime la trajo de nuevo al mundo de los vivos, se levantó con cuidado y lo cogió, se sentó en el sillón junto a su cuna y lo puso en el pecho izquierdo. Como antes, se agarró con fuerza y chupaba con ansias mientras sus manos amasan el pecho, era un arduo trabajo y se quedó dormido. Lola le dio suaves toques con el dedo en el moflete, lo que hizo que volviera a chupar con fuerza, después de diez minutos en ese pecho lo incorporó sobre el hombro y le dio golpecitos en la espalda para que eructara, luego lo paso al otro. Cuando terminó se tapó y volvió a ponerlo sobre el hombro, emitió un sonoro eructo que hizo reír a la muchacha. Se levantó despacio y lo dejó sobre la cama para mirar su pañal, tenía una caca negra que asustaba, cogió una esponja jabonosa y la humedeció en el lavabo, le lavó bien el culete y luego le puso un pañal limpio. Lo envolvió con una toquilla ligera y lo soltó en la cuna. No se atrevía a dejarlo solo, de lo contrario se daría una

larga ducha, pero hasta que no regresara su madre, tendría que esperar, se sentó en el sillón y lo observó dormir. Cada vez lo veía más guapo, y recordó las palabras de su madre, tenía razón otra vez, ahora que su piel se volvió más rosita, no le veía tan feo, aunque seguía viendo la nariz muy grande y las orejas de soplillo, bueno y el pelo negro como el carbón.

—¡Hola, hija! ¿Cómo se ha portado Jaime? —Le dio un beso en la frente.

—Bien, se despertó para comer y después le cambié el pañal. —Puso cara de asco—. ¡Ha hecho una caca más fea! Negra como el pelo. ¿Eso es normal?

—Sí, las primeras deposiciones suelen ser de meconio, por eso tienen ese color.

—Ya me parecía a mí que debía ser normal, si no, él no estaría tan tranquilo.

En ese momento se despertó y pegó un fuerte grito que alarmó a las dos mujeres, que de inmediato se volvieron hacia su cuna para ver lo que le pasaba, su continuo movimiento de cabeza les hizo reír.

—Ya tiene hambre otra vez. —La abuela lo cogió en brazos, le dio un beso en la cabeza y se lo pasó a la joven madre después de descubrir su pecho.

—Es precioso, hija —dijo su mamá con lágrimas en los ojos.

Estaban admirando al pequeñajo cuando entró el pediatra rodeado de auxiliares y acompañado por otros médicos jóvenes, al verme darle de comer sonrió, esperó un poco hasta que Jaime dejó el pecho y me pidió cogerlo, se lo llevó sobre la cama y lo giró sin muchos miramientos. Jaime protestaba y levantaba la cabeza con furia en busca del pecho de su madre, sus sonoros berridos parecían complacer al pediatra. «¿Será un sádico?», pensó la muchacha, que estaba a punto de cogerlo en brazos para consolarlo, pero el pediatra se adelantó y le dio la vuelta, luego lo enganchó por las muñecas. Palpó el abdomen y le miró los ojos, se lo entregó a la madre llorando como un verraco, lo acercó al pecho y se enganchó con rapidez, mientras soltaba pequeños hipidos de pena entre los sonidos de satisfacción.

Al segundo día de estar en el hospital les dieron el alta, así que ahora les tocaba lidiar solas con él. Salieron con Jaime dormido en el Maxi-Cosi y cogieron un taxi hasta casa, al entrar se encontraron con Luisa, la vecina de abajo, que se asomó para ver al niño dormido y alabó lo guapo que era. Lola le agradeció los cumplidos y subieron a casa. Los días se sucedieron con las rutinas de Jaime, que aunque era un niño muy bueno, no fallaba en sus tomas, cada dos horas y media lloraba pidiendo comer, no respetaba ni la noche. Lola estaba consumida, entre las exigencias de la lactancia y la escasez de sueño, sus ojos estaban siempre adormilados y surcados por grandes ojeras. Su madre se había incorporado ya al trabajo, pues se le acabaron las dos semanas de vacaciones, y ella aprovechaba el fresquito de la mañana temprano para sacarlo a pasear, se limitaba al parque que quedaba cerca de casa, le daba varias vueltas y el aire fresco, mezclado con el murmullo del tráfico, parecía relajar al pequeño.

El 19 de septiembre comenzaron las clases, así que en los ratos que el niño dormía, Lola iba preparando la carpeta y materiales para empezar el curso. Ya tenía ganas de iniciarlo y saber si le gustaría tanto como la arquitectura. Su madre pidió trabajar en el turno de noche y fines de semana para poder quedarse con Jaime mientras Lola iba a clase. La joven hizo una retrospectiva de su vida y agradeció de verdad los padres que tuvo, no sabía si su padre estaría orgulloso de ver que su niñita había tenido un hijo sin tener pareja, no digamos ya sin estar casada. La tía Conchi, hermana de su padre, puso el grito en el cielo cuando se enteró y desde entonces no se había molestado en preguntar si necesitaban algo. Su madre era una mujer increíble, no solo había modificado sus turnos de trabajo en el hospital para ayudarla, estaba completamente volcada con Jaime y contaba los días que le quedaban hasta quedarse sola con él.

Su mundo se oscurecía cuando recordaba la noche del 22 de diciembre y, aunque la

psicóloga le dijo que necesitaba más sesiones, en ese momento su prioridad era Jaime, por eso dejó de acudir a su consulta, aunque sabía que necesitaba seguir sacando los malos recuerdos para superarlos. Al contrario de lo que Lola pensaba, miraba a Jaime y no veía a ninguno de sus agresores, tampoco le hacía recordar ese fatídico día, le daba un motivo por el que luchar y crear un futuro de vida. A veces pensaba en denunciarlos, pero enseguida se le quitaba la idea de la cabeza, ellos eran poderosos hombres de negocios, con lazos y contactos en las más altas esferas, si alguien tenía algo que perder con una denuncia, era Lola. No les daría la oportunidad de quebrarla, pero tampoco quería enfrentarse a ellos, no era tonta y sabía que cuanto más lejos de ellos mejor le iría. No supo por qué le dedicó tantos pensamientos a esos miserables, tal vez el hecho de que hacía un momento el móvil le dio una llamada perdida de Arturo Somosierra, despertando recuerdos en su subconsciente. Su teléfono volvió a sonar, vio el número y lo ignoró, parecía que había decidido lanzarse al ataque de nuevo. Metió el móvil bajo los cojines del sofá y cogió a Jaime para darle de comer. Al terminar no se quedó dormido, lo cual le extrañaba, y siguió gruñendo con el puño en la boca. Lo volvió a colocar sobre el primer pecho que le dio antes, pero se negaba a agarrar el pezón, gruñía y se quejaba. Normal, estaba vacío y tardaría un rato en llenarse de nuevo. Jaime gritaba y lloraba con ganas mientras se metía el puño en la boca, su madre se asomó al salón para ver qué pasaba.

—Ya se ha comido los dos pechos, pero el muy glotón quiere más —le dijo riendo.

—Vaya, pues habrá que bajar a la farmacia a por una lata de leche de lactancia. —Miró sonriendo a Lola—. No te preocupes, voy en un momento.

Se paseaba con Jaime sobre el hombro intentando consolarlo, pero no era tonto el niño, tenía más hambre y no había nada que le distrajera. Lola se sentó en el sofá con él en brazos haciendo ruidos con el sonajero y las llaves de juguete, por un momento los miró extasiado, pero guiñó los ojos y volvió a berrear con el puño en la boca. Su madre regresó bastante rápido, fue a la cocina y le preparó un pequeño biberón, se lo llevó a su hija al salón y cuando se lo puso al pequeño, se cogió a la tetina con rapidez y empezó a succionar con fuerza mientras gruñía y se le escapan sollozos de pena. Se rieron con ganas ante las ansias del niño al comer. Lo dejó descansar en su cuna y se sentó en el sofá, cerró los ojos y se recostó un poco, la casa se había quedado en silencio, por lo que el leve rum rum la despertó, busco el móvil bajo los cojines y vio que se trataba de Arturo de nuevo, tenía diez llamadas perdidas. Era hora de acabar con esto, descolgó el teléfono y contestó malhumorada.

—¿Qué quieres? Creí haberte dejado claro lo que haré si me sigues molestando.

—Deberías replanteártelo, puede que esa denuncia se vuelva contra ti.

—Ni hablar, lo último que quiero es volver a verte y mucho menos dejar que me toques. Olvídate de mí y déjame vivir mi vida, o tendré que presentarme en la comisaría.

—¿No cambiarás de opinión? ¿Ni siquiera por recuperar tu puesto de trabajo?

—¿Estás loco? Ni por todo el oro del mundo volveré a dejar que me toques ni tú ni nadie.

—Me gusta que te guardes para mí —susurró con esa voz asquerosa que le ponía los pelos de punta.

—No me guardo para ti ni para nadie, ahora te voy a colgar. —Dicho y hecho, colgó el móvil y lo desconectó.



Capítulo 5

Empieza mi nueva vida

Dos años después…

Se sumergió en el curso de Proyectos y dirección de obras que la verdad le encantaba, era casi como si estuviera estudiando arquitectura, las clases absorbieron toda su atención. Jaime pasó a tomar solo biberón, algo que la liberó, pues no perdía tiempo en extraer la leche para que se la diera su madre antes del biberón de fórmula, esto a veces le hacía sentir culpable, pero enseguida se puso en su sitio, su prioridad era sacar el curso, fueron dos años intensos, pero al final mereció la pena.

La primera evaluación sacó unas notas muy buenas, todo con notables y sobresalientes, lo que le dio ánimos para esforzarse aún más, y en el segundo trimestre las notas fueron mejores aún. Para final de curso los profesores alabaron su trabajo y creatividad, lo que hizo que no se sintiera tan culpable por abandonar tantas horas a su pequeño. Eso sí, en cuanto tenía tiempo libre se lo dedicaba a su hijo.

Jaime creció y se convirtió en un niño muy guapo, había heredado los ojos grandes y rasgados de su abuelo y su madre. Su pelo, aunque no era tan rubio, hacía que sus ojos destacaran mucho más, ya no se le veía la nariz tan grande, al contrario, tenía una naricilla recta y pequeña, las orejas no le cambiaron, seguían siendo grandotas y un poco de soplillo, pero Lola se las escondía bajo el pelo. Sus labios parecían estar pintados de tan rojos como los tenía y las cejas parecía que se las depilaba. Ya quisieran muchas mujeres unos labios así o unas cejas tan perfectas. Tenía veintidós meses y corría alrededor del sofá jugando al escondite, mientras su abuela y su madre le reían las gracias y aplaudían. Lola se detuvo a pensar que ya no se imaginaba su vida sin él, era su razón para vivir, y también la de su abuela.

Lola habló con su madre porque le ofrecieron terminar el segundo curso en un Erasmus en Inglaterra, pero no podía ir, por mucho que la oferta era muy tentadora, no podía dejar sola a su madre con Jaime. Eso quedó fuera de lugar completamente. Decidió que terminaría el segundo curso y luego haría el proyecto final, con el título en la mano podría optar a un buen puesto en cualquier estudio de arquitectura o decoración. Por suerte Arturo Somosierra la había dejado en paz, no volvió a llamarla, y tampoco cumplió su amenaza de hacer despedir a su madre, lo cual le aliviaba. Por ese lado pudo respirar tranquila.

—¡Lola, espera un momento! —-Se volvió y vio a su tutora, Charo, que venía dando grandes zancadas hacia ella, le sonrió con calidez.

—Sé que dijiste que no querías un Erasmus, pero acaban de proponernos una beca en

Inglaterra, es una magnífica oportunidad para ti.

—Lo siento, Charo, ya sabes que no puedo irme así como así —negó con la cabeza.

—Espera a escuchar la propuesta y no te precipites.

—Está bien. ¿De qué se trata?

—El estudio de arquitectura, Bronson & Wilcox, ha abierto un concurso de formación, ofrecen trabajo remunerado por dos años y posibilidad de incorporación definitiva a la empresa. Durante esos dos primeros años tendrás alta en la seguridad social, una casa, un sueldo de dos mil euros y, si al terminar los dos años cumples sus expectativas, te harán fija en la empresa.

—Eso es un dulce demasiado bueno para ser verdad.

—No te creas que será fácil, seguro que habrá montones de solicitudes, tienes que ganarte la plaza.

—Ya, lo malo es que está muy lejos de España y no puedo dejar a mamá y, ¿quién me ayudaría allí con Jaime?

—Nadie ha dicho que la plaza sea tuya, presenta tu proyecto y si la ganas siempre puedes renunciar.

—No sé.

—En tu currículo quedarías como ganadora de la plaza, pero que rechazaste por motivos personales, eso es una gran presentación.

—Está bien, presentaré mi proyecto a ese concurso, de todas formas no creo que gane, seguro que hay montones de estudiantes como yo que se presentarán.

—Bien, con que te presentes es suficiente, lo demás será suerte y trabajo.

Volvió a casa y le contó a su madre lo del concurso, ella puso mala cara y no dijo nada, pero se dio cuenta de que no le había gustado nada que su hija se hubiera presentado. Cuando por fin acostó a Jaime en su cuna, fue a la cocina a ayudar a recoger.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Ya lo sabes, no me gusta ni que pienses en irte fuera.

—Mamá, no me voy a ir.

—¿Rechazarías un premio así?

—Primero tengo que ganarlo, que no se te olvide, y segundo en mi currículo constará que he ganado ese premio, pero que lo he rechazado, eso me hará revalorizarme cuando vaya a buscar trabajo.

—La verdad es que es una oferta muy buena: casa, dos mil euros, y la posibilidad de hacerte fija.

—Bueno, siempre podríamos irnos las dos.

—A mi edad, ¿quién me va a contratar? Además, yo no sé apenas nada de inglés.

—Seguro que si te pones lo aprendes. ¿De quién te crees que he sacado la cabeza? Y no solo el pelo.

—Aduladora. —Le dio un beso a su hija con cariño.

—No te preocupes antes de tiempo, mamá, ese concurso es internacional. ¿Sabes la cantidad de gente que presentará su proyecto?

—Imagino que miles.

—O más. Este concurso me demuestra que tengo salidas para trabajar.

—Sí, hija, tú siempre tendrás salidas. —Se abrazaron como hacía mucho tiempo que no lo hacían, y con el corazón más ligero se acostaron.

Por fin había terminado el proyecto fin de curso, su tutora se había encargado de presentarlo al concurso de Bronson & Wilcox, y sus notas finales eran insuperables. Obtuvo

matrícula de honor en Historia de la Arquitectura y de su entorno ambiental, en Historia del Interiorismo y en Proyecto y Dirección de Obras, además de sobresaliente en Tecnología y Sistemas Constructivos, y Expresión Volumétrica y Proyectos. El resto habían sido solo notables, pero tocaba celebrarlo.

Volvió a casa y se encontró a su madre que venía de comprar el pan con el pequeño.

—¡Hola, mamá! —Cogió al niño que le alzaba los brazos—. ¡Hola, mi amor! —Le infló a besos hasta que sus carcajadas le provocaron hipo.

—¡Hola, hija! Pareces contenta.

—Sí, mamá, ya me han dado las notas.

Le dio el sobre con las notas a su madre mientras subían en el ascensor, ella lo guardó en su bolso y miró a su hija sonriente, pero no lo abrió hasta que entraron en casa. Dejó la bolsa en la cocina y se sentó en el sofá, mientras Lola jugaba con Jaime haciéndole cosquillas, la miró de reojo y pudo ver su sonrisa de satisfacción. Una lágrima se le escapó y la joven se levantó enseguida para abrazarla.

—Mamá, ¿qué pasa? —La besó en las mejillas mientras la apretaba contra su cuerpo.

—Papá estaría muy orgulloso de ti, esto, —Movió el boletín de notas—, has conseguido superarte a ti misma y a pesar de todo, fíjate, menudas notazas, hija. —Ahora lloraba con ganas.

— ¡No te pongas triste!

—No estoy triste, hija, estoy muy orgullosa por cómo te has superado. —Se secó las lágrimas de los ojos—. Esto merece una celebración, vamos a arreglarnos para comer fuera.

—¡Mamá, tampoco es para tanto!

—Tranquila, hija, vamos a Parque sur, comeremos y pasaremos la tarde, llamo ahora mismo a mi compañera Paqui para que me haga el turno.

—Como quieras. —Le dio un sonoro beso y Jaime le echó los brazos para que le cogiera.

Después de arreglarse, fueron al centro comercial, Jaime como siempre las llevó a la zona infantil de juegos que había en el exterior, le dejaron subir y bajar por los toboganes y juegos de cuerdas disfrutando de las carcajadas que el pequeño daba al deslizarse por los toboganes. A las una y media se acercaron a la *Tagliatella*, les dieron una mesa con vistas a la calle y comieron mientras hacían planes para ese verano.

—Voy a alquilar un apartamento en la playa —dijo muy seria su madre—. He estado mirando los precios y con lo que he ahorrado podemos irnos dos semanas a disfrutar de un merecido descanso. —Le revolvió el pelo rubio a Jaime—. Además, es hora de que mi nieto conozca la playa.

— ¿Cuándo te has pedido las vacaciones en el trabajo?

—Del 15 de Julio al 15 de agosto, he visto un apartamento en Benalmádena y sale muy bien de precio. —Le enseñó en una aplicación las fotografías—. Está a cinco minutos de la playa y en la urbanización hay piscina. El viaje será un poco largo, pero si hacemos varias paradas, no será tanto.

—Como tú quieras, mamá —suspiró la joven sabiendo que cuando se le metía algo en la cabeza a su madre no había quien la hiciera retroceder.

—Es hora de que disfrutemos un poco de la vida, y cuando volvamos empiezas a enviar tu currículum.

—¡Tienes razón, mamá! Nos merecemos un descanso.

Entraron al centro comercial después de comer y llevaron a Jaime a montarle en los cochecitos. Lola fue a cambiar un billete para tener varias monedas mientras su madre se quedaba con él hasta que terminara su viaje. Al salir de la cola del cambio la cogieron del brazo,

levantó la vista intentando soltarse del agarre.

—Hola, chiquita. ¡Cuánto tiempo sin verte! —Arturo Somosierra apretaba su brazo mientras le susurraba con esa voz espeluznante que nunca quiso volver a escuchar.

—Suéltame ahora mismo si no quieres que monte un escándalo —le dijo con rabia contenida.

—Pensé que te alegraría verme después de tanto tiempo. —Le echó un repaso visual que le dieron ganas de vomitar.

—Pues no pienses. —Se dio la vuelta para irse, pero el hombre volvió a cogerla.

—Chiquita, quiero volver a estar contigo, desde aquel día no te he podido sacar de mi cabeza.

—No me engaña, señor Somosierra, lo que me hizo se llama violación, y que además lo hiciera en grupo con sus amigotes solo demuestra lo poco hombre que es —consiguió decirlo en voz baja y sin que le temblara la voz.

—No seas tan casquivana, te gustó, admítelo —se relamió—, solo lamento haberte compartido, pero si vienes conmigo te prometo que no volveré a hacerlo.

—¿Estás loco o qué? Jamás, escúchame bien, JAMÁS volveré a estar a solas contigo, y ahora déjame si no quieres que grite y te ponga la denuncia que debí poner en su día.

Al volverse se quedó blanca, detrás de ella estaba su madre, con Jaime en brazos y por su expresión había escuchado la conversación con Arturo, se giró para ver si el hombre seguía a su lado, pero se había ido. Suspiró resignada y se acercó a ella con calma, le dio un beso y la abrazó hasta que reaccionó.

—Vayámonos a casa, hija, Jaime está cansado y yo también.

Volvieron en silencio a casa, Jaime se quedó dormido en su sillita y cuando aparcaron el coche frente a la puerta de su edificio, lo cogió en brazos y subieron todavía en silencio hasta casa. Lo acostó con cuidado de no despertarlo y al darse la vuelta, su madre la estaba esperando en la puerta.

—Tenemos que hablar. —Su cara seria mostraba todo el dolor que sentía. La siguió hasta la cocina y observó cómo se ponía a preparar café, cuando terminó le dio una taza, se sentaron en la mesa y se miraron en silencio, sus ojos azules transmitían tanta pena que hicieron llorar a Lola.

—Lo siento, mamá, no quería que te enterases y mucho menos así. —Lloró como hacía mucho que no lo hacía.

—Lo que más me duele es que no confiaras en mí, que pasases por ese infierno tu sola. —Lloró con su hija—. ¿Por qué?

—Él, él me…, me amenazó con dejarme sin trabajo, ni estudios si contaba algo de lo que me hicieron. Tenía miedo, por eso callé, pero no sirvió de nada, me despidió de todas formas y luego no sé cómo lo hizo, pero consiguió que me suspendieran en todas las asignaturas, el tutor me recomendó dejar la universidad, —La miró entre lágrimas—, el resto ya lo sabes.

—¿No fue una relación consentida?

Negó con la cabeza y rompió a llorar con fuerza, se acercó a su hija y la abrazó, la solidez de su cuerpo reconfortaba a Lola, no quería que supiera lo que pasó, pero una vez abiertas las puertas de la confesión, no pudo detenerse. Le contó cómo la engañó para ir a la sala de juntas, la acorralaron los cinco hombres y abusaron de su cuerpo de todas las formas posibles, el dolor que le provocaron, y cómo consiguió esconder su trauma. Le contó también que había estado yendo a una psicóloga. Los recuerdos de aquel día estaban guardados, pero no olvidados, desde entonces no había estado en una habitación a solas con ningún hombre, se cuidaba mucho de ir siempre acompañada.

—Mamá, los cinco me violaron, por eso no sé quién es el padre de Jaime y tampoco quiero saberlo, porque es mi hijo y nada más, él es inocente en todo esto.

— ¿Y qué quería ese miserable?

—Quiere tenerme otra vez, según dice, porque no me ha olvidado —negó con la cabeza —. Pero no temas, no me pondré otra vez a su alcance, ya le he amenazado que si no me deja en paz pondré la denuncia.

—¿Te dieron algo para aprovecharse de ti? —su voz temblorosa demostraba el gran esfuerzo que estaba haciendo para controlarse.

—No, ese día no bebí nada como tú me aconsejaste, por eso lo recuerdo todo con claridad.

—¡Ay, hija! Menudo canalla.

—Mamá, son gente con mucho dinero y poder, no pueden enterarse de la existencia de Jaime. —Le cogió las manos sujetándolas entre las suyas—. No quiero darles la oportunidad de hacerme más daño.

—No temas, hija, no volverán a acercarse a ti, ni por supuesto conocerán a nuestro niño.

Volvieron a abrazarse hasta que la risa de Jaime en el cuarto les devolvió a la realidad. Lola se acercó y lo saco de su cuna, le dio besos por toda la cara regordeta y él se carcajeaba, al levantar la vista vio a su madre en la puerta que les miraba sonriente, aunque la sonrisa no le llegaba a los ojos. Enterarse de esta forma lo que le hicieron a su hija la había hecho envejecer en unas horas.

Cenaron mientras seguían haciendo planes para las vacaciones, Jaime se quedó dormido en su trona, Lola lo llevó a su cuna y lo dejó descansar. En el salón su madre había puesto una película, era una de esas románticas que tanto les gustaban a ambas, se sentó junto a ella y la abrazó.

Al levantarse por la mañana no estaba su madre, le había dejado una nota donde avisaba que había ido a hacer gestiones de trabajo, Lola supuso que fue a cambiar turnos, después de todo, ya había terminado sus estudios y podía volver a sus horarios normales. Le dio la papilla a Jaime y luego lo vistió para salir a dar un paseo antes de que apretara el calor. A las doce volvieron a casa, en la puerta se cruzaron con Luisa, la vecina que aprovechó para hacerle carantoñas a Jaime y decirle lo guapo que estaba. Ya en casa vio el bolso de su madre en la entrada.

—¡Mamá! ¡Ya estamos en casa! —dijo en voz alta.

Llevó a Jaime al baño para lavarle las manos y la vio en su cuarto, estaba sentada en la cama con la mirada perdida en algún punto del techo, lo cual le extrañó. Dejó a Jaime en el sofá y le puso los dibujos animados que le gustaban. Entró al cuarto de su madre y seguía en la misma posición, la mirada perdida asustó a la muchacha.

—¡Mamá! ¿Qué te pasa? —La agitó lentamente para ver si reaccionaba, pero nada, ni pestañeaba—. ¡Mamá! ¡Háblame!

—Hija, he ido a verle —paladeaba con la lengua en la boca produciendo sonidos extraños —. No vuelvas a acercarte a ese hombre nunca más. —Se le escapó una lágrima—. Espero que ganes el concurso ese y salgas de aquí, creo que será la única forma de librarte de él.

Se agarró el estómago e hizo un gesto de dolor, cayó en la cama con la mirada vacía dirigida al techo, ahora sí que se asustó Lola. La sacudió y gritó, pero no la escuchaba. Temblando, sacó el móvil y llamo al 061. La técnico de emergencias que le atendió le pidió hacerle varias pruebas a su madre para ver si respondía mientras llegaba la ambulancia. Lola se abrazó a su madre y le hablaba, pero nada, escuchó a lo lejos las sirenas, y se levantó con

rapidez. Al asomarse a la ventana vio que la ambulancia se paraba en la puerta de su edificio, en ese momento sonó el teléfono del portero, salió corriendo a abrir, volvió al salón y cogió a Jaime que estaba quejándose. Lo abrazó con fuerza y esperó al equipo médico, cuando salieron del ascensor les condujo al cuarto de su madre que seguía igual que la había dejado, le hicieron salir de la habitación y con el niño en brazos fue a la cocina. Intentaba aparentar normalidad, pero le temblaba todo, sacó un cocimiento y le dio de comer a Jaime, que aplaudía con ganas, ella no podía ni sonreírle.

Le pidió a Luisa que se quedara con Jaime mientras acompañaba a madre en la ambulancia, le dejo las llaves de casa para que pudiera coger la comida del niño y corrió tras los técnicos. En el trayecto al 12 de Octubre les escuchaba hablar, no entendía su jerga médica, la ATS le lanzaba una mirada compasiva, pero le sonreía, los demás estaban muy serios. Entraron por urgencias y se llevaron la camilla corriendo al interior, intentó seguir sus pasos, pero una auxiliar la detuvo, intentó soltarse, pero no la dejaba.

—Señorita, debe darnos los datos de su madre para que el médico tenga acceso a su historia médica. —Tiró de Lola hacia el mostrador de entrada—. Venga conmigo.

La acompañó muy a su pesar y le dio todos los datos de su madre, incluso sacó la tarjeta sanitaria de su monedero, pues al salir de casa cogió su bolso. Al terminar le dijeron que debía ir a la planta de UCI, donde habían ingresado a madre. Recorrió los pasillos sin prestar atención a nada, solo miraba los carteles identificativos en busca de la UCI, cuando llegó, se sentó a esperar, había más gente sentada en la sala de espera, pero era como si estuviera sola. Miró el reloj del móvil, eran las siete de la tarde y todavía no le habían dicho nada, se levantó en busca de información y entonces escuchó el nombre de su madre por los altavoces.

—Familiares de Violeta Sánchez Arconada acudan a despacho médico.

Corrió por el pasillo hasta localizar el despacho médico, llamó con suavidad y entró por la puerta entreabierta. Sentado tras la mesa había un médico mayor, de unos sesenta años, y a su lado dos médicos mucho más jóvenes.

—Buenas tardes, soy la hija de Violeta Sánchez.

—Buenas tardes, señorita, soy el doctor Bartolomé, siéntese por favor. —Le indicó la silla frente a él y le sonrió con pena, lo que la hizo estremecer. «No por favor, que no le haya pasado nada a mamá», pensó llorando por dentro. Con el cuerpo tembloroso intentó recomponerse y aparentar serenidad—. Señorita, su madre ha sufrido un Ictus, el pronóstico es grave, pero no pone en riesgo su vida. —Al escuchar que no ponía en riesgo su vida se desinfló y lloró aliviada, dejó salir la tensión acumulada porque su madre no corría peligro—. Lo malo es que además ha sufrido un Aneurisma de Aorta.

—Un momento. —Levantó la mano para que dejara de hablar—. ¿Qué es el Aneurisma de Aorta?

—Un Aneurisma es una dilatación localizada y permanente que se produce en la pared de la arteria Aorta. Lo causa, básicamente, la debilidad de la pared arterial en una zona concreta, la cual es incapaz de soportar la tensión que ejerce sobre ella el volumen de flujo sanguíneo que sale del corazón.

—¿Y eso qué significa? —Le miró confundida.

—La ruptura de un aneurisma provoca una hemorragia interna grave, que suele evolucionar de manera rápida hacia el shock hemodinámico y la muerte en un porcentaje alto de casos.

—¡No, por dios! —se derrumbó—. No puede ser, ahora no.

Lloró desconsolada ante estos hombres que no conocía de nada, esperaba que la sacaran

de su error, que le dijeran que su madre iba a estar bien, pero nada. Ante ella apareció un pañuelo de papel, lo tomó sin mirar y se sonó con fuerza, pero las lágrimas no paraban de salir y su llanto angustiado llenaba el pequeño despacho médico de un lamento ensordecedor.

—Señorita, escúcheme. —Se sentó junto a Lola—. ¿No hay nadie con usted?

—Estamos solas. —Negó con la cabeza—. Papá murió hace cuatro años.

Volvió a llorar y sintió los brazos del médico rodearla en un abrazo consolador, pero su cerebro no lo interpretó así, de pronto imágenes de aquel 22 de diciembre invadieron su mente y se apartó con tanta rapidez del médico que casi se cayó de la silla. Miró alrededor y se dio cuenta de que estaba encerrada en una habitación con tres hombres que no conocía de nada. El pánico se apoderó de ella, y empezó a temblar como un zorro acorralado, se levantó con brusquedad y se pegó a la pared. Ellos la miraban igual de asustados, por un momento pensó en salir corriendo, analizó sus posibilidades de llegar a la puerta antes de que la detuvieran y llegó a la conclusión de que no lo conseguiría. Su cerebro iba a explotar mientras el oxígeno apenas conseguía llegar a sus pulmones, respiraba con dificultad, apenas le llegaban sonidos, estaba a punto de perder el control, apenas conseguía respirar, la anoxia volvió negro su presente mientras el pasado se adueñaba de sus pensamientos y volvía para aterrorizarla. Toda su vida pasó por sus ojos cerrados sin percatarse que la realidad era otra muy distinta, que quienes la rodeaban no tenían malas intenciones. El doctor Bartolomé consiguió cogerla antes de que cayera al suelo, nunca pensó que hablar con claridad de la enfermedad que aquejaba a sus pacientes, podía generar una situación así. Miró a sus dos estudiantes que se habían acercado con rapidez a asistir a la chica, aunque llegaron después que él. Abanicó con cuidado la cara de la joven mientras la tendían en la camilla. Tenía las constantes vitales bien, algo acelerado el pulso, aunque podía ser normal dadas las circunstancias.



Capítulo 6

El hospital

Abrió los ojos e intentó identificar dónde estaba y qué le había pasado, un Flashback le llegó con tanta rapidez que cerró los ojos mientras recordaba todo lo ocurrido, su madre, la UCI, el despacho médico, el aterrador diagnóstico, tres hombres encerrados con ella. Se incorporó con rapidez y miró a su alrededor, estaba en una camilla, en el mismo despacho médico, junto a ella una auxiliar que la miraba con pena y al otro lado de la habitación los dos médicos jóvenes. Escuchó la voz del doctor Bartolomé.

—Señorita, ¿puede oírme? —Se acercó y le levantó los párpados.

—Sí —tragó saliva intentando hacerse con el control de su cuerpo y de su mente—. ¿Qué ha pasado?

—Se ha desvanecido, no sé si de la impresión tras el informe médico o porque no puede resistirse a mis encantos —el doctor Bernabé sonrió con dulzura y ella le imitó.

—Tal vez sea porque no he comido en todo el día —dijo para evitar decir que estar encerrada con tres hombres le provocaba pavor.

—¡Ah! Esa es una muy buena causa. ¿Pueden traer algo para que coma la señorita? —ordenó a los dos médicos jóvenes.

—En cuanto se alimente usted seguiremos hablando del estado de su madre —dijo con pesar.

—¿Entonces no está muerta?

—No, señorita, está muy grave, pero está luchando todavía.

Lola se derrumbó de nuevo, pero esta vez de alivio, lloró, pero esta vez con esperanza. Su madre era fuerte y estaba segura de que lucharía, por ella, por su hija y por su nieto. Entraron los dos médicos y le ofrecieron un zumo de melocotón y un sándwich, les agradeció con una sonrisa y se incorporó para comer. Lola comió todo con rapidez y con la sensación de que todo estaba bien, miró al médico y le interrogó.

—¿Cuál es el pronóstico de mi madre?

—Está muy grave, no le voy a engañar, ya de por sí el Ictus es grave, pero la ruptura del Aneurisma de Aorta lo complica aún más. La hemorragia ha sido grave, llegó en una situación hemodinámica muy grave e inestable, por lo que la intervención quirúrgica ha sido de alto riesgo, tiene varios órganos afectados, las próximas horas serán determinantes.

—¿Puedo verla?

—De momento está en recuperación y después se quedará en UCI, donde las visitas están restringidas a un horario. Será mejor que se vaya a casa y venga mañana que es cuando podrá

pasar a verla.

— ¿Y si le pasa algo estando sola?

—No estará sola, y si le pasa algo la llamaremos por teléfono.

Miró la hora, eran las nueve, Jaime debía de haber cenado en casa de Luisa, él también la necesitaba. Hizo de tripas corazón y agradeció a todos su atención. Salió con un peso en el pecho que le hizo detenerse. Se le escapó un sollozo y se sentó en un bordillo para recuperar la compostura, inspiró hondo y espiró, cuando se tranquilizó fue hacia la parada de taxis, no se encontraba bien para ir en metro.

Llamó a casa de su vecina, Luisa, y esperó, en cuanto abrió vio la ansiedad en su cara, hacía muchos años que se conocían, casi eran familia. Se abrazaron durante largo tiempo y mientras Lola intentaba contener el llanto.

—¿Qué ha pasado, Lola?

—Le ha dado un Ictus, pero además se ha complicado con un aneurisma de aorta, la han operado de urgencia y está muy grave —se le escapó un sollozo—. Por eso he venido, hasta mañana no me dejarán pasar a verla, la han metido en UCI.

—¡Ay, niña! ¡Qué desgracia! —Le dio un beso en la frente—. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—¡Gracias, Luisa! Voy a llamar a mi tía Conchi para decírselo, aunque se enfadaron hace un tiempo, creo que debe saber lo que le ha pasado a mamá.

—Tienes razón, Lola, la familia es lo primero.

—¡Muchas gracias por todo, Luisa! ¿Te puedo dejar a Jaime mañana para ir al hospital por la mañana?

—¡Eso no tienes ni que preguntarlo! Todo lo que necesites, Lola.

—¡Muchísimas gracias!

Cogió a Jaime con cuidado de no despertarlo, se había quedado dormido en el sofá de Luisa. Subió a su casa, lo acostó en su cuna y con cuidado le puso el pijama, él se quejó por los movimientos, pero en cuanto le dejó quieto se hizo un ovillo y se chupó el dedo para volver a dormir. Lola se puso el pijama y se hizo una tortilla francesa, terminó de recoger la cocina y se sentó con el portátil a buscar información sobre aneurisma de aorta e ictus. Leyó páginas y páginas, y el miedo se le agarró al estómago, sobre todo, cuando leyó que el aneurisma de aorta se le llamaba el asesino silencioso. Completamente asustada, cerró el ordenador, no podía seguir leyendo más, todo lo que había leído, tenía graves pronósticos, y en gran porcentaje acaba con la muerte. Rezó como nunca lo había hecho, aunque era católica, desde que su padre murió se había separado mucho de la religión que le enseñaron sus padres. Se secó las lágrimas y buscó el contacto de su tía Conchi, le dio al botón de llamada y esperó.

—¿Dígame?

—¡Buenas noches, tita! Soy Lola —se le escapó un suspiro—. Te llamo para decirte que mamá está ingresada en la UCI —tomó aire y su tía aprovechó para hablar.

—¿Qué ha pasado? —su voz sonaba preocupada.

—Le ha dado un ictus y además se le ha roto un aneurisma de aorta, el pronóstico es muy grave, tita. —No lo pudo evitar, y comenzó a llorar—. Sé que últimamente estabais distanciadas, pero eres la única familia que me queda —el dolor apenas le dejaba hablar.

—Tranquilízate, Lola. ¿En qué hospital está?

—En el 12 de Octubre —dijo entre hipidos.

—Mañana a primera hora nos vemos allí.

—Gracias, tita, yo llegaré en cuanto deje a Jaime con mi vecina.

—¡No me des las gracias! ¿Para qué te crees que está la familia?

Después de darle otra vez las gracias, colgó el teléfono y se recostó en el sofá, estaba tan cansada que se le cerraban los ojos, pero las imágenes del día volvían a atormentarla, la mirada perdida de su madre, su gesto de dolor… Entonces recordó sus palabras, ¡había ido a ver a Arturo Somosierra! No sabía lo que le habría dicho o hecho a su madre, pero tenía claro que todo empezó después de visitarlo. Sus últimas palabras rondaban su cabeza sin cesar, hasta que solo quedó una; «¡VETE DE AQUÍ!»

Despertó agitada en el sofá, miró la hora, solo eran las seis de la mañana, pero se levantó y se dio una ducha, el agua caliente reconfortaba su cuerpo y la despertó del todo. En silencio sacó ropa limpia del cuarto, unos vaqueros cortos y una camiseta rosa, se puso sus sandalias más cómodas y se fue a la cocina para desayunar, un café y tostadas, aunque al final solo bebió el café. Guardó las tostadas de paté en papel de aluminio y lo metió en la mochila con una botella pequeña de agua; buscó el monedero de su madre y cogió dinero en efectivo. Miró el reloj, ya eran las siete y media, entró al cuarto y vio que Jaime se estaba mosqueando, se inclinó y le dio un beso en la frente, de inmediato una gran sonrisa iluminó la cara del pequeño, dos hoyuelos se le marcaron en las mejillas. Al mirarlo le parecía estar viendo a su padre y se le escapó una lágrima que le cayó por la mejilla, él abrió los ojos un poco asustado, pero al ver a su madre se levantó en la cuna y le echó los brazos. Lo puso sobre su cadera derecha y lo cargó hasta la cocina mientras le daba montones de besos de buenos días, por un momento olvidó todo, solo disfrutó del cariño incondicional de su hijo, le reconfortaba tenerlo junto a ella.

—Mami, ¿y la lela? —chapurreó en su idioma.

—Está trabajando, cariño —le tembló la voz ante semejante mentira, pero no estaba preparada para explicarle a un bebé lo que le ocurría a su abuela—. Ahora te voy a dar el desayuno y te voy a dejar con Luisa un ratito, ¿vale?

—¡Vale! —dijo sonriente.

Le dio su papilla de cereales y luego lo llevo al cuarto para vestirlo. A las ocho y cuarto estaba ante la puerta de Luisa para dejar al niño, se despidió con un beso y fue al metro. Caminaba deprisa mientras organizaba sus pensamientos, lo primero sería volver a hablar con el doctor Bartolomé y averiguar la evolución. Pensó en llamar a Arturo Somosierra para increparle, lo que quiera que le dijese a su madre fue el detonante para el Ictus, pero entonces recordó las palabras de su madre. «No vuelvas a acercarte a ese hombre nunca más». Un escalofrío recorrió su columna vertebral y el vello de la nuca se le erizó como si fuese un gato salvaje, algo la puso en alerta, todo su cuerpo se tensionó, pero no reconocía el peligro, estaba a punto de desentenderse de este tonto presentimiento cuando lo vio. Sus oscuros ojos estaban fijos en ella de tal forma que sentía que le atravesaban como si de una lanza se tratara. Sintió que se ahogaba, miro a su alrededor, estaba rodeada de gente, no creía que se atreviera a hacerle nada habiendo tantos testigos, lo cual la tranquilizó un poco. Volvió a levantar la cabeza para ver lo que hacía el hombre y se le escapó un repullo, lo tenía casi encima ella. Comenzó a caminar entre la gente que se apretaba en el vagón y puso la mayor distancia posible con él, pero cerca de las puertas, por si acaso se apeaban todos los viajeros, bajo ningún concepto pensaba quedarse sola con él. Miró la parada a la que entraba el tren, Legazpi, faltaban dos hasta el 12 de Octubre, vio que se bajaban bastantes personas y él seguía con esa mirada intensa fija en ella, sin pensárselo dos veces, se bajó en el último momento y vio, a través de los cristales, cómo golpeaba la puerta mientras el tren se alejaba de la estación. Arturo Somosierra controló la rabia que le embargó al perderla. Quería acercarse con sigilo a ella para poder cogerla y llevarla a un sitio más íntimo. Desde aquella vez que la tuvo en sus brazos, se había convertido en una obsesión, ninguna de las

muchachas con las que había tenido relaciones desde entonces, había hecho que olvidara a esa dulce muchacha. Ahora se arrepentía de haberla despedido con tanta rapidez. Reconoció que le había podido el miedo a que la chica desvelara lo ocurrido aquella noche. Si hubiese pensado las cosas con más calma, seguro que ahora sería su amante. Apretó los dientes y se dio pequeños golpes contra el cristal sin hacer caso de las miradas extrañadas que le dirigían el resto de viajeros.

Lola salió a la calle y caminó a paso rápido para llegar al hospital, no quería arriesgarse a encontrarse de nuevo a su exjefe. Pensó en este encuentro fortuito y no se creyó que el todopoderoso Arturo Somosierra tomara el metro, era inconcebible, pero la otra posibilidad era que la estuviera siguiendo. Se le hizo un nudo en la garganta, pensó que tal vez se había enterado de la hospitalización de su madre y quería volver a acosarla. Lo pensó de nuevo, no, es imposible que lo supiera, a no ser que ayer estuviera en la puerta de casa para verlas marchar en la ambulancia. Pero entonces, ¿cómo sabía que tomaría esa línea de metro? ¿Y si la había seguido desde casa? Se estremeció solo de suponer que la estuviera vigilando. La llamada de teléfono le sacó de sus negros pensamientos y lo cogió de inmediato creyendo que era del hospital.

—¿Dígame? —contestó jadeando por el esfuerzo de la caminata rápida.

—¿Por qué te has bajado con tanta prisa? —dijo con voz serena Arturo, aunque no escondía la rabia contenida.

—¡Déjame en paz o te denunciaré! —Le colgó sin escuchar nada más y buscó información del número, pulsó bloquear contacto comenzando a respirar con tranquilidad.

Entró al hospital casi corriendo y subió hasta la zona de UCI, eran las nueve menos veinte, todavía faltaban veinte minutos para que dejaran pasar a los familiares, se sentó en una silla y sacó el móvil para buscar el número de la policía nacional. Se lo pensó y al final lo descartó, de momento lo dejaría estar, ahora mismo tenía cosas más importantes que hacer.

—¡Hola, Lola! ¿Te han dicho algo? —Su tía se sentó en el asiento de al lado. Cogió su mano y la atrajo hasta su pecho para abrazarla.

—No, tía, hasta las nueve no dejan entrar a los familiares, y supongo que después nos darán el parte de su estado.

—¿Me dejarán pasar? —Su tía se apretó las manos nerviosa y Lola se las cogió entre las suyas para tranquilizarla.

—Tita, somos familia, no te van a impedir verla.

—Lamento habernos distanciado tanto —dijo en un murmullo.

—Tita, lo importante es que ahora estás aquí. —Le dio un beso en la mejilla y la abrazó.

—¡Gracias, Lola! Has madurado mucho.

—A la fuerza ahorcan —rio sin ganas y se le escapó una lágrima.

—¡Ay, mi niña! No te preocupes, tu madre es una luchadora y superará esto.

—Mi padre también era un luchador y nos dejó —se quejó.

—No podemos hacer nada contra la enfermedad, pero sí que podemos recordarlos en sus mejores momentos, y de esos, gracias a Dios, tenemos muchos. ¿Recuerdas las Navidades en que tu padre se pilló tal borrachera que incluso con vosotras delante empezó a contar chistes verdes? Tu madre no paraba de golpearle con la servilleta en la cabeza, pero él no dejaba de decir y hacer obscenidades, ese día tu madre te cogió en brazos y te llevó a casa, y le dijo a mi hermano que no se le ocurriese volver hasta dormir la mona.

—No tita, yo era muy pequeña y no lo recuerdo.

—Pues eso mismo le dije yo para que se llevase también a tu padre, pero ella cabezota como nadie le negó entrar en casa, no te negaré que por eso le estuve regañando, pero en el

fondo la admiré por ser capaz de mantenerse fiel a su palabra. Es algo que siempre he admirado de ella.

—Yo también, no creo que haya nadie tan íntegra como ella.

—Siempre sabe ocupar su lugar.

—Familiares de Violeta Sánchez Arconada —la voz del megáfono las sacó de sus recuerdos.

Se levantaron y corrieron hasta la puerta de entrada a la UCI, donde las esperaba una auxiliar, les puso una bata, les dio unos patucos para los pies y un gorro en la cabeza. Miró satisfecha a ambas mujeres y las acompañó hasta un pequeño box al final del pasillo. Al entrar, Lola vio la pequeña figura de su madre en la cama, tenía tubos y cables por todos lados, no se atrevía ni a tocarla, al final se acercó a la cabecera de la cama y la besó en la frente. La banda sonora de la UCI ponía en tensión a Lola, tantos pitidos y alarmas le hacían temer que pasaba algo, hasta que se dio cuenta de que eran los sonidos normales de las máquinas que la mantenían con vida. Se le escapó un sollozo y su tía le cogió la mano para consolar a la joven.

—Podéis hablar con ella —les dijo la auxiliar que las había acompañado. —Lola asintió y sacó un pañuelo para sonarse, respiró hondo y se acercó a su oreja para hablarle.

—Mamá, ponte bien pronto, Jaime te echa de menos —se le escapó una risita—. ¿Sabes lo que me ha dicho esta mañana? Pues con su lengua de trapo me dice: «¿Mami, dónde está la lela?» —imitó la voz infantil—. Creo que nunca había dicho tantas palabras seguidas.

—¡Hola, cuñada! —Su tía le cogió la mano con cuidado—. Tienes que ponerte bien pronto, tenemos que recuperar estos años que hemos estado separadas por mi cabezonería.

—No, tía, no digas eso. —Lola la abrazó—. Dos no se pelean si uno no quiere, así que no es solo culpa tuya.

—¡Ay, niña, como has crecido! —Acarició la mano de su madre—. ¡Tienes una hija estupenda!, aunque debes admitir que se parece un montón a mi hermano —se rio despacito.

—Ya deben salir —les dijo la auxiliar.

Salieron con pesar, aunque algo más tranquilas por haber visto a su madre. Solo lamentaba la cantidad de máquinas que la mantenían con vida, eso le daba una apariencia de fragilidad que en toda su vida le había visto. Se sentaron en los sillones de fuera mientras esperaban a que las llamaran para darles el parte de su evolución.

—Lola, le diré a tu prima que se quede contigo para ayudarte con Jaime.

—No, tía, no hace falta, Luisa está encantada de quedarse con él, además aquí solo podemos entrar un ratito y a horas determinadas, el resto del tiempo estaré con él en casa.

—Como quieras, pero Sara estará encantada de quedarse contigo para ayudarte.

—¿No tiene que preparar la EBAU?

—No me hables de eso —se quejó con un resoplido—. Dice que como no va a estudiar carrera universitaria no necesita examinarse.

—Bueno, en eso tiene razón, tía.

—Ya, pero ¿y si dentro de unos años cambia de opinión? —negó con la cabeza—. Si la tiene aprobada puede retomar los estudios cuando quiera.

—Tía, Sara es adulta y sabe lo que quiere, no deberías forzarla a hacer algo que no desea.

—¿Desde cuándo eres tan sabia? —Abrazó a la joven sonriendo.

—Familiares de Violeta Sánchez Arconada acudan al despacho médico. —Se levantaron como un resorte al escuchar la llamada, Lola tomó la delantera hasta el despacho. Como el día anterior la puerta estaba entreabierta, dio unos golpes y asomó la cabeza.

—Buenos días, somos las familiares de Violeta Sánchez.

—Sí, la recuerdo, señorita —le sonrió con simpatía el doctor Bartolomé—, siéntense.

—¿Cómo está mi madre?

—Le seré sincero, no pensé que aguantara la noche, pero ha resistido, eso me dice que es una luchadora. Ahora mismo estamos valorando los daños de la ruptura del aneurisma. De cómo se sobreponga depende su recuperación total.

—¿Y el Ictus? —preguntó Lola con ansiedad.

—Habrá que valorar los daños causados cuando despierte del coma inducido. —No pudo evitar que se le escapara un sollozo, su tía la abrazó y el médico se inclinó hacia ellas.

—Estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance para sacar a Violeta adelante.

—Gra…, gracias —contestó con voz trémula.

—No me las den todavía, ahora váyanse a casa hasta la siguiente visita que es a las cinco, las necesito descansadas para que le hablen y ella tenga ganas de vivir. —Salieron abrazadas y se dirigieron a tomar un taxi, su tía quería ir a su casa para conocer a Jaime, y Lola le agradeció su compañía.

Al acercarse a la puerta de Luisa escuchó llorar a Jaime, el estómago se le puso del revés al oírle, volvió a llamar y le abrió la puerta una agobiada Luisa. Llevaba en sus brazos a su persona favorita, que al ver a su madre chilló y le lanzó los brazos, lo cogió y le dio un sonoro beso en las mejillas. De inmediato cesó su llanto.

—¿Pero cariño por qué lloras? —Lo apretó contra su cuerpo.

—¡Quiero ir al parque con la lela!

—Sabes que Luisa no puede tirar de ti, eres muy grandote. —Le hizo cosquillas en la barriga—. Vamos, todavía no hace mucho calor, iremos al parque y corres un poquito. —El niño lanzó un grito de alegría y apremió a Lola para que salieran, en ese momento vio a la tía y se quedó parado—. Cariño, ella es tía Conchi, es la hermana del abuelo que está en el cielo. —La miró curioso y le sonrió dejando ver sus dos hoyuelos, al verlo su tía dejó escapar un suspiro de admiración y se acercó para besarle.

—¡Eres igual que tu abuelo! —Cogió su cara entre las manos y le besó ambas mejillas.

—¿Te has traído al lelo del cielo?

—No, cariño, pero él te está viendo desde allí arriba, por eso debes portarte bien y no llorar. —A Lola se le escapó un suspiro mientras sus ojos se inundaban de lágrimas, ella se dio cuenta y le dio un beso también.

—¡Muchas gracias, Luisa! Te dejamos descansar.

—De nada, Lola y ya sabes, cuando quieras me lo dejas —saludó a ambas mujeres y cerró la puerta detrás de ellas.

Al entrar en casa, Jaime corrió hasta su cuarto, intentaba quitarse el pantalón para cambiarse de ropa y lloriqueaba porque se le atascaba. Lola le ayudó poniéndole el calzoncillo y un pantalón vaquero corto, le pasó por la cabeza una camiseta y sus zapatillas blancas. Cogieron el carrito de paseo y se dirigieron los tres al ascensor. Cuando salieron, Lola recordó el encuentro con Arturo y sintió un escalofrío, le pidió a su tía que llevara el carrito y salió detrás de ellos, miró a ambos lados y fue haciendo barridos visuales entre la gente que les rodeaba. En el parque infantil sacó a Jaime y le dejó subir a los toboganes, él reía emocionado, y mientras entraba en todos los recovecos del conjunto de juegos, solo se le resistían las cuerdas para trepar, pero le ayudaba su madre y así pasaba a otro juego.

—Es un niño precioso y se parece muchísimo a mi hermano, solo que más rubio, eso lo ha heredado de tu madre y de ti. —Le dio un apretón cariñoso a Lola en la rodilla.

—Sí, tía, mamá siempre lo dice, y cuando sonríe y enseña esos hoyuelos… —se le

escapó un suspiro.

—Será un rompecorazones —se carcajeó la mujer mayor.

—Espero que no, aunque no puedo poner la mano en el fuego para no quemarme.

Se despidieron en el parque, su tía Conchi volvía a su casa y le dijo que mandaría a su prima Sara para que le ayudara con el pequeño, y por más que Lola se negó, ella no la escuchaba, entre dientes masculló que volvía la tía mandona que siempre imponía su voluntad. Montó a Jaime en su sillita y regresaron a casa dando un paseo. Lo primero que hizo al entrar fue prepararle un baño. Mientras se llenaba la bañera, sacó el cocimiento del congelador para Jaime y los descongeló en el microondas. Volvió al baño y cerró el grifo llamando al pequeño que llegó corriendo, intentó bajarse el pantalón pero no podía. Con paciencia le explicó cómo hacerlo, diciéndole que antes debía sacar las zapatillas y por último la camiseta, para cuando terminó estaba impaciente por meterse a la bañera. Al entrar en el agua rio y se hizo una ahogadilla, luego se sentó y empezó a jugar con los juguetes que le lanzaba su madre. El sonido del móvil de su madre llamó la atención de Lola, corrió a su dormitorio y lo vio sobre la mesita de noche, contestó la llamada mientras volvía al baño con Jaime.

—Por fin me lo coges, Violeta —exclamó la voz de una mujer al otro lado.

—Lo siento, soy Lola, su hija —intentó hablar con calma.

—¡Hola, Lola, soy Geno! La supervisora de planta, hoy no ha venido a trabajar tu madre y no ha avisado, algo inusual en ella. ¿Ha pasado algo?

—Lo siento, Geno, se me olvidó avisarte, ayer mamá sufrió un ictus.

—¿Pero qué me dices? —exclamó con pesar la supervisora.

—Además, tuvo un aneurisma de aorta, tuvieron que intervenirla de urgencias —se le escapó un sollozo a Lola.

—¿Cómo está?

—Mal, está en coma inducido, los médicos no saben si saldrá adelante ni las secuelas que le quedarán si lo hace.

—Lo siento, Lola, tú no te preocupes por nada, yo me encargaré de hacer todo el papeleo, solo dime en qué hospital está y yo me ocupo de todo.

—Está en el 12 de Octubre.

—Vale, pues no te preocupes por nada, ya me ocupo yo de los partes de baja y eso. Además, si necesitas ayuda con el pequeño no tienes más que decirlo, organizaré turnos para ayudarte —se rio de su propia gracia—. Es broma, Lola, tú solo di lo que necesitas y entre todas te ayudaremos.

—¡Gracias, Geno! —Se despidieron con pena y al dejar el teléfono sobre la encimera del lavabo vio a Jaime haciendo pucheros, Lola se dio un tortazo mental, era pequeño, pero no tonto, la había escuchado hablar por teléfono y algo le debió de alterar.

—¿Lela está malita? —hizo otro puchero.

—Sí, cariño, la abuela está malita, pero los médicos la están cuidando para que se ponga bien pronto.

Le echó los brazos para que le cogiera, ella cogió su toalla y lo envolvió con ella, le dio pequeños toques a través de la toalla mientras le mecía en las piernas, él se acurrucó en los brazos y lloró bajito. Terminó de secarle y le llevó al cuarto, donde lo vistió con un pantalón fresquito y una camiseta de tirantes. Le besó y jugó a hacerle cosquillas, pero no consiguió que olvidara la conversación que había escuchado. El pitido del microondas llamó su atención, cogió en brazos al pequeño y fue hasta la cocina pegando saltitos como un caballo, haciendo que se le escaparan risas de felicidad al niño. Se sentaron en la cocina y le dio de comer, el pequeño

ansioso abría la boca con tanta rapidez que me hacía reír, le dio un beso en la punta de la nariz al terminar y lo sacó de la trona, se tumbaron en el sofá con el niño acurrucado entre su vientre y el respaldo y se quedaron dormidos.



Capítulo 7

Su mundo desaparece

Al final su prima Sara se instaló en casa de Lola, pues su tía no se quedaba tranquila dejándolos solos. Sara se acomodó en el dormitorio de Violeta y se hizo con rapidez amiga de Jaime. Ahora podía ir al hospital más tranquila, no tenía que despertar temprano al niño para dejarlo con Luisa.

Todos los días repetía la misma rutina, Lola se levantaba temprano para dejar el desayuno de Jaime, se duchaba y se vestía para estar en el hospital a las nueve, hora en que les permitían entrar a ver a los pacientes de la UCI, luego esperaba a que la llamaran para ir al despacho y recibir el parte médico. Diariamente, pensaba que era la última vez que tendría que visitar a su madre en la UCI, y cuando volvía a casa se decía que mañana sería el día, mañana podría ver sus lindos ojos azules, podría besarla y recibir sus caricias. Verla atada a montones de tubos y cables, tenerla tan cerca y saberla tan lejos, era algo que minaba su energía y, sin embargo, cada día sacaba fuerzas para volver. Fueron los peores quince días de su vida, peores incluso que cuando enfermó su padre, aunque le daba miedo pensarlo, no sabría seguir con su vida si su madre no estaba con ella. Aprendió de la peor manera que nada era eterno, pero perder también a su madre…, no quería ni debía pensar en eso.

—Piensa en positivo —se repitió el mantra de todos los días—, piensa en positivo.

—¿Dice algo? —La señora mayor sentada a su lado la miró con cara rara.

—Nada, señora, hablaba sola —le sonrió y volvió a sus pensamientos.

Escuchó por el altavoz del metro que la próxima estación era 12 de Octubre y se puso en las puertas para salir, un cosquilleo en la nuca le alertó, miró a su alrededor y no vio nada, pero se sentía intranquila, se abrieron las puertas y se quedó en el vagón mirando a quien salía y entraba, entonces lo vio. ¿Otra vez la había seguido? Pensó mientras el hombre la miraba y levantaba una ceja, se pasó la lengua por los labios y le entraron ganas de vomitar. Antes de que se cerraran las puertas salió corriendo y subió las escaleras mecánicas, al llegar arriba comprobó que él no había salido del vagón. Miró el reloj del móvil y corrió hasta la planta UCI, solo faltaban diez minutos para que les dejaran entrar y no quería llegar tarde, pensando que hoy tendría buenas noticias, inspiró y espiró con rapidez e intentó recobrar el aliento tras la carrera. Pilar, una de las auxiliares que atendía a Violeta, salió y miró la sala, sus ojos se centraron en Lola, se acercó despacio y la cogió del brazo.

—El doctor Bartolomé quiere hablar contigo antes de que pases a ver a tu madre.

—¿Por qué? ¿Se ha despertado?

—Entra al despacho, Lola.

Corrió hasta el despacho médico y tocó a la puerta entreabierta, asomó la cabeza y vio al

doctor sentado tras su escritorio, le acompañaban Javier y Manuel, los dos médicos MIR, les sonrió y se sentó a la espera de las buenas noticias.

—Buenos días, Lola. ¿Estás sola hoy?

—Sí, mi tía vendrá a la otra hora de visita.

—Vaya, —Miró a los dos MIR—, me hubiera gustado que Conchi estuviera contigo.

—No se preocupe, doctor, la llamaré en cuanto me dé las buenas noticias. —Su sonrisa era de oreja a oreja.

—Lo siento, Lola, pero no son buenas noticias.

—¿Qué…, qué pasa? —En un segundo su cuerpo se quedó frío y rígido.

—Anoche tu madre sufrió una recaída, le repitió el ictus, además su cuerpo está muy deteriorado tras la ruptura del aneurisma.

—Está…, ¿está bien? —dijo con voz trémula.

—No, Lola, está muy mal, hemos conseguido estabilizarla, pero es cuestión de horas que fallezca, ahora mismo la mantienen las máquinas, si no fuese por la entubación… —se calló y miró a Lola muy serio—, vamos a sacarla a una habitación para que podáis despediros de ella.

—¡¡Noooo!! —gritó y se derrumbó ante la noticia, lloró sin control. El doctor Bartolomé se sentó a su lado y la abrazó con cariño, ella agradeció el apoyo y le dejó consolarla. No supo cuánto tiempo estuvieron así, el carraspeo de Pilar la sacó de su llanto, levantó la cabeza y pudo ver que la enfermera sufría con ella.

—Lola, he llamado a tu tía, estará aquí en media hora. —La abrazó—. Ve a la habitación 104, llevaremos en un rato a tu madre.

—¿No se puede hacer nada? —suplicó—. Es lo único que me queda. ¡La necesito tanto! —volvió a llorar.

Pilar la acompañó hasta la habitación, estaba vacía, solo había un sillón y una mesita, se asomó a la ventana y veía a la gente entrar y salir por la puerta del hospital. La magnitud de lo que estaba pasando la golpeó con fuerza, su madre se moría, se quedaría sola con Jaime. No podía contener las lágrimas, apoyó la frente en el cristal y lloró, necesitaba desahogarse, no quería que lo último que escuchara su madre fuera su llanto, pensó que debía ser fuerte por su madre, por Jaime y por ella misma.

La puerta se abrió y entraron sus tíos acompañados de sus primos. Sara la abrazó con fuerza y le besó, luego lo hizo su primo, Pablo y el tío, Fede, por último su tía Conchi la abrazó y besó. Les escuchó hablar, pero su mente estaba en otro sitio, no entendía nada de lo que decían, entonces se dio cuenta de que Sara estaba aquí.

—¿Con quién has dejado a Jaime?

—Con Luisa, —Se le escapó una lágrima—, pero tranquila, no he dicho nada delante del pequeño para que no se entere.

—Gracias, prima. —Las manos le temblaban. Apretó los puños para que no lo notaran.

La puerta se abrió y metieron la cama de Violeta, traían también una torre con varias máquinas a las que estaba conectada, se acercó a ayudarles a colocar la cama en el centro de la habitación. Mientras Pilar revisaba los aparatos y comprobaba que todo estaba correcto, cogió la mano de su madre y acarició sus dedos fríos y quietos, notó que movía el dedo índice. ¿Era una reacción a sus caricias? Pensó y miró a Pilar señalando el dedo que se movía, pero ella negó con la cabeza.

—Son movimientos reflejos. —Le puso la mano en el hombro—. Ya has escuchado al doctor, no hay vuelta atrás.

—Lo…, lo siento, me cuesta tanto aceptarlo que…

—Tranquila, es normal.

—No, no es normal, es una mujer joven, solo tiene cincuenta y cinco años —lloró—. Ya perdí a papá, no es justo que la pierda a ella también —su llanto era inconsolable. Les dejaron solos, su tía Conchi se abrazó a ella y lloró también, hasta que Sara la cogió de la mano y la obligó a ponerse junto a la paciente.

—Ella está aquí todavía. —Sara le dio un beso—. ¡Hola, tía! Estoy cuidando a Jaime, es un niño precioso y más listo que los ratones colorados, él te echa mucho de menos, pero no te preocupes, le hablaremos de ti, te recordará cuando sea mayor, de eso nos encargaremos Lola y yo.

—Yo también me encargaré de que no te olvide. —Conchi cogió la mano de Violeta—. Ayudaré a Lola en todo lo que pueda, lamento tanto estos años que estuvimos distanciadas, solo te pido que no me lo tengas en cuenta y cuando veas a mi hermano dile que a él también le echamos de menos, y por supuesto que le hablaremos de su abuelo al pequeño.

—Mamá, no puedo despedirme de ti —lloró Lola—, no puedo, te necesito tanto, tanto.

—Hija, no la hagas sufrir, —Le acarició su tía—, dile cuánto la quieres y que seguirás adelante con tu vida.

—Tía, tienes razón. ¿Lo ves, mamá? —intentó sonreír mientras las lágrimas bañaban su rostro—, no me hagas caso, saldremos adelante, además Sara y la tía están siendo un gran apoyo.

—Sabes que puedes contar con nosotros también. —Su tío se acercó a la cama y le dio un beso en la frente—. Haré todo lo que pueda por Lola y Jaime, como si fueran mi hija y mi nieto, es lo que mi cuñado habría querido y sé que tú te irás más tranquila sabiendo que no les dejas solos.

—Tía, descansa en paz, no te olvidaremos. —Pablo le dio un beso en la frente.

—Mamá, cuando veas a papá dale un besazo de mi parte, dile que no le he olvidado y que he seguido todos sus consejos. —Le besó la mano y se la acercó a la mejilla.

Intentó no llorar, pero no pudo controlarse, mientras besaba sus dedos y le acariciaba la cara con la mano, grandes lágrimas mojaban las sábanas. Escuchaba sus propios lamentos apenas pronunciados, pero estaban ahí. Lola temblaba mientras se aferraba a su mano con desesperación, el mundo dejó de tener sentido para ella, solo estaban Lola y su madre. Fueron los minutos más difíciles de su vida, ni siquiera cuando murió su padre se sintió tan mal, tal vez porque en aquella ocasión él se marchó sonriéndoles, sabiendo que las dejaba juntas para afrontar el futuro. Pero ahora, ahora no veía futuro, no veía nada más allá de la frágil figura de su madre postrada en una cama, su vida dependía de las máquinas y la de Lola perdía un poco de sí misma, sentía cómo una parte de ella se marchaba con su madre. Inspiró hondo, cogió el aire con gula, como si hiciese mucho que no respiraba, volvió a besar su mano y se echó sobre su cuerpo dormido, la besó en las mejillas y la frente. Se levantó sin querer, y al girarse vio a todos con lágrimas contenidas, miró al médico y la enfermera, que estaban junto a la puerta, y les hizo un gesto de asentimiento. El sonido de las máquinas era lo único que se escuchaba en el cuarto, seguido de algún que otro estertor de llanto. De pronto, el pitido anunció lo que nunca quiso Lola. Por un momento se quedó mirando a su madre inerte en la cama, su pecho luchando por moverse arriba y abajo era como una bofetada. Escuchó el silencio caer sobre ella como una losa, poco a poco, sin apenas dejar constancia de ello, vio el pecho de su madre dejar de elevarse. En el silencio del cuarto se escuchó con claridad un suspiro, vio su boca abrirse y después…, después nada. Volvió a tenderse sobre su cuerpo sin vida y lloró, mientras la realidad de lo ocurrido se abría paso en su mente para atormentarla. Ahora estaba sola, ya no tenía a nadie, ella la conocía como nunca nadie la conocería, la mujer que le dio la vida, la madre que llenó su vida

de alegría y amor. Sola, estaba sola en este mundo cruel, ya no le importaba a nadie, se le escaparon lamentos y su cuerpo se sacudió. Lola sintió que la cogían de los hombros, se agarró con fuerza al cuerpo inerte de madre, todavía no estaba preparada para soltarla, y se quejó, pero no la dejaron. Entre las lágrimas vio a su tía que intentaba hacer que soltara a Violeta, gritó con furia en un último intento de que la dejaran en paz, no quería que la separasen de ella. Pero sus intentos se convirtieron en nada. Los fuertes brazos de su tío y primo le obligaron a separarse de ella. Su tía la abrazaba con fuerza mientras le susurraba palabras de consuelo que no escuchaba, solo tenía cabeza para pensar en su madre, en que se había ido, en que estaba sola. La niebla que obnubilaba sus sentidos se deshizo poco a poco, y como un rayo de luz, la imagen de Jaime la sacudió, pensó en su pequeño y fue cuando se dio cuenta de que no estaba sola, le tenía a él, y ahora sabía que podía contar con sus tíos y primos. Lola se incorporó y se secó las lágrimas con las manos, le escocían las mejillas y los ojos, intentó sonreír, aunque supo que no lo había conseguido por la cara que tenía su tía Conchi.

—Gracias, tita, gracias por todo. —La besó en las mejillas y sus labios se humedecieron con sus lágrimas—. Ya estoy mejor.

—¡Ay, Lola! Pobrecita mía, no te preocupes por nada, todavía nos tienes a nosotros.

—Sí, tita, todavía os tengo a vosotros y a Jaime —tragó saliva.

—He avisado a la compañía de seguros, ellos se ocuparán de todo.

—¿Puedo quedarme un poco a solas con ella? —Miró a todos en espera de asentimiento.

—Solo cinco minutos —le advirtió Pilar, la enfermera.

Se quedó mirando cómo salían todos de la habitación y cuando se cerró la puerta se sentó junto al cuerpo de su madre. Sabía que era una carcasa, que ella se había ido, pero, aun así, no pudo evitar acariciar su rostro. Parecía que estaba dormida. Le arregló un poco el pelo y se pasó su fría mano por las mejillas, se le escapó un sollozo, pero se controló e inspiro hondo.

—Mamá, no te preocupes por nosotros, estaremos bien y te prometo que no dejaré que Jaime te olvide, también le hablaré de papá. —Besó sus dedos—. Pero vosotros, desde el cielo, por favor cuidad de nosotros. —Lola se levantó con pesar y limpió las lágrimas que volvían a surcar su cara, salió de la habitación y les vio a todos apesadumbrados esperando en la puerta. Se abrazó a su tía y Sara se unió a ellas.

—Venga, vamos a bajar a comer algo mientras la preparan para ir al tanatorio. —Tío Fede tiró de las mujeres.

Tomaron un sándwich en la cafetería, pero Lola no tenía hambre, miró su comida como si por arte de magia pudiese desaparecer del plato. Les escuchó hablar animadamente, Pablo cursaba segundo de periodismo en la Complutense y comentaba con su padre las asignaturas del nuevo curso. Conchi les escuchaba embelesada, siempre había sido su ojito derecho, Sara miró a su prima y le sonrió mientras se ponía en pie.

—Yo me voy a por Jaime, supongo que Luisa debe estar agotada de correr detrás del pequeño.

—Gracias, Sara —le dijo a su prima apretando su mano.

—Deberías ir con ella, así coges la ropa de tu madre para vestirla —dijo sonriéndole su tía Conchi.

—Tienes razón, tita, se me había olvidado eso. —Se puso en pie decidida—. Vamos, Sara.

Cogieron un taxi hasta casa, y llegaron con bastante rapidez, eran los últimos días de Julio y Madrid estaba menos saturada de coches. En cuanto llamó a la puerta de Luisa escuchó las carcajadas de Jaime, lo que le hizo sonreír. La puerta se abrió y el diablillo corrió hasta su

madre, se abrazó a sus piernas y le gritó entusiasmado.

—¡Mami, mami, mami! —Levantó los brazos para que le cogiera—. ¿Hoy vamos al parque?

—Sí, cariño, pero te llevará la prima Sara. —Le besó con fuerza en el moflete regordete mientras dejaba que su olor infantil le llenara la nariz—. ¡Gracias, Luisa!

—De nada, Lola. —La miró muy seria—. ¿Ya ha pasado? —Asintió y se le escaparon unas lágrimas, no podía hablar, apretó a Jaime entre sus brazos y se despidió con la mano, subieron a su casa. Sara había dejado la puerta abierta, estaba en la cocina.

—¿Has comido, pequeñajo? —Le revolvió el pelo.

—Sí —dijo negando con la cabeza.

—¿En qué quedamos, qué sí o que no? —preguntó su madre riendo.

—Sí, —Abrió mucho sus grandes ojos oscuros—, pero *teno más hambe* —dijo muy serio.

—Bueno, si quieres te puedo preparar un poco de leche fresquita.

—¡Síííí!

Lola fue al cuarto de su madre y abrió su armario, buscó su vestido favorito, se lo ponía todas las Navidades porque fue el último que le regaló su marido. Recordaba ese día como si fuese ayer, era su aniversario de bodas y, aunque llevaban dos meses de pruebas y hospitales, su padre se las ingenió para comprarle el vestido de Adolfo Domínguez. Su madre estaba preciosa con él. Tenía un color azul intenso que daba a sus ojos un brillo como el azul del mar. Lo dobló con cuidado y lo metió en la mochila junto con sus zapatos color nude. Iba a cerrarla cuando en un impulso cogió su colonia «Agua de rosas» de Adolfo Domínguez, se puso un poco y guardo el frasco junto a la ropa. Lola se dio una ducha rápida y se vistió con unos vaqueros negros, y una camiseta ancha también negra, se hizo una cola de caballo y salió al salón dónde Jaime estaba dormido en el sofá, se agachó sobre él y le dio un beso, se despidió de Sara con un movimiento de mano y volvió al hospital.

En el metro fue recordando todo lo que había pasado en estos días, pero no se dejó afligir, tenía que ser valiente, ahora estaba sola con Jaime, bueno, sola no, porque sus tíos, Conchi y Fede, le habían ofrecido su apoyo, también sabía que podía contar con Pablo y Sara. Ella había demostrado en estos días ser más que una prima, era casi su hermana. Se había convertido en un pilar fundamental de su vida, y eso que apenas se trataban antes del accidente. Escuchó la voz del altavoz que indicaba su próxima parada, se puso junto a las puertas y esperó hasta que se detuviera el tren para abrir las puertas. Con pasos rápidos entró al hospital y en la recepción se encontró a sus tíos esperándola.

—Lola, han llevado a tu madre abajo a la morgue.

La cogió del codo y la llevó hacia las escaleras traseras; la neblina que la había tenido aturdida toda la mañana volvió a adueñarse de su cerebro, siguió a su tía sin mirar por dónde pasaban, aunque percibía que el espacio se iba haciendo cada vez más opresivo. Las luces fluorescentes del techo iluminaban un camino desierto, por un momento le pareció estar viviendo una película de terror, sacudió la cabeza y se regañó mentalmente por las tonterías que se le ocurrían. Se detuvieron en una sala, miró alrededor y vio una puerta cerrada, su tía se acercó y llamó. Un hombre con traje oscuro salió y les saludó. Se identificó como el responsable de amortajar el cuerpo, les dio el pésame y pidió la ropa con la que queríamos vestirla, le pasó la mochila y le pidió quedarse para ayudarlo, a pesar de las protestas de su tía. Entró con él y había otro hombre con traje oscuro esperando dentro, a un lado del cuarto vio la cama con una sábana cubriendo el cuerpo. Tragó saliva y se acercó con miedo, levantó la sábana y miró el dulce rostro

de su madre, parecía dormida, se le escapó un suspiro y se volvió cuando escuchó la puerta cerrarse. Otro miedo se apoderó de Lola, se vio sola en una habitación rodeada de hombres…, sacudió la cabeza, pero el miedo seguía ahí, no podía moverse. Una mano en su hombro la sacó de su estupor, debió poner cara de pánico porque el hombre se apartó de ella deprisa y Lola aprovechó para salir de la habitación.

—Lola, deberías llamar a las amigas de tu madre para decirles lo que ha ocurrido.

—Tienes razón, tía. —Sacó el móvil y llamó a Geno, la supervisora de planta.

—¿Dígame?

—Hola, Geno, soy Lola, la hija de Violeta.

—¿Está mejor tu madre?

—No, Geno —se le escapó un sollozo—. Ha muerto.

—¡Pero qué me dices, chiquilla! No me lo puedo creer.

—Sí, Geno, volvió a repetirle el Ictus y los médicos no pudieron hacer nada por ella.

—¿Dónde estás?

—Todavía en el 12 de Octubre, pero la están preparando para llevarla al tanatorio de la M 30.

—No te preocupes, lo pondré en el grupo de trabajo para decírselo a todos sus compañeros.

—Gracias, Geno. —Vio cómo se abría la puerta y salía uno de los hombres—. Tengo que dejarte.

—Nos vemos en un rato, Lola.

—Adiós.

Se acercaron todos al tanatoestético, quien les explicó que el proceso había terminado, quería que entraran para dar el visto bueno a su trabajo. Le siguieron y al entrar se le escapó una exclamación. En la cama, vestida con su vestido azul, estaba su madre, parecía dormida, con un gesto de dulce paz en su rostro, Lola se acercó por inercia y se arrodilló junto a la cama, no se atrevía a tocarla, el llanto se apoderó de ella y lo dejó salir sin control.

—Vamos, Lola, no llores más, cariño.

—Tita, es que parece dormida, no parece que esté…

—Chsss, ya está, Lola.

Salieron de la morgue después de dar el visto bueno al trabajo de amortajamiento, su tío Fede les llevó en coche detrás del vehículo fúnebre que transportaba el cuerpo de Violeta hasta el tanatorio de la M 30. Allí les indicaron la sala y entraron a la antesala, llena de sofás y sillones que rodeaban varias mesitas de madera. Al fondo, una pared separaba otra zona de sillones ante una ventana de cristal, Lola vio cómo dejaban el féretro abierto de su madre y colocaban a los pies del ataúd varias coronas de flores. Apoyó la frente en el cristal y sollozó en silencio, mientras el frío del otro lado de la habitación se traspasaba a su cara. Tía Conchi la abrazó por detrás y le besó en la cabeza, tiró de Lola y le obligó a sentarse en uno de los sillones. Empezó a llegar gente a la sala, a muchas de estas personas las conocía de oídas, su madre le había hablado de ellas, a otras no las conocía ni de nombre. Todas la besaban y abrazaban, mientras preguntaban lo que había ocurrido. Había contado ya tantas veces lo que pasó que ya simplificaba todo de una forma alarmante.

—Prima, me voy a tu casa con Sara y Jaime, me quedaré allí a dormir por si mi hermana necesita algo. —Le dio un beso en la mejilla y se despidió agradeciendo a Pablo su interés en Jaime. De momento tenían la sala llena de gente, habían venido muchos compañeros del hospital donde trabajaba su madre, también vecinas, Luisa les había avisado.

A las diez su tía la cogió del brazo y le obligó a bajar con ella a la cafetería, Lola se dejó llevar, no tenía ganas de discutir, pero cuando le pusieron delante un plato con un sándwich negó con la cabeza. Tenía el estómago cerrado y no le entraba nada, solo tomaba pequeños tragos del refresco de cola y miraba al frente como si no hubiese nada allí. Sus ojos no veían paredes, en su mente veía a su madre sentada en su cama con la mirada hacia el techo, su quietud le alarmó, quería llamarla, decirle que la mirase, pero no podía, se quedó delante de ella empapándose de sus rasgos, las pequeñas arrugas que se le formaban en la frente cuando se concentraba. Un pequeño zarandeo la hizo volver en sí, centró la mirada al frente y vio a su tía que la miraba con pena.

—Lola, come un poco, por favor, no queremos que te enfermes. —Le dio un empujoncito al plato hasta hacerlo llegar a ella.

—Tía, no —le hizo callar con un chisteo.

—Come —esta vez no lo pidió, se lo ordenó.

Cogió el sándwich y le dio un bocado, masticaba sin ganas y al tragar se le hacía una bola que dañaba el esófago, aun así, siguió masticando, solo para contentar a su tía. Cuando terminó la mitad Lola se levantó, Conchi cogió el plato y le pidió al camarero que lo envolviera en film transparente para llevárselo. No se negó porque sabía que no ganaría la discusión. Sus pies le llevaban de vuelta a la sala, eran las once y media, ya apenas quedaba gente, que aprovecharon cuando volvieron para despedirse. La noche se le hizo eterna, continuamente se levantaba y se acercaba al cristal, tenía que comprobar que seguía ahí, que no era una pesadilla lo que estaba viviendo. Miró a su tía Conchi durmiendo en uno de los sofás y se le escaparon las lágrimas, su madre estaría muy contenta de ver lo bien que les estaban cuidando los tíos. Todavía recordaba cuando se enfadaron con ellas, no tenían razón, pensó Lola, había decidido tener a Jaime y su madre la apoyaba, ellos querían que le obligase a abortar, que tener un hijo sin pareja, ni trabajo y para colmo en vísperas de estudiar de nuevo, era una locura. Por suerte, no habían mencionado la discusión que les hizo separarse, incluso le estaban ayudando y mucho con Jaime. Su apoyo estos días estaba siendo fundamental, y ella lo agradecía de todo corazón. Miró el reloj, eran las siete y media, apenas había dado unas cabezadas, pero no quería ni necesitaba dormir, sabía que estas serían las últimas horas que viviría junto a su madre, a partir de ahora tendría que vivir de recuerdos y para verla solo le quedaban las fotografías.

El movimiento al filo de su campo de visión llamó la atención de Lola, tío Fede se estaba incorporando en el sofá, le miró y le sonrío con calidez, él le devolvió la sonrisa y se levantó, le dio un beso en la frente a la tía y se acercó a la joven despacio.

—Lola, voy a por unos cafés. ¿Quieres algo de comer?

—No, tío, muchas gracias, solo un café con leche.

Las dejó solas y miró a su tía que se está desperezando, se incorporó e hizo un gesto de dolor mientras se llevaba las manos a los riñones, eso le hizo sentir culpable. Lola pensó que si se hubiera ido a dormir, ellos no habrían pasado la noche en esos sofás. Su cara debió de expresar lo que estaba pensando porque su tía le dijo con voz ronca.

—No lo sientas, Lola, nos hemos quedado porque hemos querido, ten en cuenta que nosotros también queríamos mucho a Violeta.

—Lo sé, tita, pero deberíais haberos ido a dormir a casa.

—No digas tonterías, niña, no podíamos dejarte aquí sola.

—Gracias, tita, —Se acercó a ella y la abrazó—, no sé lo que habría hecho sin vosotros.

—Eres la hija de mi único hermano, ¿cómo piensas que te vamos a dejar sola?

Cuando volvió el tío Fede las encontró abrazadas, les sonrió y dejó la bandeja con los

cafés y unas tostadas en la mesa junto a ellas, las abrazó a ambas a la vez y sonrió mientras repartía besos entre la cabeza de una y otra.

La misa se le hizo demasiado corta, Lola quería que continuara, no podía pensar en que esto se acabara, no podía. La gente se les acercaba y les daba el pésame junto al féretro, sus ojos estaban tan húmedos que apenas veía nada, pero siguió saludando y agradeciendo la compañía que les habían prestado en estos momentos tan duros.

Se la llevaban, Lola vio el féretro sobre la plataforma elevada mientras se perdía por una de las puertas de la iglesia del tanatorio. Su tía Conchi le cogió del codo y se la llevó hasta la sala de espera de cremación. Sara, Pablo y su tío, Fede, les siguieron. Se levantó una plancha metálica al otro lado del cristal de la sala y vieron cómo el féretro de Violeta entraba despacio en el horno de cremación. Lola dejó escapar un sollozo y sintió los brazos de su tía abrazarla, Sara le cogió la mano y Pablo le cogió la otra, mientras su tío Fede le apretaba el hombro con delicadeza. Le sacaron una urna de color plateado, Lola se la acercó al pecho y sollozó, esto era lo único que le quedaba de su madre. Sus tíos y primos la envolvieron y, aunque ella sentía su calor consolador, el frío se apoderaba de su interior. Dejaron la urna en el columbario, observaron cómo el operario rompía la lápida, colocó la urna de Violeta junto a la de Jaime y luego cubrió el hueco con una losa nueva de escayola. Hasta mañana no pondrían la nueva de mármol con los nombres de ellos.



Capítulo 8

Vacaciones y decisiones

Dejó en manos de los asesores de la compañía de seguros todas las gestiones del testamento y demás papeleos, mientras hacía un viaje para llevar a Jaime a la playa, tal y como quería hacer su madre este verano. Alquiló el apartamento de Benalmádena que ella vio, estaba muy cerca de la playa y del paseo marítimo y además, tenía piscina. Sara decidió ir con ellos y Lola estaba encantada, su prima era un amor, divertida, trabajadora y, sobre todo, se había ganado a Jaime totalmente.

Se fueron en el coche de Violeta, e hicieron varias paradas en el trayecto, por suerte Jaime se pasó casi todo el viaje dormido, solo despertaba cuando paraban en un área de descanso. Al llegar al edificio les estaba esperando la dueña para entregarles las llaves. Subieron las maletas y lo primero que hicieron fue salir al balconcillo. Desde esta altura podían ver el mar, tranquilo, azul y relajante. Los días posteriores se levantaron temprano para bajar a la playa a primera hora, así cuando empezaba a llenarse, ellos regresaban al apartamento, parando primero en la piscina, donde Jaime jugaba con otros niños en la zona de los más pequeños. Hicieron la misma rutina todos los días, Lola se dejaba la comida hecha o a medio hacer, para que cuando volvieran no tardaran mucho en comer.

El sol les había tostado a los tres, Sara tenía un moreno espectacular, su piel bronceada de color casi chocolate hacía que sus ojos oscuros y su pelo castaño brillaran. Jaime se puso más rubio aún, su piel delicada estaba sonrosada con un ligero toque rojizo, pero no se había quemado gracias a la crema solar del cincuenta que le aplicaba Lola cada hora. Ella, en cambio, tenía un color rojizo y el pelo se le había puesto casi platino, lo que hacía un mayor contraste con sus ojos oscuros. Sara se reía de ellos, decía que parecían guiris, no lo hacía con mala intención, solo quería hacerles reír. Las dos semanas que habían alquilado el apartamento estaban a punto de concluir y apuraron los días de playa al máximo. Subían al apartamento después de la piscina y cuando terminaban de comer, Jaime caía rendido en el sofá, le dejaban descansar mientras recogían lo poco que habían ensuciado en la cocina y al terminar se sentaban a la mesa con un café.

—Lola, el día que estuviste en el tanatorio vino alguien a visitarte.

—¿Sí? —La miró intrigada—. Ese día apenas recuerdo a los extraños que vinieron, solo a los que ya conocía. —Se encogió de hombros.

—A mí me resultó extraño que un hombre como ese preguntase por ti.

—¿Qué hombre? —le preguntó mientras saltaban todas sus alarmas.

—Era un hombre mayor, tendría al menos sesenta años, pero muy bien llevados —le

sonrió—. Lo raro fue que preguntó por ti, quería saber dónde estabas, ahí fue cuando me mosqueé, si era un amigo debería saber que estabas en el tanatorio, así que me callé y le dije solo que no estabas, pero el tipo fue y metió el pie en la puerta para que no pudiese cerrar, entonces va y me suelta, «chiquita dime dónde está Lola y me portaré bien contigo». *T*e lo juro, se me pusieron los pelos como escarpias, suerte que Pablo se asomó para ver lo que pasaba y el tipo se echó para atrás al verle, lo que yo aproveché para cerrarle la puerta en las narices. Pude convencer a Pablo de que era un vecino, pero ese tío me dio muy mala espina. Un escalofrío le recorrió por la espalda, en un momento sintió que regresaba en el tiempo, estaba en la sala de juntas, los cinco hombres entraron y cerraron la puerta. El miedo se apoderó de ella y comenzó a temblar sin control.

—¡Lola! ¿Qué te pasa? —Al abrir los ojos vio a Sara inclinada sobre ella; «Me he caído al suelo?», pensó sorprendida. Se incorporó con dificultad y buscó un punto en donde centrar su atención. Jaime estaba dormido en el sofá, lo miró y centró la respiración en su dulce bulto, vio cómo subía y bajaba su pequeño pecho y acompasó la respiración con la suya. La mano de Sara tiró de ella, la incorporó y miró alrededor, todavía se sentía alterada por la revelación y suponía que Sara estaba asustada, su cara era un poema.

—Lola, ahora mismo me vas a decir lo que pasa con ese tío —dijo apretando los dientes.

—No, no, no puedo. —Escondió la cara entre las manos.

—Sí que puedes, solo tienes que contarme.

—¡Tú no lo entiendes, Sara, es algo horrible! —negó Lola con la cabeza.

—Te prometo que no te juzgaré, mírame, ya sabes los problemas que tengo con mi madre. ¿Acaso crees que te haré lo mismo que ella a mí? —Le cogió las manos para que la mirase a la cara—. Puedes contar conmigo, no diré nada, ni te juzgaré, por muy malo que sea lo que hayas hecho.

Lola se le quedó mirando, su mente giraba como un estroboscopio. Por un lado, necesitaba hablar de lo que le hicieron con alguien que la consolara, pero, por otro lado, aún pesaban sobre ella las amenazas de Arturo Somosierra. También podía llamar a su psicóloga, hacía mucho que no la visitaba, tal vez no estaba curada como ella le dijo, o tal vez había tenido un retroceso en su evolución. La cabeza le ardía, y su corazón se ralentizaba, miró hacia Jaime, no quería que le pusieran ninguna etiqueta, puede que fuese concebido de la peor manera, pero era todo lo que le quedaba, era su razón para superarse, su razón para vivir. Miró a Sara y decidió confiar en ella.

—Fue hace casi tres años, el 22 de diciembre, yo tenía un contrato a tiempo parcial en uno de los mejores estudios de arquitectura de Madrid. —Miró sus manos temblorosas y ella se las cogió para animarla a continuar, su fuerza le dio ánimos y se lo contó todo. Cómo la engañaron para subir a la sala de conferencias, le explicó con detalle todo lo que le hicieron, el dolor que le provocaron y cómo la dejaron tirada en el suelo para que se recompusiera sola; y lo peor de todo, las amenazas de Arturo Somosierra, su jefe. Le contó cómo a pesar de todo la despidieron, hizo que le suspendieran todas las asignaturas de la carrera de arquitectura, que abandonase la universidad y cuando pensó que no le podían hacer nada más, se dio cuenta de que estaba embarazada.

Lola miró a su prima para ver su reacción, y ella se lanzó a sus brazos, la besó y acarició consolándola mientras las lágrimas caían silenciosas. Se sintió mucho mejor después de contarle su secreto, la paz invadió su alma y se distribuyó por todo su cuerpo como si el riego sanguíneo la estuviera empujando a todos los rincones. Su voz enfurecida la sacó de su ensimismamiento.

—Debes denunciarlo —gruñó—, lo que te hicieron fue un delito y no pueden quedar

impunes.

—No, Sara, si ahora les denuncio descubrirán a Jaime, quizá me lo quieran quitar, además son hombres muy poderosos, tienen dinero, contactos… —La miró con dudas—, seguro que consiguen silenciar la denuncia y yo, yo estoy sola, no tengo dinero, ni siquiera tengo a mamá. —Se escondió en sus brazos y volvió a llorar. No supo cuánto tiempo estuvieron abrazadas mientras Sara la consolaba, pero se sintió mucho mejor, el poder compartir su secreto con ella le liberó.

—¿Entonces, qué harás cuando volvamos a Madrid?

—Pues no lo sé, por lo pronto voy a preguntarle a nuestra casera si nos alquila unos días más el apartamento —le sonrío con la decisión tomada.

—Eso solo aplaza lo necesario, ¿lo sabes?

—De momento necesito pensar para tomar decisiones.

—Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Gracias, Sara, no sé qué habría hecho sin ti. Bueno, tus padres y Pablo también han sido un gran apoyo.

—Te juro que al principio acepté ayudarte solo para salir de casa, —Miró a su prima sonriente—, ya sabes que mamá y yo estamos en un duelo de voluntades —se le escapó una carcajada y se cubrió la boca.

—Puedes quedarte conmigo todo lo que quieras. —La abrazó con fuerza y se secó las últimas lágrimas—. Ahora voy a llamar a la casera y tú deberías llamar a tu madre para decirle que vamos a ampliar nuestras vacaciones.

Le guiñó un ojo y salió al balcón, llamó a Carmen, la casera, para preguntarle si podían quedarse unos días más, por suerte le habían cancelado la reserva de la siguiente semana y acordaron prolongar la estancia hasta el siguiente sábado. Le hizo la transferencia y entró para ver si se había despertado Jaime, que seguía dormido como un angelito. Sara se salió al balcón y Lola la escuchó hablar con su madre, su conversación primero era seca y después elevó el tono de voz para finalmente colgar con furia y diciendo palabrotas en voz muy baja.

—Nada, esta mujer no hay quien la haga cambiar, todavía insiste en que haga la EBAU y que estudie una carrera —Sara gruñó y se dejó caer en la silla bufando.

—Sara, si ya tienes hecho el curso, ¿por qué no te presentas? —Levantó las manos—. No me mires así, solo estoy siendo práctica. Has estado un año preparando el curso y ahora que lo tienes superado no continúas, no sé, tal vez debieras examinarte y luego ya decidirás.

—Es que no lo he superado —dijo en voz baja, avergonzada—. Mamá piensa que lo he aprobado todo, pero me han quedado dos y no quiero seguir estudiando, al menos una carrera.

—¿Pero por qué no se lo has dicho? No creo que a la tía le importe lo que hagas, mientras estudies algo para labrarte un futuro.

—Ese es el problema, todavía no sé lo que estudiar, necesito tiempo y ella eso no lo entiende.

—Bueno, pues tomate tu tiempo a mi lado, eres una gran amiga, mejor, eres mi hermanita. —La besó en la frente.

—¡Mami! —Jaime se levantó lleno de energía y se lanzó a los brazos de su madre.

—Vaya, parece que te has despertado lleno de energía. —Lo cogió en brazos y le dio un beso.

—Sí, mami. ¿Bajamos a la piscina?

—Todavía es temprano. —Miró el reloj, solo eran las cuatro y media.

—Pero yo tengo calor, ¡uf! —Se pasó la mano por la frente con un gesto melodramático

que les hizo reír a carcajadas a las dos.

—Está bien, voy a preparar la nevera con la merienda y nos bajamos. —Miró a Sara—. ¿Puedes ponerle un bañador y le echas ya la crema?

—Ven aquí, caballerete. —Lo cogió en brazos y le hizo cosquillas mientras entraban al dormitorio.

En la pequeña cocina, Lola cogió un paquete de galletas, un batido y los metió en la pequeña nevera, luego la guardó en el bolso de la piscina, le añadió su móvil y el de Sara y fue a cambiarse. Cuando salió estaban esperándola, le cogió la crema a Sara y se untó bien por todo el cuerpo.

En la piscina, lo primero que hizo Jaime fue pedir sus manguitos para meterse en el agua, Sara se los enganchó en los dos brazos y comprobó que se le ajustaban bien, luego, sin decir nada más, pegó un grito y corrió hacia la piscina grande tirándose y chillando como un poseso. Las dos jóvenes corrieron detrás de él y se tiraron para cogerlo. Él se reía a carcajadas haciéndoles reír también. Lola los dejó jugando en la piscina de los pequeños y se tumbó en la toalla a la sombra mientras sonreía con las payasadas que hacían Sara y Jaime. Escuchó el móvil y lo cogió, en el identificador de llamadas ponía número oculto, por un momento se quedó mirando sin saber qué hacer, al final lo cogió y contestó con cautela.

—¿Dígame?

—¡Hello! ¿Miss Lola González?

—Yes, it's me —contestó en inglés.

—Buenas tardes, la llamo para informarle que ha ganado la beca de trabajo en formación de Bronson & Wilcox.

—¿Está de broma?

—No, señorita, no es una broma —la voz carraspeó—. ¿Acepta la beca? —Por su mente pasaron las últimas palabras de su madre; «Hija, he ido a verle, no vuelvas a acercarte a ese hombre nunca más, espero que ganes el concurso ese y salgas de aquí, creo que será la única forma de librarte de él».

—¡Sí, claro que acepto la beca! —lo dijo casi gritando.

—Bien, le enviaremos por correo electrónico las condiciones, si tiene algo que añadir, hágalo lo más rápido posible, queremos que se incorpore en septiembre. Hasta pronto.

—¡Adiós!

Colgó y se quedó mirando el móvil sin creerlo aún. Unas gotas de agua le cayeron y le hicieron mirar hacia arriba, Sara y Jaime se carcajeaban mientras volvían a sacudirse frente a ella poniéndola chorreando, escondió el móvil y se levantó deprisa, cogió a Jaime y le hizo cosquillas mientras se dejaba caer sobre la toalla. Cuando se tranquilizaron, Lola sacó la bolsa con la merienda, le dio el batido a Jaime, que se lo bebió con ganas, le ofreció galletas y se cogió un puñado que devoró con hambre. Sara y Lola se miraron y rieron de su glotonería, mientras comía el pequeño, le contó a Sara la llamada de Bronson & Wilcox.

—¡Pero eso es fantástico! Es lo que necesitabas para perder a ese… —Miró de reojo a Jaime—. ¿Habrás dicho que sí?

—¡Pues claro! Además, mamá me dijo que si ganaba el concurso me fuera. No he tenido que pensarlo mucho, pero ahora me están entrando las dudas. ¿Cómo me las voy a apañar yo sola con Jaime?

—Yo me voy contigo —sonrió y le enseñó su dentadura perfecta—, así aprendo inglés y quién sabe, tal vez encuentre algo que estudiar allí.

—¿Estás segura? —La miró muy seria—. Tu madre puede decir lo contrario.

—Da igual, soy mayor de edad, —Se encogió de hombros—, tengo la oportunidad de viajar, aprender bien el idioma y puede que hasta continúe mis estudios, no creo que se oponga mucho.

—Allí estaremos solas, es otra cultura, otra forma de vivir.

—No te preocupes, es lo que necesitamos las dos. —Le dio un beso en la mejilla a su prima y cogió dos galletas—. Además, tú necesitas ayuda con Jaime.

—¡Vale, pues te pagaré! —dijo resuelta.

—Eso no te lo voy a rechazar —se rio con picardía.

—Bien, voy a ver si me ha llegado el correo con las condiciones para ponerles al tanto de que viajaré en compañía.

Los días que les quedaban en la playa los pasaron haciendo planes, ante Lola se abría un mundo nuevo, cambiaría su vida drásticamente, y pensó que era lo que necesitaba, por un lado, mientras se adaptaba a los cambios, no pensaría en la ausencia de su madre, y por otro, le daba la oportunidad de desaparecer. El acoso de Arturo Somosierra empezaba a preocuparle, pensó que se había dado cuenta de que no les iba a denunciar y se creyó seguro en la impunidad de sus actos, quería repetir. Cada vez que lo pensaba un escalofrío recorría su columna vertebral y la sacaba de su zona de confort. Fue haciendo una lista de las cosas que se llevaría y lo que no, Sara lo vio y negó con la cabeza.

—No puedes llevarte las cosas de Jaime, ten en cuenta que mandarlas a Londres te va a costar una fortuna. —La miró muy seria—. Por ejemplo, la cuna; ya es mayorcito para dormir ahí, puedes acostarle en una cama con barandilla, la trona, por supuesto que no la necesitará, la silla de paseo puedes llevarla porque es pequeño aún, pero la silla del coche, creo que podemos comprar una allí, además, si todavía no tienes coche, ¿cómo vas a llevarte la silla?

—Tienes razón, llevaré solo la silla de paseo, algunos de sus juguetes y la ropa —se río con ganas—. Ha llegado la hora de hacer limpieza.

—Esa es la actitud —se abrazaron y se acercó a Jaime para volver a ponerle crema solar.

En la playa, Lola estaba construyendo un castillo de arena y Jaime se estaba divirtiendo muchísimo, se reían mientras ampliaban su construcción. Una niña se les presentó como Claudia y les dio unos lazos para ponerlos en unos palillos sobre las almenas, se rieron los tres porque quedaban genial. Un hombre se acercó a ellos y la niña lo presentó como su papá, lo saludó con cortesía, pero no le quitó ojo a Jaime, que en ese momento decidió ir a darse un chapuzón. Lola se levantó con rapidez para cogerlo, pero no lo alcanzó a tiempo, una gran ola llegó a la orilla y lo revolcó por la arena, corrió hacia él, pero el papá de Claudia lo cogió primero.

—¡Jaime, cariño! ¿Estás bien? —Lo tomó de los brazos del papá de Claudia.

—¡No, mami, me he ahogado! —dijo llorando a moco tendido.

La afirmación le hizo reír, intentó que no lo viera, pero el pequeño se dio cuenta y se enfadó con su madre, su llanto se mezclaba con la risa de Lola, pero no le dejó ir, lo abrazó y le consoló mientras intentaba contener las carcajadas. Al levantar la vista vio al padre de Claudia intentando contener su propia risa.

—Soy Ken, el papá de Claudia. —Le tendió una mano mientras sonreía.

—Lola, y este es Jaime. —Se lo puso en la cadera y le besó en la frente.

—¿Estás bien, campeón? —Le cogió la mano y sonrió, se le quedó mirando a la cara, pues se le marcaban dos hoyuelos igual que a Jaime.

—Sí —Jaime se abrazó a su madre con fuerza.

—Eres un chico muy valiente.

Al hablar le notó un poco de acento, pero no supo identificarlo, entró en juego su timidez

y se apartó un poco de él, Sara se acercó a ellos y los miró interrogante, como ninguno dijo nada, preguntó ella.

—¿Qué pasa, Jaime? —Le tendió las manos—. ¿Vamos a bañarnos? —Jaime no necesitaba más incentivos, se removió en los brazos y se tiró sobre Sara, que se lo llevó hasta la toalla y le puso los manguitos, Claudia les siguió y luego volvió corriendo hasta donde se encontraban su padre y Lola.

—Papi, ¿puedo bañarme con ellos? —Señaló a Sara y Jaime.

—No sé, ella ya lleva a Jaime cogido, no creo que debas distraerla, ten en cuenta que Jaime es más pequeño y necesita que le controlen dentro del agua.

—¡Pero yo ya soy mayor, papi! —se quejó la niña bufando.

—Deberías bañarte con ella, así podrás controlarla dentro del agua. —Lola le sonrió y se fue hacia su toalla, se sentó y, vigilando desde la orilla cómo se metían en el agua Sara y Jaime, enseguida vio que les seguían Ken y Claudia. Hasta ella llegaban los gritos de alegría de los niños que salpicaban a Sara y Ken con fuerza mientras se movían arriba y abajo con el vaivén de las olas. Tranquila de que todo discurriera bien, Lola sacó su *iPod* y escuchó música mientras seguía controlando a Sara y Jaime, de vez en cuando sus ojos se dirigían a Ken, sus fuertes carcajadas llegaban hasta ella incluso con los auriculares puestos. Desde su posición podía ver la sonrisa de Ken, que la tenía atrapada, sus hoyuelos captaban su mirada como un imán, estaba mirándolo tan fijamente que él se volvió y la pilló, agachó la cabeza de inmediato e hizo como si estuviese manipulando el *iPod*. Lola se echó más crema solar y se tumbó al sol, pensó que no estaba bien que mirase a escondidas a un hombre casado, aunque no viera a la mamá de Claudia, debía de estar por allí. Tarareó al ritmo de los *Black Eyed Peas* la canción, *«Don't Stop the party»*. Cerró los ojos y se dejó llevar por la música, sus pies se movían con un loco movimiento circular, entonces una lluvia de agua fría le salpicó por todas partes, se incorporó con un gemido de enfado y miró a los dos niños riendo a carcajadas. No pudo evitarlo, se rio también, levantándose deprisa, abandonó el *iPod* mientras salía a perseguir a los dos pequeños. Los atrapó al vuelo y entre carcajadas cayó con los dos niños abrazados, rodando para dejarlos sobre su cuerpo mientras ellos se partían de risa revolcándose en la arena.

—¡Sois unos pequeños malvados! —Les hizo cosquillas mientras ellos se desternillaban de risa.

Lola se incorporó despacio y miró el desastre que había hecho con la arena, los observó levantando una ceja y se fue al agua, se metió hasta que pudo hundirse y quitarse toda la arena que tenía pegada. Los niños entraron detrás de ella, los cogió de la mano a ambos y se quedó en la orilla con ellos saltando las olas, no se atrevía a meterse más adentro con dos niños tan pequeños, aunque llevaban manguitos. Después de saltar un rato los sacó hasta las toallas, allí vio a Sara hablando con Ken muy animada, al verlos llegar, ella cogió la toalla de Jaime y se la pasó a Lola, Ken miró hacia las hamacas al fondo y torció el gesto. Ella pensó que debía de tener allí sus toallas, sin que le dijera nada, cogió su toalla y envolvió con ella a Claudia, que tiritaba y agradecida, le sonrió a la rubia. Mientras su padre seguía corriendo hacia la zona de hamacas.

—¡Vaya, gracias! —Le quitó la toalla que le había prestado a Claudia y la envolvió en la suya.

—De nada —dijo al tiempo que la cogía de su mano, sus dedos se rozaron por un momento y sintió una descarga eléctrica, se quedaron mirando muy fijamente.

—Ken y Claudia están en el hotel «La Roca» —Sara parecía entusiasmada.

—Sí, somos casi vecinos —dijo despacio.

—Por poco tiempo —contestó en plan aguafiestas, no le gustaba cómo la miraba Ken.

—Por poco que sea, será suficiente —sonrió mostrando sus dos hoyuelos y sus ojos verdes brillaron traviesos.

—Papi, invítalos al minigolf. —Claudia tiró del bañador de su padre.

—Por supuesto, —Miró a Lola sonriente—, tenemos cogido el minigolf de arriba del paseo, será más divertido si viene más gente.

—¡Síííí! —Jaime saltó emocionado—. Mami, di que sí.

—Uf, cualquiera se niega —dijo mientras apretaba los dientes.

—Hecho, entonces nos vemos esta tarde a las siete en la entrada del minigolf —se carcajeó Ken.

—Allí nos vemos —aseguró con rigidez.

—Bueno, ellos nos han invitado al minigolf, podríamos invitarles a la piscina esta tarde. —Sara levantó ambas cejas de manera cómica.

—¡Síííí! —Jaime volvió a saltar emocionado. Lola los miró con el ceño fruncido, pensó que esa era una encerrona en toda regla, no podía negar que la niña era muy simpática y, aunque era un poco mayor que Jaime, se llevaban muy bien, se le escapó un suspiro de resignación.

—No hay problema. —Se encogió de hombros—. Si queréis venir.

—Será un placer. —Ken cogió la mano de su hija—. Vamos, peque, recojamos nuestras cosas para que no tengan que esperarnos. Cuando les dejaron solas, Lola le susurró a Sara.

—¿Pero qué haces? Apenas lo conocemos.

—Tranquilízate, la niña se lleva muy bien con Jaime y su padre está cañón —se rio.

—O sea que te lo quieres ligar —le dijo enfadada sin saber por qué.

—¡Noooo! Es muy mayor para mí, pero es agradable, además es médico.

—Y está casado —sentenció Lola.

—¡Qué va! Es viudo, la madre de Claudia murió en el parto.

—¿Le has hecho un tercer grado?

—No, solo nos hemos hecho preguntas para conocernos mejor, por los niños, tú sabes.

—¡Ya! —exageró—. ¿Y qué le has dicho de mí?

—Solo que acabas de perder a tu madre y que hemos venido para que Jaime no sienta la opresión de la pérdida.

—Vale, espero que no nos arrepintamos.

Subieron a la urbanización que estaba un poco más arriba del hotel donde se hospedan Ken y Claudia. Ellos entraron al recinto de la piscina y Lola subió al apartamento para cambiar las toallas de playa por las de la piscina. Cuando bajó, vio a Claudia con Jaime riendo en la piscina infantil mientras jugaban a pillar, Sara y Ken estaban sentados en el bordillo charlando como si se conociesen de toda la vida. Dejó las toallas bajo la sombra del árbol donde habían dejado las zapatillas y las cosas de Claudia y Ken, Lola se fue a la ducha. En la parte más profunda de la piscina se inclinó y se tiró de cabeza, empezó su largo a estilo cross, dio la vuelta a estilo brazas y volvió a espaldas, por último hizo otro largo a estilo mariposa. Al llegar al final respiraba agitadamente, movió los brazos con movimientos circulares mientras recuperaba el aliento. Lola se sumergió y al salir abrió los ojos, él estaba de pie frente a ella, su intensa mirada le sacudió hasta el alma, la ponía nerviosa, necesitaba poner distancia entre los dos, fue a salir de la piscina, pero él la retuvo, le cogió del brazo y le impidió salir. Lola sintió el pánico correr por sus venas como si fuese un veneno, por un momento pensó que se desmayaría, intentó controlar el miedo, no escuchaba, ni veía nada. Entonces notó que le soltó y respiró hondo, salió de la piscina antes de que pudiera volver a agarrarla. Se sentó en la toalla y buscó con la mirada a Jaime, se tranquilizó al verle jugar, esta vez con Sara y Claudia.

—Lo siento, no quería asustarte. —Ken se sentó a su lado.

—No te preocupes, no me has asustado, es solo que… —Le miró nerviosa—, tenía frío.

—Ya… —Levantó una ceja y le sonrió dejándole ver sus hoyuelos.

—De verdad, no te preocupes —recalcó con énfasis.

Los niños llegaron corriendo seguidos por Sara que reía a carcajadas, se tumbaron en sus toallas y Jaime sacó los juguetes de piscina que Lola siempre llevaba en el bolso, se pusieron a jugar olvidándose de los adultos.



Capítulo 9

Amigos de verano

Sara se hizo cargo de la conversación, mientras Lola se colocaba el iPod para evadirse del intenso escrutinio al que le sometía Ken. De reojo miró a Claudia y Jaime jugar con los muñequitos, no escuchaba nada de lo que hablaban Sara y Ken, pero podía sentir su mirada de vez en cuando sobre ella.

Abrió los ojos ante la pequeña sacudida que le dieron en el brazo, se había quedado dormida, sorprendida, se incorporó un poco desorientada y miró a su alrededor, Jaime le sujetaba del brazo y lo sacudía.

—¡Mami, tengo *hambe*!

—¡Yo también! —dijo Claudia. Lola miró el reloj del móvil, eran la una y media, normal que tuvieran hambre, todo el día en el agua abre el apetito de cualquiera.

—Si queréis podemos comer en el bar que hay allí arriba. —Ken señaló el pequeño bar en la parte de arriba de la piscina.

—Tengo la comida preparada en casa. —Lola miró con cara severa a Sara para que le secundara.

—Vale, pues si queréis compramos unos pollos asados y compartimos la comida en nuestro apartamento. —Sara sonrió de oreja a oreja.

—Trato hecho, yo voy a por los pollos y vosotras ponéis la mesa. —Les guiñó el ojo—. Claudia, espérame con ellas en su apartamento. —Miró a Lola muy serio—. ¿Cuál es?

—El 8 °C, en la segunda fase. —Señaló la puerta de acceso.

—Genial, espero no tardar mucho. —Se subieron con Claudia y Jaime de la mano, una vez dentro de casa le cambió a Jaime el bañador por uno seco, miró a Claudia con dudas y finalmente le preguntó.

—¿Tienes un bañador seco en la bolsa? —Señaló la bolsa que había cogido ella porque la niña no podía tirar con la bolsa tan grande.

—Sí. —Se lanzó sobre la bolsa y vació todo lo que había dentro, sacó un bikini monísimo azul celeste con lunares blancos y una cafetera rosa fucsia en el culete, entonces Lola vio la cartera entre las toallas.

—¡Sara! —Su prima salió del cuarto poniéndose una camiseta.

—¿Qué pasa?

—Ken se ha ido a comprar sin la cartera. —Puso los ojos en blanco.

—Se la bajo corriendo. —La cogió y salió disparada del apartamento.

—Bueno, peques, mientras vuelven Ken y Sara, ¿queréis un poco de tortilla de patatas?

—¡Síííí! Tengo *hambe.* —Jaime se sentó a la mesa.

—Yo también. —La miró con timidez Claudia.

—Vale, pues vamos a poner la mesa y os pongo un poco de tortilla.

Sentó a cada niño en una silla y les puso un plato con tortilla de patatas, sacó la ensalada que dejó preparada y le añadió la lechuga, ellos comían con ganas, les fue a servir una segunda ración cuando se abrió la puerta y entraron Sara y Ken. Dejaron los pollos en la pequeña cocina y les sacó un plato a cada niño, partió la carne en trozos pequeños y se lo llevo a la mesa. Ellos se lanzaron a comer como si fuese una competición. Sara repartió el pollo en platos y entre las dos llevaron el resto de comida a la mesa, donde se apretaron para almorzar, los niños ya casi habían terminado y se notaba que ya tenía la barriga llena porque pinchaban la carne con más pausa.

—Mami, ya no quiero más, —Jaime se chupó los labios—, estaba muy rico.

—Yo también he terminado —dijo Claudia—. Me ha encantado la tortilla de patatas.

—¿Queréis postre?

—¡Un Petit! —gritó Jaime.

Sacó el blíster de *Petit Suiss*e y dos cucharas, miró a Claudia y le ofreció dos, ella los cogió y abrió la tapa, al ver que Jaime se había hecho un lío con la tapa del suyo, se lo abrió y se lo dio con una sonrisa. Ese simple gesto hizo sonreír a Lola, pensó que era una niña encantadora. Al girar la cabeza vio que Ken también estaba mirando, le devolvió la mirada y sonrió.

—Entonces, Ken, ¿de dónde eres? —Sara preguntó entre bocado y bocado.

—De Escocia —su voz profunda sacudió a Lola como si estuviera retumbando en su pecho.

—No tienes pinta de escocés —dijo sin pensar.

—Tú tampoco tienes pinta de española —respondió él con rapidez.

—Es que tía Violeta era más guiri que española y mi prima ha salido a ella, aunque tiene los ojos de la familia González.

—Unos ojos preciosos —su voz se enronqueció por momentos.

—Gracias. —Lola bajó la mirada, pero no antes de lanzarle a Sara una advertencia.

—¿Y dónde está el papá de Jaime? —Ken miró fijamente a Lola.

—Mi papá no está, se fue con la lela —gritó Jaime con seguridad.

—Lo siento —dijo en voz baja. Asintió y le dejó creer lo que había dicho el niño, por un momento se quedaron todos en silencio.

Vio que Jaime cogió de la mano a Claudia y la llevó hasta el sofá, se tumbaron y en poco tiempo se quedaron dormidos. Sara los miró y se rio, nos hizo la señal de silencio y todos sonreímos ante la bella estampa de los niños dormidos de la mano. Recogieron la mesa y Lola fregó los platos mientras Sara y Ken se salieron al balcón, cuando terminó se unió a ellos, les ofreció una copa y Ken la aceptó, aunque puso cara rara cuando le tendió el vaso de Puerto de Indias, Lola se encogió de hombros, disculpándose, pues era lo único que tenían.

—¿Entonces estás de vacaciones? —Sara siguió su interrogatorio y Lola le puso los ojos en blanco.

—Sí, he traído a Claudia para que visite a sus abuelos maternos.

—Eso es muy loable.

—Bueno, no quiero que olvide sus raíces maternas y la verdad, me llevo muy bien con mis suegros.

—¿Y vosotras cuánto tiempo os quedaréis aquí de vacaciones?

—Nos vamos en tres días —contestó Lola con rapidez.

—Vaya, es una lástima que no coincidamos por más tiempo.

—Sí, ya llevamos aquí casi tres semanas y nos toca volver a…

—Tenemos que volver a casa —cortó Lola a Sara.

—Vivís en Madrid, ¿no? —La miró con la ceja levantada.

—Sí, de momento —respondió con rapidez Sara.

—¿Os mudáis?

—Aún no lo sabemos, tengo que buscar trabajo y allí donde lo tenga. —Se encogió de hombros y miró a Sara con una advertencia.

—Una lástima —se lamentó Ken mientras le daba un trago a su bebida.

—Podemos aprovechar los días que nos quedan —dijo Sara con alegría.

—Lo peor se lo llevarán Claudia y Jaime, parece que se llevan muy bien. —Miró a Lola sonriente.

—Es que tu hija es encantadora —dijo convencida la rubia.

—Jaime tampoco se queda atrás —sonrió ampliamente enseñando sus hoyuelos.

—¿Sabes?, Jaime también tiene hoyuelos en las dos mejillas —dijo Sara para entrar en la conversación.

—Dicen que es una señal de simpatía. —Ken no apartaba su mirada de Lola.

—Eso he oído, —Se giró para entrar—, si me disculpáis un momento. —Salió antes de que tuvieran oportunidad de protestar ninguno de los dos.

En el baño se lavó los dientes y se echó agua en la cara, estaba en tensión, la proximidad de Ken la ponía nerviosa, además su cercanía le hacía perder el aliento, le parecía conocerlo de hace tiempo y, sin embargo, hacía solo unas horas que se habían presentado. Notaba su interés en ella, aunque se hacía la tonta, no quería hacer caso a sus señales y le estaba costando horrores, porque Sara la azuzaba en su dirección. Respiró hondo y salió con decisión.

Desde el salón escuchó las carcajadas de Ken, Sara también reía, parecía que esos dos se habían caído muy bien. Salió al balcón y les sonrío.

—Sabes, Sara, si quieres salir esta noche yo me quedo con Jaime, no te necesito. —Le guiñó un ojo con complicidad.

—¿Qué? Menos lobos, Caperucita, —Negó con la cabeza—, pero si quieres me quedo yo con Jaime y sales tú con Ken.

—Supongo que yo tendré algo que decir. —Se metió entre ellas Ken hablando irritado.

—Lo siento, es que se os veía tan bien juntos que pensé que tal vez…

—Por favor, no pienses. —Entró al salón y miró a su hija acurrucada, cogió la bolsa con las toallas, se la colgó del brazo y luego se echó a la niña sobre el pecho—. Nos vemos a las siete en el minigolf. —Las dos muchachas se quedaron de piedra mientras él salía del apartamento cargado con su hija dormida. Desde el balcón espió la calle hasta que le vio aparecer tomando la dirección de su hotel.

—¡Estarás satisfecha! —Sara se cruzó de brazos ante Lola con cara enfadada.

—¿Yo? ¿Qué culpa tengo yo? —se quejó.

—Lleva todo el rato lanzándote la caña y tú no picas, pero lo peor ha sido ofrecerte para que salgamos nosotros.

—Eso no es cierto, es contigo con quien tiene feeling.

—Eso no te lo crees ni tú, —Miró a su prima muy seria—, a mí me ha utilizado para saber de ti, ¿y tú qué haces? Te ofreces a dejarnos vía libre, chica, si eso no es meter la pata hasta el fondo, no sé qué será.

—Sara, yo nunca he ligado con nadie, no sé lo que hay que hacer ni entiendo de cañas ni… —se le escapó un suspiro—. De todas formas solo nos quedan tres días aquí.

—Por eso es ideal, lo conoces, habláis, rompéis el hielo y…

—Quita, quita, no digas tonterías. —Lola fijó la mirada en el horizonte.

—Lola, ese hombre está interesado en ti de verdad, no te digo que te cases con él, ni siquiera que te acuestes con él —se le escapó un gemido al escucharla—, solo sal a divertirte un rato, es muy divertido, dale una oportunidad, date una oportunidad.

—No sé Sara y si… —La miró con duda—. ¿Y si me da un ataque de pánico?

—Lola, no puedes vivir con miedo, pensando en lo que puede suceder. —Abrazó a su prima—. ¿Y si no te pasa nada de eso y, en cambio, disfrutas de la compañía de un hombre simpático, caballeroso y que además está como un tren?

—¡Vaaale! Esta noche seré más receptiva con él.

—Eso si no lo has espantado del todo. —Lola se encogió de hombros y volvió a fijar la mirada en el horizonte.

—Entonces será que no estaba tan interesado —se le escapó una risita tonta.

—Eres muy mala, prima.

Se tiró sobre Lola y le hizo cosquillas, ambas rieron a carcajadas mientras entablaban un juego de cosquillas, la entrada de Jaime en el juego no impidió que siguieran, pero esta vez ambas le cogieron como víctima de su ataque de cosquillas, lo llevaron en volandas hasta el sofá donde su risa les dijo todo lo que necesitaban. Era un niño feliz.

Bajaron un rato a la piscina para que Jaime jugara un poco en el agua, él esperaba encontrarse allí a Claudia, pero le avisaron que ella estaba en su hotel, y que se verían esta noche, se quedó convencido y se metió de lleno a jugar con otros niños en la piscina. Subieron con el tiempo justo para ducharse y salir corriendo hasta el minigolf.

En la puerta se encontraron a una Claudia ansiosa y a un Ken muy serio, se saludaron y entraron al parque, a los niños les dieron unos palos pequeños, mientras que a los adultos les dieron a elegir. Claudia dejó que fuera Jaime quien tirase primero, pero le tenían que ayudar porque era muy pequeño y no sabía cómo golpear la bola, al final se rieron todos con su ocurrencia, pues enfadado cogió la bola y corrió hasta el agujero para meterla. Sara se adelantó con los niños y Lola aprovechó para hablar a solas con Ken.

—Quiero disculparme contigo por lo de esta tarde. —Le puso cara de pena.

—No hace falta, si no te gusto no tienes por qué ser agradable conmigo —dijo con brusquedad.

—No lo entiendes, —Le cogió del brazo—, yo nunca he salido con nadie ni he tenido una cita. —Volvió la cara hacia otro lado.

—¿Entonces con el padre de Jaime? —preguntó hosco.

—Mejor no hablemos de él.

—Lo siento, no quiero meterme en tu relación con él.

—No es eso, es que no me gusta hablar de él. —Siguió mirando al suelo.

—¿Quieres que salgamos solos? —carraspeó nervioso, le gustaba esa chica y no sabía por qué tenía la necesidad de estar junto a ella, conocerla más.

—Está bien, Sara se puede quedar con los niños cuando se duerman y salimos de copas.

—Genial —gritó con efusividad.

Ken le sonrió de oreja a oreja y Lola sintió que le temblaban las piernas ante la visión de esos hoyuelos y sus ojos verdes brillar con luz propia.

Corrieron para pillar a Sara y los niños, que seguían haciendo hoyos, aunque por lo visto habían decidido hacer trampas si no la metían a la primera. Claudia y Jaime reían a carcajadas mientras Sara les amonestaba por reírse de sus mayores. Ken y Lola se unieron al momento feliz

y disfrutaron de las travesuras de los niños. Claudia se pegó a Lola y le preguntaba de todo, por el contrario, Jaime andaba junto a Ken, le observaba e imitaba en todo, incluso intentaba hacer que su voz se oyera ronca, lo que les hacía reír a todos. Al terminar el recorrido se tomaron unas hamburguesas en el bar del minigolf, eran enormes y con patatas fritas en el mismo plato. Entre risas comentaron los resultados que habían sacado, omitiendo las trampas que habían hecho los pequeños, que ufanos intentaban darles lecciones de cómo meter la pelota en el hoyo. Lola cogió a Sara del brazo y se la llevó aparte para pedirle que se quedara en casa con los niños mientras salía con Ken. No tuvo que darle más explicaciones.

—Bueno, chicos, vamos a casa a tomar el postre. —Sara cogió a cada niño de la mano.

—¿Puedes sola? —No sabía si era buena idea que subiera ella sola con los dos pequeños.

—Pues claro, —Miró a los niños—, Claudia, Jaime, ¿queréis que tomemos helado de postre?

—¡Síííí! —exclamaron los dos al mismo tiempo.

—Pues entonces vamos a casa. —Tiró de ellos como si fuese un juego y ellos subieron riendo a carcajadas.

—Ni se han dado cuenta de que no vamos con ellos —dijo Lola mientras les veía alejarse.

—Mejor —contestó con voz profunda Ken. —Le cogió la mano y tira de ella para llevarla por la acera, pasaron varios locales ingleses y luego subieron por una calle hasta llegar a una plaza pequeña y coqueta, a un lado se veía un pub con la bandera escocesa en la puerta.

—Siempre barriendo para casa, ¿eh? —Le guiñó un ojo y él le sonrió con picardía.

—Aquí sirven auténtico whisky escocés, no puedes quejarte por buscar lo mejor.

Entraron y varios parroquianos le saludaron por su nombre, lo cual extrañó a Lola, se sentaron en una mesa apartada, él le preguntó lo que quería beber y le pidió un Puerto de Indias, le sonrió con picardía y fue a la barra.

—¿Te parece si empezamos por el principio?

—No entiendo —le dijo con seriedad Lola.

—Hola, soy Kendrick. —Le dio un beso en cada mejilla.

—Yo soy Lola —se le escapó una risita tonta.

—Perdona que te pregunte esto, —La miró muy serio—, ¿cuántos años tienes?

—Eso no se le pregunta a una mujer —se quejó con coquetería.

—Si te parece te digo mi edad. —Le guiñó un ojo—. Tengo treinta y ocho años.

—Vaya, no los aparentas —se rio—. Yo voy a cumplir veintiuno.

—Pues tú si los aparentas, —La miró muy serio—, creí que aparentabas menos edad de la que tienes.

—¡Vaya, gracias! No sé si sentirme halagada o insultada.

—No me lo tengas en cuenta, por favor —le sonrió y le guiñó un ojo.

—¿Cómo es que te conocen aquí? —Le señaló la barra—. No creo que hayas venido con Claudia.

—Bueno, ella ha estado con los abuelos quince días, y yo no tenía mucho que hacer por las noches, salvo salir a beber con compatriotas.

—¿Entonces estas son tus vacaciones con ella?

—Sí, en una semana volvemos a casa.

—Sara me ha dicho que perdiste a tu mujer en el parto —dijo con timidez.

—No exactamente, pero a consecuencia del parto tuvo fiebres, ella no dijo nada y cuando me di cuenta de lo que ocurría fue demasiado tarde.

—¡Vaya! Tuvo que ser muy duro.

—Supongo que tanto como perder al padre de Jaime.

—La verdad es que nunca fue mío. —Se encogió de hombros—. No quiso saber nada de Jaime —dijo con timidez.

—Menudo gilipollas. —Le cogió la mano y besó sus dedos, ella intentó apartarla, pero le sujetaba con fuerza.

—Estamos mejor sin él.

—Desde luego. —Volvió a besar sus nudillos y ella intentó olvidar las sensaciones que le llegaban desde el estómago—. ¿Esa es la razón por la que nunca has tenido una cita?

—Después del padre de Jaime me centré en mis estudios. —Intentó mantener ocultas las imágenes de Arturo y sus amigos abusando de ella, un escalofrío le recorrió la columna vertebral y se removió en su asiento.

—Me alegra que quieras conocerme. —Cogió las manos de Lola entre las suyas—. Me gustas, Lola, me gustas mucho, y si me dejas podríamos ser algo más que amigos —terminó susurrando.

—Ken, yo no sé si estoy preparada para algo más que amistad.

—No te pido más. —Le guiñó un ojo—. Dame una oportunidad —Ken contuvo el aliento sabiendo que se había precipitado, no pudo detener la declaración, le salió del corazón, era la primera vez que se sentía así, ni siquiera con la madre de Claudia lo tuvo tan claro.

Lola asintió y él se inclinó sobre la mesa, sus labios se posaron sobre los de ella, sintió que el terror se apoderaba de su cuerpo, le tenía las manos cogidas y su boca se paseaba por la de la muchacha con posesividad, pero con dulzura. Cerró los ojos e intento olvidar los malos recuerdos que le asaltaban, él no pareció percatarse de nada, al final le dio un piquito en los labios y se retiró sonriente. Lola miró sus hoyuelos e intentó quitar de su cara el miedo que había sentido.

—Siento que nos conocemos desde hace mucho —susurró—, y no es solo porque me gustes, te siento muy cerca de mí.

—Yo también siento que te conozco de antes y me gustas, pero necesito ir despacio, necesito tiempo.

—Todo el que quieras. —Volvió a besar sus nudillos y esta vez no sintió ganas de apartarse.

—¿Cuántos años tiene Claudia? —Lola entró en terreno neutral.

—Cumplirá cinco años el mes que viene.

—Jaime cumple los dos años el 12 de agosto.

—Podrían ser hermanos.

—Pero no lo son —dijo en voz baja.

—Sara dice que Jaime se parece a mí cuando sonríe. —Ken no podía apartar la mirada de la joven, estaba total y absolutamente embelesado con ella.

—Es por los hoyuelos —dijo ella mirando a otro lado con timidez.

—Sí. —Con un dedo comenzó a hacer círculos en la mano de la joven, sintiendo su apocamiento. Se miraron a los ojos y Lola bebió un trago de su copa. El corazón le latía a mil por hora y sentía que le faltaba el aire, intentó tranquilizarse. El verde de su mirada atravesaba su cuerpo y parecía que llegaba hasta su alma. Sacudió la cabeza e intentó despejarse, le sonrío y volvió a beber. Con la lengua recogió una gota del licor que se le escapó de la boca, le escuchó gemir y levantó la mirada, tenía los ojos cerrados y le apretaba con fuerza los dedos—. Lola, me pones a cien —tragó saliva—, sé que es muy pronto, pero si me dejaras yo te… —volvió a tragar

saliva—. Veneraré tu cuerpo, te adoraré como nunca nadie lo hará jamás.

—Ken, no puedo, —Apartó la mano—, además, en dos días me voy a casa y tú…

—Tienes razón, pero que volvamos a casa no significa que debamos olvidarnos de esto que sentimos.

—¿Y qué haremos? —Le miró muy seria—. Cada uno vive en un país —omitió que pronto viviría en Londres—, apenas nos conocemos, y para colmo ambos tenemos cargas familiares.

—Todo se puede arreglar, solo hay que buscar la forma.

Volvió a besarla y esta vez dejó atrás la dulzura, sus labios se movieron sobre los de ella con dureza, notó que la quería castigar por no aceptar su propuesta, Lola intentó apartarse, pero la sujetaba por los hombros. Su lengua recorría los labios de la joven y forzó su entrada, se le escapó un gemido, no sabía si de placer o de miedo. La lengua del hombre recorría el interior de su boca, tocaba su lengua y le incitaba a salir a su encuentro, por un momento la presión que Lola sintió en el vientre se apoderó de ella, la sangre en sus venas le golpeaba con fuerza, pudo sentir su pulso en los oídos. De repente, ya no estaba sentada en su asiento, sino que estaba sobre sus piernas, sus manos recorrían el cuerpo de la muchacha y le hacían sentir que necesitaba algo más, pero no sabía el qué. Lola se dejó llevar por las sensaciones, las manos del hombre investigaron por todo su ser sin vergüenza alguna, se movió en su regazo y sintió el bulto crecer debajo de ella. Hasta su cerebro se abrió la imagen de varios penes sobre ella, uno en cada parte de su cuerpo, eran cinco y no podía apartarlos.

Lola se levantó con brusquedad e intentó recuperar el aliento, le miró sin saber qué decir, solo le llegaba a la cabeza la imagen de los cinco hombres sobre ella, intentó apartar esa visión, negó con brusquedad y retrocedió unos pasos, él se puso en pie también, le tendió la mano, pero ella se apartó aún más.

—No puedo, Ken, —Le miró con los ojos vidriosos—, no me hagas esto, por favor.

—Lo siento, me he dejado llevar. —Bajó la mirada, avergonzado, por haberla asustado, no pudo dejar de maldecirse por ello, después de un rato volvió a mirarla.

—Quiero volver a casa —dijo Lola con la mirada perdida en su vaso casi vacío.

Ken se puso en pie y la acompañó hasta el apartamento, por el camino no la tocó, solo la miraba de reojo y ella a él, estaban en punto muerto. Al entrar al apartamento, Sara les hizo un gesto con el dedo para que no hablasen. Jaime y Claudia dormían en la cama del dormitorio juntos, cogidos de la mano. A Lola se le hizo un nudo en la garganta, se volvió hacia Ken y le hizo señas para que saliera.

—Deja que duerma aquí, mañana puedes venir a desayunar con nosotras y bajamos juntos a la playa.

—Está bien, —La miró y se relamió—, aunque preferiría dormir contigo —dijo atrevido mientras cruzaba los dedos a su espalda.

—No sé si es buena idea. —Ella se apartó despacio.

—Solo dormir, te prometo que no te molestaré —sonrió mientras rezaba porque sus hoyuelos que tanto atraían a la chica hicieran el resto.

—¿Y Sara? —dijo muy bajito.

—Creo que ella espera que lo hagamos. —Le guiñó un ojo con picardía sabiendo que había ganado la partida y una oportunidad para estar junto a la muchacha que le robaba el aliento.

—Está bien, pero solo dormir. —Se volvió hacia Sara—. Ken se quedará con nosotras.

—No te preocupes, me pondré tapones en los oídos y si se despiertan los niños los vuelvo

a dormir.

Acompañó a Ken hasta el dormitorio, le dejó solo y se fue al baño a ponerse el camisón. Cuando volvió estaba tumbado únicamente con el bóxer, dio unas palmadas en la cama y le pidió que se acostara junto a él; ella lo hizo suavemente, la fresca brisa que entraba por la ventana le puso el vello de punta y le hizo estremecer, él se dio cuenta y la abrazó con delicadeza.

—Duérmete, Lola, yo velaré tus sueños —dijo con voz profunda, sabía que él no podría dormir, solo de pensar que estaban juntos, le despertaban todos sus instintos, aunque respiró profundamente para ser fiel a su palabra.

Lola no sabía por qué, pero le creyó, hasta ahora había hecho todo lo que ella le había pedido. Se relajó en sus brazos y por primera vez en mucho tiempo las pesadillas no la despertaron, se sintió segura.

La mañana trajo consigo dos diablillos que saltaban en la cama mientras les gritaban ¡¡DESPERTAD!! Lola gruñó e intentó apartarse de Jaime que saltaba sobre ella una y otra vez, cuando no pudo más abrió los ojos y entonces recordó, Ken, el pub, el beso, los dos en la cama. Se incorporó con rapidez y vio a Ken riendo con Claudia entre sus brazos, Jaime se tiró encima y un gran lío de piernas y brazos atraparon a Lola haciéndola reír. Desayunaron los cinco con tranquilidad mientras miraban el agua brillante del mar y su sonido relajante que les llenaba de paz. Claudia y Jaime terminaron pronto y se pusieron a jugar, Sara recogía en silencio y se ponía a ordenar y fregar, mientras le hacía gestos con la cabeza para que saliera al balcón con Ken y Lola le hizo caso.

—No ha sido tan malo, ¿verdad? —le sonrió Ken mientras la traía hasta su cuerpo, satisfecho porque estaba ganando terreno.

—No, no lo ha sido, y el despertar ha sido genial —se río con ganas al recordar a los pequeños.

—Sí, bueno, yo hubiera preferido otro, pero… —Le guiñó un ojo y vio que la chica se ponía colorada.

—Mañana nos vamos, Ken —dijo muy seria—. No creo que tengamos futuro.

—Dame una oportunidad —la apretó contra su cuerpo—. Danos una oportunidad —dijo con voz ronca mientras sentía que ella se alejaba de él y perdía todo lo que había ganado.

—Lo siento. —Apartó la mirada.

Ken entró enfadado al salón y llamó a Claudia, la niña no quería irse y Jaime tampoco quería que se fuera, Lola se metió entre medias y los abrazó a ambos.

—Vamos, no os preocupéis, ahora nos vemos en la playa. —Besó a los dos niños en la frente y vio cómo sonreía Claudia.

—Gracias —dijo Ken apretando los dientes, no podía dejar de pensar en la muchacha cabezota que le atraía y que se le resistía.

Lola asintió y les vio marcharse, Jaime entró en su cuarto y salió con el bañador en la mano, miró a Sara y a su madre, como ninguna dijo nada, empezó a quitarse el pantalón de pijama y el calzoncillo con prisa, se sentó en el suelo e intentó ponerse solo el bañador. Eso sacó a las muchachas de su pasividad y se rieron ante sus intentos de vestirse solo.

—Dame, cariño. —Le ayudó Lola y luego le puso crema solar—. Baja con él mientras yo recojo todo.

—No queda tanto, baja con nosotros y comemos fuera —dijo Sara.

—No, voy a hacer las maletas y cuando subáis nos vamos a casa.

—¡Pero si hasta mañana no tenemos que irnos!

—Nos vamos antes. —Apartó la mirada.

—¿Ni siquiera te vas a despedir de ellos?
—Mejor no.



Capítulo 10

Despedidas inoportunas

Sara y Jaime bajaron a la playa con las toallas y los juguetes mientras Lola hacía las maletas, recogió la comida que les quedaba, limpió el apartamento, y cuando terminó se sentó en el balcón a mirar la playa. Sonó el timbre y pensó que Sara se había dejado las llaves, fue hacia la puerta protestando por su mala cabeza y al abrirla él está allí. Su cara enfadada la asustó, pero lo peor es que la empujó con suavidad dentro del apartamento y cerró la puerta tras de sí.

En ese momento retrocedió en el tiempo, tres años atrás, el clic de la puerta fue apenas audible, los hombres delante de ella, sus miradas lascivas y ofensivas, sus gestos obscenos mientras se acariciaban. Lola se apartó sin pensar en lo que ocurría, su mente estaba perdida, se tiró al suelo y se encogió contra la pared, se abrazó las piernas y suplicó.

—¡Por favor, no me hagáis daño! Por favor… —Las lágrimas surcaban su cara, apenas podía respirar, le faltaba oxígeno y se evadió donde nadie pudiera volver a tocarla, un lugar seguro.

—¡Lola! ¿Lola qué te pasa? ¡¡Lola!! —Le escuchó entre las brumas de su mente, pero no se atrevió a salir, siguió escondida, era lo mejor, si no la veían no podrían hacerle daño.

Ken se asustó mucho al ver a la joven encogida sobre sí misma diciendo incoherencias, se impuso su profesionalidad y apartó el enfado que traía, la cogió en brazos y la llevó a la cama donde la tumbó con cuidado. Quería entender lo que le ocurría, porque un estado de pánico así no se daba por cualquier motivo, sabía que tenía un trauma muy grande para reaccionar así. No quiso pensar en lo que había provocado esa reacción. Todo lo ocurrido con ella le daba pistas, pero no quería aceptarlo, no podía dejarse llevar por la furia de lo que se temía.

Lola abrió los ojos con lentitud, respiró con agitación y tocó el blando colchón y pensó en cómo había llegado a la cama. Se miró el cuerpo y comprobó que estaba vestida, se le escapó un suspiro y decidió que todo había sido un sueño. Una mano acarició su pelo, volvió a abrir los ojos y se incorporó con brusquedad.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué ha pasado?

—Has tenido un ataque de pánico. —La miró muy serio—. ¿Ahora me vas a decir lo que ocurre? —preguntó enfadado.

—No sé de qué hablas. —Se levantó con rapidez y salió al salón.

—¿Por qué huyes? Sé que te gusto, tus ojos, tu cuerpo me lo dicen, aunque tu boca se empeñe en negarlo, y tú me gustas a mí. No entiendo por qué no nos das una oportunidad, aunque, visto lo que ha sucedido hace un momento, tal vez sea hora de que te sinceres conmigo. —Ken intentó forzarla a hablar, necesitaba que le aceptara, que se abriese a él.

—No tengo nada que decirte, ni tengo que darte explicaciones. —Se cruzó de brazos—. ¿No ves que los niños van a sufrir si continúan su amistad? Ya has visto esta mañana, no quiero que mi hijo sufra, es mejor que nos vayamos antes.

—¿Yo no puedo decir nada? —ella negó con la cabeza—. ¿Es tu última palabra? —Apretó los puños queriendo decirle a esta muchacha cabezota todo lo que sentía, aunque sabía que ella se alejaba de él con cada palabra que decía.

—Lo siento, de verdad, nunca he querido hacerte daño.

—Ya, pues me lo has hecho. —La miró y apretó los dientes—. Deseo que te vaya bien.

Ken salió del apartamento lleno de furia, cerró la puerta y mientras esperaba el ascensor, golpeó con rabia la puerta del elevador. No podía creer que esto le estuviera ocurriendo a él, ya era mayorcito para ese enamoramiento y, sin embargo, le había sucedido. Lo malo es que la muchacha no estaba abierta a ninguna relación, ahora se había dado cuenta. El ataque de pánico que había tenido le aclaró su distancia. No podía saber lo ocurrido, aunque se lo imaginaba, pero decidió no presionarla más. Esta situación le dolía más de lo que nunca pensó y necesitaba tomar distancia.

Lola le vio decidido a salir del apartamento dando grandes zancadas, su enorme cuerpo en el vano de la puerta se volvió hacia ella, apartó la mirada, no quería pensar en un futuro con él, no podía permitirse ese lujo, si lo dejaba entrar en su vida sabía que le haría daño. Se quedó sola tras escuchar la puerta y permitió salir el aire lentamente, y con él, se escaparon los sollozos, aprovechó para desahogarse.

—Tú también me has hecho daño, Ken —susurró mientras aumentaba el llanto.

Después de unos minutos se calmó y se dio una ducha, se puso el bañador y bajó a la playa en busca de sus dos pilares vitales, ahora solo les tenía a ellos, Jaime y Sara. Para él tenía que ser fuerte y ella era su paño de lágrimas, la única persona que quedaba en este mundo que la conocía, la única que le apoyaba sin reservas. Vio su sombrilla y dejó su toalla debajo, miro hacia la orilla y les localizó, estaban jugando en el agua, Claudia estaba con ellos, pero no vio a Ken, se acercó sonriendo y entró con cuidado en el agua, su frescor le ponía el vello de punta, pero siguió avanzando hasta ellos. Jaime fue el primero que la vio, chapoteó hasta llegar a ella y le salpicó agua para incluirla en su juego. Lola sonrío y le salpicó también, Claudia se les acercó y se enganchó como un monito, le daba besos mientras Jaime las mojaba a las dos y, cansada de aquel ataque con agua, ella se tiró y comenzó una batalla de salpicaduras descomunal, hasta Lola se sorprendió al ver la cantidad de agua que desplazaban. Sara le hizo una seña para decirle que se quedaba con ellos sola y asintió.

—¿Salimos a la orilla para saltar olas? —les propuso para estar más segura con los dos niños.

—¡Vale! ¡Tonto el último! —gritó Claudia mientras pataleaba hacia la orilla, Jaime la siguió y Lola comprobó que no se quedaba ninguno atrás. Al llegar al borde donde rompían suavemente las olas, cogió a cada niño con una mano y fue contando las olas que saltaban. Cuando se cansaron les propuso construir un castillo, cogieron los cubos y palas, al mirar hacia la sombrilla vio a Sara hablando con Ken, parecía que estaban discutiendo, observó que él negaba con la cabeza y Sara gesticulaba enfadada. Ambos giraron la cabeza hacia Lola, que apartó la mirada avergonzada. Se centró en llenar los cubos de arena y se los pasaba a Jaime y Claudia que planificaban dónde colocar cada torre. La sombra que cayó sobre ellos le hizo levantar la vista. Ken los miraba con una expresión extraña, su ceño fruncido le hacía ver que seguía enfadado, aunque sus labios se estiraron hasta construir una sonrisa más falsa que los billetes del Monopoli.

—Claudia, tesoro, recoge tus cosas que nos vamos —dijo intentando no mirar a la muchacha que le había puesto el corazón del revés.

—¿Ya? —se quejó la niña—. Porfa, papi, vamos a quedarnos un ratito más.

—No, tesoro, vamos a ver a los abuelos. —Miró a Lola, aunque se dirigió a la niña.

—¡Valeeee!

—Y despídete de Jaime y Lola, ellos también se marchan —dijo sin poder evitar lo que sus palabras provocarían.

—Luego nos vemos —dijo sonriente Jaime.

—No, cielo, nosotros nos vamos a nuestra casa y ellos a la suya —le corrigió antes de que Ken pudiera decir nada.

—¡Pero yo quiero que Claudia se venga conmigo! —hizo pucheros.

—Vamos, Jaime, ayúdame a recoger todos los cubos de la playa. —Sara se metió entre medias y se lo llevó junto a Claudia.

—Espero que te vaya bien —le dijo con gesto serio, aunque Ken lo que realmente quería era tomarla en sus rodillas y darle unos azotes por su cabezonería.

—Gracias, lo mismo te deseo.

Ken giró hacia su tumbona, dio dos pasos, pero se volvió hacia Lola, su cara tenía una expresión de furia que la hizo retroceder, miró alrededor y respiró aliviada al ver que estaba rodeada de gente.

—No te entiendo, pero no puedo irme sin intentarlo de nuevo.

La cogió desprevenida, la agarró y la acercó a su cuerpo y su boca se apoderó de la de la muchacha. Sus labios se movían persuasivos contra los de ella que se dejó llevar, le echó los brazos al cuello y respondió a su beso. Lola sintió que el vientre se tensaba y su piel se volvió tan sensible que su simple roce le hacía arder. No comprendía lo que le estaba pasando y se asustó, a pesar de ello quería más de esa sensación tan placentera. Le escuchó gemir en su boca y tuvo dudas por si había salido de ella. Su lengua la invadió sin pedir permiso, sondeando su interior, y le hacía desear más, su cuerpo se apretó contra el de la muchacha que sintió el bulto en su vientre. Eso la asustó haciendo que se apartara con rapidez e intentó recuperar el aliento mientras sus latidos se aceleraban.

—Dame al menos tu teléfono —susurró en la oreja de la joven.

—Está bien. —Se acercó a la sombrilla y sacó el móvil—. Dime tu número. —Le ofreció su teléfono y él lo marcó en el teclado, se escuchó el tono de llamada y a lo lejos su móvil sonar.

—Te llamaré. —Le dio un piquito en la boca y se marchó con Claudia de la mano.

Ken estaba exultante, no todo estaba perdido, había conseguido su teléfono, y con él, la posibilidad de recuperar el terreno perdido. Sabía que ella necesitaba más tiempo y espacio, y se lo iba a dar, el premio bien valía la pena. Desde el primer momento en que se tocaron supo que ella era su destino, la necesitaba, y si para tenerla debía de apartarse un poco, lo haría.

Lola los vio marcharse, de repente, sintió una gran presión en el pecho, el corazón se le aceleró, pero esta vez no era placentero, esta vez el dolor le llegaba muy hondo. Se le escaparon las lágrimas de los ojos y al secarlas vio a Sara que la miraba negando con la cabeza.

—Eres una cabezota, deberías darle una oportunidad —le dijo con una sinceridad brutal su prima.

—Es mejor así.

—¿Es mejor que los dos sufráis? ¡Por favor! ¿Eres masoquista o qué?

—Déjalo ya, no necesito que me des la vara, ya me castigo yo solita —susurró para sí misma.

—Jaime, toma tus cosas. —Le dio la bolsa de los cubos y recogió las toallas con furia mal contenida.

—Volvemos a casa.

Después de recoger y cargar el coche, le dio las llaves a la casera y emprendieron el camino de vuelta a casa. Sara seguía enfadada con su prima y Jaime solo abría los ojos para comer, porque una vez en el coche se volvía a dormir. Estaban pasando Despeñaperros cuando estalló Sara.

—Lola, de verdad que no entiendo lo que has hecho.

—Yo tampoco —se quejó.

—Ese hombre está loquito por ti.

—Y yo por él —le reconoció.

—¿Entonces?

—No puedo, Sara, todavía me asaltan imágenes de aquel día —susurró mirando por el retrovisor para comprobar que Jaime seguía dormido.

—Necesitas ayuda, —Contempló a su prima muy seria—, mucho más de lo que yo creía.

—Lo estoy superando, solo es cuestión de tiempo.

—¿Se lo has dicho a él?

—Sí, claro, pero no lo entiende.

—¿Cómo que no lo entiende? —La miró ofuscada—. Entonces es mejor que no le des la oportunidad. —Lola asintió y se centró en la carretera, el coche devoraba kilómetros y en la radio sonaba «Rolling in the deep», de Adele, entre las dos tararearon la canción y se miraron mientras sonreían.

Llegaron a casa a las ocho de la tarde, lo primero que hizo fue coger en brazos a Jaime que se despertó enseguida al levantarle, se frotó los ojos y la miró sonriente.

—¿Ya estamos en casa?

—Sí, cariño —Le dejó en el suelo—. ¿Nos ayudas a llevar las cosas dentro? —Él asintió y cogió su mochila de juguetes. Entraron las maletas y las bolsas de comida, Jaime jugaba en el escalón con un coche que había sacado de su mochila. Subieron todo a casa y Lola se fue a aparcar bien el coche. Por suerte encontró una plaza rápido, estaba en el portal cuando sonó su móvil—. ¿Dígame?

—¿Lola, habéis llegado ya a casa?

—Sí, Ken, estoy subiendo —dijo sonriendo al teléfono como si él pudiera verla.

—¿El viaje bien? —Ken quería escuchar su voz, necesitaba al menos eso para consolar su alma atormentada.

—Sí, cansado, pero bien. —Ella no sabía por qué, pero sentía que él quería decir algo más—. Vale, te llamaré otro día —suspiró y ocultó sus ansias por tenerla a su lado—. Cuídate.

—Adiós, Ken y gracias por preocuparte —Lola colgó con tristeza, sabiendo que en esa llamada habían faltado palabras.

En casa todo estaba hecho un caos, escuchó gritar a Jaime enfadado y Sara que le regañaba, Lola entró al cuarto y los vio enfrentados nariz con nariz.

—¿Se puede saber qué os pasa? —dijo enfadada.

—No quiere bañarse y me ha hecho correr por toda la casa —gruñó Sara alterada.

—Jaime, vamos a la ducha. —Le extendí la mano y él la cogió mientras le sacaba la lengua a Sara.

—¡Serás maleducado! —Ella le sacó también la lengua.

—¡Ya basta los dos! —Se paró y se puso en jarras—. ¡Jaime, entra en el baño, y tú, Sara,

ve deshaciendo las maletas! —Se volvió—. Y pide una pizza para cenar.

Sacó a un Jaime limpito y peinado con su pelo rubio húmedo, lo dejo en el suelo y se fue al cuarto a vestirse. Escuchó el timbre de la puerta y a Sara correr por el pasillo.

Salió sonriendo al recordar cómo se enfrentaron Sara y Jaime, fue a la cocina y se quedó parada al ver que Sara estaba discutiendo en la puerta, no podía ver quién era, por eso se acercó para averiguar lo que ocurría. Entonces lo vio, Arturo Somosierra, la vio y sus ojos brillaron con maldad.

—Chiquita, dile a esta fiera que somos amigos. —Dejó salir esa sonrisa de tiburón que tanto alteraba a Lola.

—Vete de mi casa. —Se puso junto a Sara—. Vete y no vuelvas.

—Vamos, chiquita. —La miró de arriba a abajo—. ¡Estás muy guapa tan morenita! —No se lo pensó, cogió el móvil y delante de él marcó el 091, puso el altavoz y escuchó la locución que avisaba que esta llamada sería grabada.

—Emergencias de policía.

—Buenas tardes, en mi casa hay un hombre intentando entrar por la fuerza.

—Dígame su dirección.

—Marqués de Vadillo, número 20, 5.º B.

—Enseguida pasa una patrulla por su domicilio.

—Muchas gracias. —Miró hacia el vano vacío de la puerta y se encogió de hombros—. Acaba de marcharse —le dijo al agente que le atendía al teléfono.

—De todas formas pasará una patrulla por su domicilio. —Cerraron la puerta aliviadas y se abrazó a Sara, se le escapó un lamento y su prima le apretó mientras la consolaba y Lola absorbió su fortaleza.

—No podemos decir quién es, —La obligó a mirarla—, ¿has entendido? De momento solo diremos que nos está acosando en la calle y en casa, pero que no le conocemos.

—No se lo van a creer.

—Eso da igual, una vez que se dé cuenta de que lo denunciaré dejará de perseguirme.

—Como tú quieras, pero pienso que es un error.

En ese momento sonó el timbre, se asomó y vio al chico con la caja de pizza, le abrió y buscó el monedero para pagarle, llevó las pizzas a la cocina y sentó a Jaime en la trona, le partió un trozo en pequeños bocados y se sentaron junto a él para comer. Sonó el timbre del portero y Sara se levantó a preguntar.

—Es la policía —su voz sonaba temblorosa.

—Tranquila, Sara, deja que hable yo. —Fue hasta la puerta y abrió antes de que llamaran.

—Buenos días, señorita, nos han dado el aviso de un intento de intrusión.

—Sí. —Los miró alarmada—. Por suerte en cuanto me ha escuchado hablar con la policía se ha marchado.

—¿Podemos pasar?

—Adelante. —Se apartó y les condujo al salón.

—Soy el agente Peña, y él es mi compañero, el agente Rodríguez, díganos lo que ha ocurrido.

—Ese hombre me ha estado siguiendo desde hace tiempo, pero nunca se había atrevido a subir a mi casa —les contó las veces que la había perseguido, incluso lo que le contó Sara cuando vino el día de la muerte de mamá y por último su intento de entrar en casa.

—¿Y no conoce de nada a ese hombre?

—No. —Cruzó los dedos por detrás de su espalda.

—¿Y usted, señorita?

—Yo tampoco le conozco —les sonrió Sara—, pero el hombre es de lo más insistente. —Le dieron una descripción de Arturo Somosierra, pero sin decir su nombre, en todo lo demás era fiel a su persona.

—Daremos una vuelta por el barrio por si lo vemos y cursaremos la denuncia a través de emergencias, pero a partir de ahora comprueben quién llama.

—Muchas gracias. —Cogió a Jaime, que se le agarraba soñoliento. El agente Peña le hizo una carantoña y las dejaron solas de nuevo.

—Espero que esto sirva de algo —dijo Sara bufando.

—Yo también. —Llevó a Jaime hasta su cuna y volvió a la cocina. Guardaron lo que quedaba de pizza y se sentaron a ver la televisión, Lola vio a Sara revolverse inquieta y después de un rato se decidió a hablar.

—Mañana iré a mi casa para recoger la ropa que me llevaré a Londres.

—Vale, yo me llevaré a Jaime a arreglar el papeleo que me queda en el banco.

—Necesitarás ropa de oficina, si quieres podemos ir a Parque sur pasado mañana.

—¿De verdad tendré que trajearme?

—Los ingleses son muy formales, debes ir bien vestida si quieres que te tengan en cuenta.

—De acuerdo. —La miró muy seria—. ¿Algo más?

—Mañana se lo diré a mi madre, así que prepárate para el bombardeo.

—No te preocupes, prima, sabré contenerla y la convenceré de que es bueno para ti este viaje. —Sara dejó salir un grito de alegría, se abrazó y besó a su prima, que no podía dejar de sonreír, desde que se vino con ella a vivir su vida era mucho más entretenida.

Salieron de compras a Parque sur, Sara le obligó a comprarse dos vestidos elegantes, pero sencillos, según ella servían para ir a trabajar o para una fiesta, Lola no le dijo que no pensaba acudir a ninguna fiesta. Dos pantalones oscuros de vestir con su correspondiente chaqueta y varias blusas de seda para combinarlas, una blanca, otra rosa palo, otra roja y otra en color azul eléctrico. Añadieron dos pares de zapatos de tacón alto, unos en color negro y otros en nude y los bolsos compañeros. Aprovechó y le compró a Jaime algo de ropa de abrigo por si acaso hacía fresco. También le cogió a Sara un vestido del que se había enamorado y ella se le abrazó agradecida.

El 12 de agosto vinieron sus tíos para celebrar el cumpleaños de Jaime, Lola le había hecho una tarta de chocolate y le puso sus dos velas. Se quedó mirando la fotografía de su madre que había en el salón, y pensó que se la veía muy feliz con Jaime de bebé en sus brazos. Se le escapó una lágrima, pero la secó con rapidez.

Jaime intentaba soplar sus velas, pero apenas le salía el aire, por lo que le ayudaron entre todos y aplaudieron cuando se apagaron las velas. Sonó el timbre de la puerta, Sara y Lola se miraron asustadas, la rubia negó con la cabeza y salió a abrir, pero antes miró por la mirilla. Su corazón se aceleró, era Ken. Abrió la puerta y sonrío, él le devolvió la sonrisa, a su lado estaba Claudia que se tiró a las piernas de Lola con alegría.

—¡Lola! Os hemos echado de menos.

—Nosotros también. —La cogió en brazos y entró al salón con ella—. ¡Jaime, mira quién ha venido!

—¡Claudia! —Jaime fue corriendo hacia ellas gritando.

Los dos se abrazaron y rieron a carcajadas, Claudia le dio una bolsa que le arrancó a su padre de la mano y Jaime chilló de alegría mientras tiraba del papel de regalo dejando a la vista

un juego de plastilina enorme, los moldes eran para construir un castillo, él se abrazó a Claudia y quiso abrirlo.

—No, cariño, deja el juego para otro momento, todavía no hemos comido la tarta.

—¿Quieres tarta, Claudia?

—Pues claro, para eso hemos venido —le soltó ella con desparpajo.

Todos rieron mientras los pequeños se ponían a discutir sobre lo que harían cuando terminaran de comer. Sus tíos se marcharon y las dejaron solas con Ken y Claudia, Sara se metió en su cuarto y le guiñó un ojo a su prima, luego salió arreglada con el vestido que le regaló Lola.

—Voy a salir un rato al parque, ¿os venís conmigo? —Señaló a los niños.

—¡Síííí! —gritaron ambos entusiasmados.

Los vieron salir muy emocionados y al quedarse a solas, Lola se volvió hacia Ken, que la miró con esos ojos verdes brillantes, su sonrisa hizo aparecer los hoyuelos. Tragó saliva y le sonrío, aunque sin pensarlo dio unos pasos hacia atrás para apartarse de él.

—¿Cómo nos has encontrado?

—Sara me dio la dirección —sonrió de oreja a oreja y sus hoyuelos la desarmaron.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó nerviosa y se dirigió a la cocina.

—¿Tienes whisky? No te lo tomes a mal, pero la Ginebra de chicas no es muy de mi agrado.

—¿Ginebra de chicas? —se le escapó tal risotada que debieron escucharla en todo el edificio.

—No te rías, pero en mi tierra el whisky es la bebida nacional, lo demás es para chicas *sassenach*.

—Mmmmm, lo tendré en cuenta. —Le sirvió un *Chivas Regal* de 12 años—. Es lo único que tengo y era de papá.

—Gracias. —Movió el líquido ambarino y lo observó al trasluz, luego le dio un trago paladeando—. Está bueno, aunque no es como un *Glenmorangie*.

—Lo siento, lo tendré en cuenta para la próxima vez que me visites de improvisto.

—¿Te ha molestado?

—Puede… —Se quedó tras la encimera de la cocina.

—Vamos, suéltalo.

—Te dije que necesito tiempo y que lo nuestro no puede salir bien en la distancia, pero tú insistes, estoy empezando a asustarme. —Se retorció las manos.

—Estamos de paso en Madrid, mañana cogeremos un avión a Edimburgo, no pensé que te sentaría mal.

—Mejor lo dejamos. —Cogió las llaves de su bolso—. Vamos a por los niños.

Se acercaron al parque y los vieron enseguida, estaban jugando a atraparse mientras escalaban por las cuerdas, sus carcajadas les atrajeron por igual, él miró a su hija con adoración y Lola embelesada se acercó a Jaime. Después de un buen rato avisó a Jaime para que se despidiera de Claudia, Sara la miró extrañada y Ken no dijo nada, los niños hicieron planes para continuar juntos, pero se puso firme, se negaba a dejarse chantajear más. Se despidieron en el parque y los vio tomar un taxi. Jaime lloriqueaba por la partida de su amiga, pero Lola le ofreció salir a cenar a la hamburguesería y se le olvidó todo. Era ella quien no sabía cuánto tardaría en olvidar a ese hombre. Lo pensó y ni ella misma se lo creía, cada vez que cerraba los ojos veía su sonrisa clavándose en su corazón. «¿Cómo es posible que en tan poco tiempo se haya hecho un hueco en mi corazón?», pensó abatida. No lo negó, por lo menos para ella, Kendrick era el primer hombre que le hacía sentir, el primero al que le permitió acercarse. ¿Esto era amor?

Sacudió la cabeza y se centró en la comida de Jaime, troceó la hamburguesa y le dejó pinchar la carne con las patatas, mientras le pegaba pellizquitos al pan. Sara miraba enfadada a su prima, y supo que en cuanto se quedaran solas le cantaría las cuarenta, así que se fue cargando de paciencia para cuando les llegara el momento.

Acostó a Jaime agotado en su cuna y salió al salón, terminaron de recoger juntas los restos de la merienda de cumpleaños. El silencio se hizo pesado entre ella hasta que Lola estalló.

—Bueno, dilo ya. —La miró con seriedad.

—¡Eres tonta! —Puso la nariz frente a su prima—. Es un buen hombre, está coladito por ti y hasta quiere a tu hijo. Para colmo su hija está prendada de ti. ¿Pero qué más quieres?

—Quiero vivir tranquila con mi hijo, trabajar y darle toda la felicidad que pueda.

—¿Sola?

—¡Síííí! ¿Todavía no te has dado cuenta de que en mi vida no puede haber un hombre?

—¿Por lo que te hicieron esos desgraciados?

—¡Sí! No puedo soportar que un hombre me toque, solo de pensarlo me bloqueo y me entran ganas de vomitar, siento tal dolor que apenas me puedo mover. —La miró con los ojos llorosos—. ¿Lo entiendes ahora?

—Lo entiendo, pero no tiene por qué ser así para siempre. —Abrazó y consoló a su prima.

—De momento es así, no puedo hacerle esperar por algo que puede que nunca suceda, eso sería muy cruel.

—Lo siento, no debí entrometerme.

—No, no debiste, —La miró muy seria—, pero sé que lo hiciste con buena intención.

Lola abrazó a su prima y se dejaron llevar por los sentimientos a flor de piel, dejaron salir las lágrimas y se consolaron mutuamente. Era otro principio, en tres días volaban a Londres, iniciaban una nueva vida y daba gracias por contar con el apoyo de Sara.



Capítulo 11

Un nuevo comienzo

El 16 de agosto tomaron el vuelo a Londres, aterrizaron en el aeropuerto de Heathrow, cogieron el carrito para maletas y metieron su equipaje. Sara empujaba la silla de paseo con Jaime, que protestaba porque quería bajarse, y Lola empujaba el carro con los maletones que prepararon en Madrid. Al salir miraron con atención, en el correo de Bronson & Wilcox le especificaron que las recogería Robert Somerset para llevarlas a la casa que le habían cedido.

—Allí, allí —señaló Sara hacia la izquierda.

—Vamos. —Se acercaron al hombre que llevaba un cartel con su nombre—. Hola, soy Lola González.

—Hi, I'm Robert Somerset, from Bronson & Wilcox. —Inclinó la cabeza y les sonrió.

—Nice to meet you, these are my cousin, Sara and my son, Jaime.

—Encantado de conoceros, en la puerta nos espera un taxi.

Le siguieron un poco nerviosas, Sara le sonrió a su prima y ella le dio un codazo con disimulo. Metieron las tres maletas y el cochecito de Jaime en el taxi, que por suerte era un modelo familiar, dentro había una silla de bebé y Lola sentó al niño con cuidado, le abrochó el arnés y luego se montaron ellas, Robert se sentó delante. Le dio la dirección al taxista y se volvió para mirarlas.

—Hemos alquilado para vosotras una casa en Paddington, no es muy grande, pero con las especificaciones que nos diste, es lo mejor que hemos encontrado con tanta rapidez.

—Gracias, míster Robert.

—Por favor, llámame Rob, espero que seamos amigos.

—Gracias, Rob.

Tardaron una hora en llegar a su destino, el taxi se detuvo en una casa blanca, de estilo victoriano, con dos columnas sujetando un pórtico adelantado y grandes ventanales redondeados.

—Vuestro piso es el primero. —Rob sacó las maletas a la acera y pagó al taxista.

—¡Es preciosa! —se le escapó la exclamación.

—¡Sí que lo es! —Sara se acercó a los escalones de entrada.

—Toma. —Rob le dio las llaves—. Abre la puerta y entra con el pequeño.

Sara no se lo pensó, cogió a Jaime y abrió la puerta, la dejó abierta para que pudieran entrar Lola y Rob. Ella arrastró su maleta hasta las escaleras y redobló el esfuerzo para subirla, de repente, dejó de pesar, levantó la vista y vio que Rob había cogido la parte de abajo de su maleta, la dejó en el distribuidor del edificio con las dos maletas y bajó a por la otra y el cochecito de Jaime.

—Bueno, pues ya está. —Arrastró las dos maletas más grandes hasta la puerta abierta al fondo.

—Gracias por todo, si no es por ti, no sé cómo nos las habríamos apañado. —Entró con la maleta y la sillita cerrada.

—¿No pensarías que os íbamos a dejar solas? —negó con la cabeza—. ¿No has oído hablar de la caballerosidad británica?

—Pues no. —Le miro sonriente—. He oído hablar de la puntualidad británica.

—¡Ja! Pues eso no es nada comparado con nuestra caballerosidad —se carcajeó—, espero que no os importe, el señor Bronson me pidió que os trajese una cesta de frutas, pero teniendo un niño y haciendo un viaje tan largo, en fin, pensé que os vendría mejor que os llenase la nevera.

—¡Eso sí que es un detalle! —dijo Sara desde el salón.

—Bueno, creo que por unos días no tendréis que hacer la compra, así podéis conocer el barrio y aprendéis a moveros por aquí.

—¡Mami, tengo hambe! —Jaime le tiró del pantalón.

—Vale, pues vamos a la cocina para ver qué hay en el frigorífico. —Lo cogió en brazos y buscó la cocina.

—Compré zumos y batidos, además de galletas infantiles —gritó Rob desde la entrada.

—¡Genial! ¿Verdad, Jaime?

—¡Síííí!

—Acompáñanos, seguro que podemos tomar un café o un té.

—Será un placer, señoritas. —Mientras Jaime se tomaba el batido y comía galletas, preparó una tetera, le añadió las bolsitas de té y se sentó con ellos en la mesa de la cocina.

—¿Entonces tú eres el secretario de? —Señaló a Rob con la cuchara.

—No, de eso nada, soy P.A. de Míster Bronson —le sonrió.

—Vale, entonces conoces a todos en el estudio. Dime, ¿quién manda más? —le guiñó un ojo.

—Míster Bronson, desde luego, y después Míster Wilcox.

—¿No hay más arquitectos?

—Pues claro que sí, de hecho hay tantos que no los conozco a todos.

—Suena interesante. —Dio un sorbo a su té—. ¿Y por qué necesitáis una interiorista? Por lo general, a los arquitectos les gusta decorar ellos mismos los espacios que crean.

—En Inglaterra no es así, aquí cada profesional ocupa su área.

—Me alegra saberlo, sobre todo, porque esta es una gran oportunidad laboral para mí.

—Y tú, Sara, ¿a qué te dedicas? —Rob la miró sonriente.

—De momento ayudo a Lola con Jaime, pero me gustaría hablar bien el inglés antes de buscar algo que estudiar.

—¿Y el papá de Jaime no está? —Un silencio ominoso se extendió por la cocina, Sara y Lola se miraron, pero fue Jaime quien respondió muy serio.

—Mi papá está en el cielo con mi lela y mi lelo. —Se metió más galletas en la boca y luego bebió ruidosamente de su batido.

Rob las miró y movió los labios en silencio pidiendo perdón, Lola sacudió la cabeza y le restó importancia, él le sonrió y cogió su mano sin disimulo, se la llevó a los labios y se la besó. Le hacía sentir incómoda, intentó retirar su mano y, al darse cuenta de su tensión, Rob la soltó.

—Lo siento, creo que ya es hora de que me marche. —Sacó su cartera y le tendió una tarjeta—. Este es mi teléfono personal, para cualquier cosa que necesitéis, llámame.

—Muchas gracias, Rob.

—Y ya sabes, el jueves 1 de septiembre me pasaré a recogerte para ir al trabajo.

—No hace falta, puedo ir en metro y…

—De eso nada, Míster Bronson me ha encargado que os atienda hasta que te instales y conozcas bien la ciudad. —Se inclinó y luego se despidió de ellas con la misma caballerosidad que les mostró al conocerlas. Sara y ella se miraron en silencio y cuando se marchó se les escapó una carcajada, se taparon la boca por si las escuchaba, pero la hilaridad estaba presente.

—Tiene pluma, pluma, gay —canturreó Sara imitando la canción de «Los Morancos».

—No seas mala, tal vez es su forma de ser caballeroso —se rio Lola.

—Eso no te lo crees ni tú —se carcajeó Sara divertida.

—Vale, pero es muy simpático y agradable. —Miró a su prima intentando contener sus propias carcajadas—. Vamos a deshacer las maletas.

Los siguientes días los pasaron recorriendo los alrededores, buscaron los comercios donde hacer la compra, llevaron a Jaime a *Hyde Park*, donde alucinó con tanto verde y zonas de juego. También fueron al *Britis*, al *Natural History Museum*, al *Victoria & Albert Museum*, la *Tate Gallery* y por supuesto, al puente de la torre, el *Big Ben* y el palacio de *Windsor*. Pasearon por el *Soho* y visitaron el mercadillo de *Camden*. También matriculó a Jaime en una guardería cercana a casa, él necesitaba hacerse con el idioma y esa era la forma más rápida y Sara se apuntó a una academia para aprender inglés mientras Jaime estaba en la guardería.

Ya lo tenía todo preparado, su carpeta con las herramientas básicas y entró al salón. Sara estaba jugando con Jaime en el suelo, construían una torre con bloques de madera, pero se les caía más de una vez. El niño se enfadaba frustrado y se sentó en el sofá con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Es hora de tu baño, caballerete. —Lo cogió en brazos y le hizo cosquillas para verlo sonreír, sus hoyuelos en los mofletes le hacían recordar otros y unos ojos verdes brillantes. Sacudió la cabeza y se dio un tortazo mental, no debía pensar en él, estaba empezando una nueva vida y en ella no tenía cabida ningún hombre.

Le dio una ducha con rápida a Jaime y luego le seco el pelo, se le había aclarado mucho con el sol, aunque no llegaba a ser tan claro como el de Lola. Sus oscuros ojos la miraron con adoración mientras le echaba crema hidratante, le puso el pijama y salieron al salón dejando un fresco olor a colonia infantil.

—Mmmm, que bien hueles, caballerete. —Sara se acercó y le dio un beso en la cabeza—. Ahora me toca a mí.

Sara se metió en el cuarto de baño y Lola llevó a Jaime a la cocina para darle la cena, mañana era su primer día de guardería. Le preparó unas salchichas y patatas fritas que devoró con ganas. Se les unió Sara y la dejó pendiente de él mientras se duchaba.

Sus pensamientos giraban en torno a Ken, sabía que estaba en Edimburgo, a solo unos kilómetros en tren, podría llamarlo y quedar a mitad de camino, seguro que tanto Jaime como Claudia disfrutarían el reencuentro. ¡A quién quería engañar!, ella también lo disfrutaría, sacudió la cabeza por el camino que tomaron sus pensamientos. Pero no lo consiguió, recordaba los labios de Ken sobre los suyos, sus manos en su cintura. El dolor le atravesó como un rayo, las manos que le agarraban no tenían piedad, apretaban sus pechos sin misericordia. «No, no, no, no puedo pensar en eso, ya no tienen poder sobre mí». Puso el mando en el agua fría y dejó que la mojara por completo.

Más tranquila, salió a la cocina también en pijama, Jaime estaba dando cabezadas sobre la mesa, le dio un beso y lo llevó hasta su cama. Sara se había empeñado en compartir el

dormitorio con él, dijo que así no lo despertaría cuando Lola se fuera a trabajar y pensó que tenía razón, pero extrañaría sus ruiditos al dormir. Lo arropó con la sábana y se giró para salir. En una silla junto a la cómoda tenía preparada la ropa de mañana, un polo blanco, una chaqueta y unos pantalones cortos en azul marino. Junto a ellos, el babi y su pequeña mochila. Se le escapó una sonrisa, estaba para comérselo con el uniforme.

—Huele de maravilla. —Levantó la olla—. ¿Has hecho crema de calabacín?

—Sí, tenemos que acostumbrarnos a hacer de la cena nuestra comida principal —dijo Sara muy seria.

—Tienes razón. —Se sirvió un plato y empezó a comer—. Está buenísima.

—Para lo único que sé cocinar… —Se encogió de hombros.

—No digas tonterías, la tortilla de patatas te sale riquísima también y… —Miró a su prima con la ceja levantada—, bueno, a ti no se te queman los filetes.

—¡Ja, ja, ja! Es que para eso solo hay que estar pendiente del fuego y tú quieres hacer tres cosas al mismo tiempo.

—Ya, —La señaló con la cuchara chorreante de crema—, mientras a ti te salgan bien, no tengo que preocuparme —rieron las dos con ganas.

—Mañana llevamos juntas a Jaime a la guardería, ¿no?

—Sí, claro, por eso le pedí a Rob que me recogiera en la puerta del centro, así no tendré que salir corriendo de vuelta a casa.

—Espero que no llore mucho.

—Y yo —se le escapó un suspiro.

∞∞∞

Miró a su pequeño vestido con el uniforme y no se lo creía, parecía un hombrecito, estaba muy serio y, aunque sus ojos se veían alarmantemente brillantes, pudo ver que contenía las lágrimas. Se mordió el labio inferior y se volvió hacia la silla donde había dejado su pequeña mochila con el babi y la merienda para la guardería.

—Eres un chico muy valiente —le animó—. Verás la cantidad de amiguitos que vas a hacer en la guardería.

—¿Claudia estará allí? —preguntó ansioso.

—No, cariño, ella no vive aquí. —Le repasó el peinado.

—Pues yo quiero que venga conmigo.

—Habrá otros amiguitos para jugar, verás los bien que te lo pasas.

—¿Y si no les gusto? —Su labio inferior temblaba peligrosamente.

—¿Pero cómo no les vas a gustar? Eres un niño guapísimo, listo, cariñoso, amable, simpático… —Le hizo cosquillas y se le escaparon las carcajadas—, y no te voy a seguir regalando el oído, pequeñajo.

—Vale, mami, haré más amigos —se le escapa un suspiro pero me sonríe.

En la puerta de la guardería varias mamás se despedían de los niños, se pusieron en cola y él le apretaba la mano, le devolvió el apretón y al llegar su turno, le dijo el nombre a la chica y se agachó a besar a Jaime, Sara lo abrazó también, mientras la chica les sonrió con indulgencia.

—¡Hola, campeón! —Se volvieron y vio a Rob agitando la mano con alegría—. Mira lo que te he traído. —Le dio un paquete a Jaime—. Es para tu primer día de colegio.

—¡Gracias! —Abrió el paquete y sacó una bolsa llena de pequeños dinosaurios—. ¡Me encantaaa! —Se lanzó a los brazos de Rob y cuando se separó se secó una lagrimita que le caía

por el moflete.

—¡Vamos, Jaime! —le llamó la auxiliar de la guardería.

Miró hacia atrás y vio que había varios niños esperando para entrar, su pequeño le dio la mano y entró con paso decidido, en el último momento se volvió y les sonrió de oreja a oreja, dejando ver sus simpáticos hoyuelos. No pudo evitarlo, a Lola se le escaparon unas lagrimitas también, Sara abrazó a su prima y vio que estaba tan emocionada como ella. Rob se unió y sus largos brazos las envolvieron.

—¡Muchas gracias, Rob! No se me ocurrió prepararle un juguete.

—Bueno, es que tengo varios sobrinos y a todos les vuelven locos los dinosaurios, pensé que le ayudaría a afrontar la novedad con alegría.

—¡Eres un encanto! —Cogió su cara entre las manos y le dio dos besos.

—¡Sí que lo eres! —Sara hizo lo mismo y él se puso completamente colorado.

—Sí, bueno, será mejor que nos pongamos en marcha si no queremos llegar tarde tu primer día —Miró a Sara—. ¿Quieres que te dejemos en algún sitio?

—No, mi academia está aquí cerca, iré dando un paseo. —Se despidieron de Sara y subieron al coche de Rob, un mini negro. Lo tenía impecable y así se lo hizo saber.

—Es que soy un fanático del orden. —La miró muy serio—. Para todo —se rio y le guiñó un ojo. Metió el coche en el parking del edificio donde estaba el estudio de arquitectura, por un momento pensó que era su plaza, pero al bajar vio que ponía un cartel de reservado, miró intrigada a Rob.

—Esta plaza está reservada para las visitas, pero hoy me la han dejado usar porque te traigo al trabajo.

—¡Vaya, me tratan como si fuese una celebridad!

—Es que lo eres, aquí todos vimos tu proyecto y alucinamos con tu creatividad, de hecho ganaste por goleada al resto de participantes.

—Eso no lo sabía. —Se puso colorada ante el halago.

—¿Por qué te crees que míster Bronson te tiene entre algodones?

—Pensé que era parte de la beca.

—¡Qué va! —le sonrió—. En cuanto aceptaste la oferta y pediste la casa más grande para tu familia el jefe pidió una mejor zona para que vivieras y me pidió que te tratase como a una celebridad. Dice que traerás muchas inversiones y que tu creatividad nos pondrá en lo más alto.

—No sé si daré la talla, acabas de acobardarme. —Se puso más colorada aún.

—Tú no te preocupes, simplemente haz lo que mejor se te da, yo te ayudaré en lo que pueda.

El pitido del ascensor anunció que habían llegado a su destino. Tiró de su chaqueta y se colocó bien el cuello de la camisa blanca, se miró de reojo en el espejo del ascensor y al dar el primer paso vio a Rob que le sonreía.

—Estás preciosa, si fueras mi tipo te escondería de todos en la oficina.

—¡Ja, ja, ja, eso te ha quedado muy bien! —dijo nerviosa—. Pero no me apetece que me miren, —Bajó los ojos—, no quiero ser el centro de atención.

—Muñeca, pues tendrás que acostumbrarte, porque eres preciosa. —Le guiñó un ojo y la cogió del codo para que saliera.

Al salir del ascensor vio una chica tras un mostrador de recepción, y tras ella el logotipo y el nombre de la empresa Bronson & Wilcox Architecture.

—¡Buenos días, Wendy! Esta es Lola González, nuestra becaria de interiorismo.

—Encantada, Lola. —Salió detrás del mostrador y le dio un beso.

—Lo mismo digo.

Entraron a un espacio con montones de mesas y ordenadores, no estaban metidos en cubículos, sino que estaban distribuidos en largas mesas, la condujo hasta un despacho y al abrir le señaló un gran escritorio y otro más pequeño con ordenador.

—Este será tu despacho. Hemos pedido algunos muestrarios de telas y papeles pintados, pero cuando tengas tiempo échales un vistazo para ver si nos interesan otros proveedores. —Le guiñó un ojo—. Puedes dejar tu maletín en tu mesa, pero no te entretengas, el gran jefe nos espera.

Lola estaba apabullada, dejó el maletín y le siguió. Atravesaron otro grupo de mesas y al fondo vio varias puertas de despachos, se paró frente a una puerta de cristal y entraron, dejó su chaqueta y el maletín en la mesa y llamó a la puerta de cristal esmerilado junto a ella.

—Míster Bronson, está aquí la señorita, Lola González.

—¡Adelante!

Lola entró con timidez y vio a un hombre de unos sesenta años, casi calvo, sus ojos azules chisporroteaban de alegría y en su boca de labios finos se extendió una sonrisa de simpatía. Fue a su encuentro y se le escapó una exclamación al darse cuenta de lo alto que era. Eso intimidó a Lola. Por su mente pasó una imagen fugaz de la sala de juntas y la sombra de los cinco hombres. Respiró hondo y ahuyentó esas imágenes.

—Encantada de conocerle, señor Bronson —dijo con timidez.

—Yo sí que estoy encantado, no solo eres una interiorista creativa y con gran futuro, sino que además eres una preciosidad niña. —Su comentario hizo que se tensara, se estiró todo lo que pudo con su metro sesenta de estatura y puso en su cara una sonrisa hierática.

—No se equivoque, señor Bronson, he venido a trabajar, y mi aspecto nada tiene que ver con mi labor en esta empresa, si no lo ve así puedo irme antes de llevarnos a engaño.

—¡Vaya! Guarda las garras, gatita, ja, ja, ja, te pido disculpas si te he ofendido, pero solo era un halago, ahora que sé que no te distraes con esos menesteres, ten por seguro que no volveré a incomodarte.

—Se lo agradeceré, señor.

—Por cierto, de usted solo me interesa su trabajo, y la creatividad que demostró en el proyecto que nos envió, espero que desarrolle en nuestra empresa su faceta más artística.

—Gracias, señor, espero no defraudarles.

—Aclarado todo, podemos ir a la sala de juntas donde nos esperan mi socio y el resto de arquitectos de la firma.

Al escuchar que iban a la sala de juntas a Lola, le temblaron las piernas, miró horrorizada al enorme hombre que le abrió la puerta, se había quedado paralizada. El suave empujoncito de Rob la sacó de su estupor. Tragó saliva y salió del despacho, ya fuera le precedía míster Bronson, su caminar era inseguro y Rob se había dado cuenta porque le cogió con disimulo la mano y le dio un apretón, ella le miró e intentó sonreírle. El murmullo de voces que le llegaba le hizo suponer que había bastantes personas reunidas, pero solo al entrar y ver hombres y mujeres en animada charla alrededor de una enorme mesa rectangular, dejó salir el aire de sus pulmones con alivio. Míster Bronson la cogió del brazo para que se quedara a su lado, y con disimulo se zafó de su agarre sin abandonar su posición junto al jefe.

—Este es mi socio, Nicolás Wilcox.

—Encantada, míster Wilcox —saludó a su otro jefe. Entre las canas podía ver su pelo rubio y se fijó en que tenía los ojos verdes. Era de la misma edad que Bronson. Tenía también una sonrisa paternal que le tranquilizó.

—Señorita González, esperamos mucho de usted —le dio un beso en la mano y ella contuvo las ganas de limpiarse en el pantalón.

—¡Gracias por su confianza! Me siento abrumada.

—¡Hola a todos! —la potente voz de Bronson hizo callar a todos los presentes—. Les he reunido a todos aquí para presentarles la nueva incorporación de Bronson & Wilcox Architecture. La señorita, Lola González. —Le dio una palmada en la espalda para que se adelantara—. Con ella espero que nuestra empresa se expanda para abarcar todas las fases de la construcción y rehabilitación, les pido por favor, le den la bienvenida a nuestra empresa y colaboren para hacer de esta su casa.

Sonaron aplausos y no se lo podía creer. ¿Esto era por ella? Sintió que le ardían las mejillas y sonrió a todos los que se le acercaban, le estrechaban la mano, se presentaban y salían de la sala. Lola apenas podía retener los nombres de sus compañeros, esperaba ir conociéndolos poco a poco.

Se quedaron solos en la sala Rob, míster Bronson, míster Wilcox y ella, sintió un nudo en la garganta mientras el miedo trepaba por su cuerpo, intentó sobreponerse, pero le estaba ganando la batalla, sus manos temblaban y tenía la visión borrosa. Sintió un apretón en la mano y consiguió salir entre las brumas del miedo, miró al frente y vio a Rob que le sonreía.

—Bien, señorita González, vaya a su despacho y vea si se nos ha pasado algo por alto, todavía estamos a tiempo de buscar más proveedores —se despidieron Bronson y Wilcox.

—Vamos, Lola, ya ha pasado lo peor. —Rob le dio un cariñoso abrazo—. Ahora a trabajar.

Lola se encerró en su despacho y recuperó la compostura, se puso a revisar los muestrarios y comprobó que tenían gran variedad, desde los tonos neutros a las gamas de coordinados más estrambóticas, había también muestrarios de maderas, metales y papeles pintados. No conocía todas las empresas distribuidoras en Inglaterra, pero por ahora pensó que bastaría. Los organizó para tener a mano los básicos y el resto por orden cromático. Una llamada en la puerta la hizo levantarse del suelo donde estaba sentada con varios muestrarios de metales. Rob asomó su morena cabeza y le sonrió.

—¿Vamos a comer?

—¿Qué hora es?

—¡La hora de comer, niña!

—Voy. —Se levantó deprisa y se puso la chaqueta, los zapatos que se había sacado para estar más cómoda y se colgó el bolso.

Bajaron hasta la cafetería de la planta baja, estaba llena de gente, muchos de ellos la saludaron, creyó reconocer sus caras de la presentación un rato antes, pero no recordaba sus nombres. Rob la condujo hasta la cola, tomaron una bandeja y al pasar cogieron los platos, un sándwich, una botella de agua y una barrita de cereales. Rob la miró sonriente y negó con la cabeza.

—Nena, tienes un cuerpazo, no hace falta que te pongas a dieta.

—No estoy a dieta, —lo miró muy seria—, es lo que me apetece comer.

—¿No me digas que eres una fanática del culto al cuerpo?

—¿Yo? ¡Qué va! —se rio—. Es solo que los nervios me cierran el estómago y hoy todavía no me he tranquilizado.

—Pues ve acostumbrándote, nena, o te veo mal.

—Dame tiempo, esto es nuevo para mí y tantas personas juntas. —Le dio un escalofrío —. No me gusta estar rodeada de gente.

—Ya me he dado cuenta, pero no te preocupes, yo estaré a tu lado, míster Bronson me ha dado órdenes de que te guíe hasta que te hagas a nosotros.

—Vaya, qué amable. —Le guiñó un ojo—. ¿Pero no te necesita él?

—Se va de vacaciones —se carcajeó—, así que me ha dado trabajo para que no esté mano sobre mano.

—¡Ya decía yo! Ja, ja, ja —rio divertida.

Pagaron en la caja y se sentaron en una mesa cerca de la ventana, podía ver a la gente pasar, estaban próximos de Piccadilly y la marea humana en todas direcciones era tangible. Abrió su sándwich y lo que ella creía lechuga resulta que eran tréboles, enarcó una ceja y miró a Rob señalando su sándwich, él se rio a carcajadas, lo que hizo que todos los que estaban en el bar se volvieran a mirarlos, sintió sus mejillas arder e intentó hacer caso omiso. Tenía que aprender a ser fuerte, no se podía dejar vencer por sus miedos, y la única forma de hacerlo era enfrentarse a ellos. Con la decisión tomada, se encaró con la mirada escrutadora de Rob, le sonrió y empezó a comentarle la forma en que había ordenado los muestrarios y sus ganas de comenzar los proyectos.

—No te preocupes, ya sé de varios proyectos que te van a dar —le guiñó un ojo.

—¿Ya?

—Para eso te han traído aquí, tu trabajo será continuar los proyectos que inicie el equipo, lo que traerá más beneficios a la empresa —le sonrió y mordió su sándwich—. Si todo va bien nos expandiremos y contratarán más interioristas.

—O sea, que yo soy el buque rompehielos —se carcajeó Lola.

—Tú lo has dicho, guapa. —Se limpió la boca de una forma tan estrambótica que Lola tuvo que taparse la boca para no reírse.



Capítulo 12

Proyectos

Rob tuvo razón, en cuanto Lola se conectó a la intranet, sus compañeros le fueron pasando proyectos, pero realmente dudaba de que todos fueran para realizar diseños de interiorismo, así que tomó nota de todos y los archivó, luego se dedicó a ver los planos y por último, el cliente. Al terminar el día tenía diez proyectos en cola, leyó las especificaciones y se quedó con los tres más urgentes, anotó en su agenda los nombres y direcciones. Al día siguiente lo primero que haría sería hablar con los arquitectos del proyecto para aclarar dudas. Cerró el despacho y se encontró con Rob esperando, le guiñó un ojo y gesticuló con la cabeza, haciéndola reír.

—¡Vamos, guapa! Te dejo en casa.

—No hace falta, de verdad Rob.

—Ya lo sé, pero yo quiero. —Volvió a guiñarle un ojo con exageración—. Además, estoy haciendo méritos para que me invites a cenar.

—¡Por supuesto! —Se enganchó a su brazo y bajaron hasta el parking.

Rob aparcó cerca de casa y caminaron juntos, le comentó los diez proyectos que le habían mandado por intranet y él aplaudió entusiasmado.

—Eso es genial, la verdad es que tenía dudas de que te enviasen los proyectos, algunas veces los arquitectos son un poco… —le sacó la lengua—. Pero si ya te los han dado es porque te aceptan en el equipo.

—Espero estar a la altura.

Lola abrió la puerta de la calle y se escucharon los gritos de Jaime, dejó el maletín en la entrada y entró dando grandes zancadas en el salón, en cuanto la vio, el pequeño salió corriendo y se le echó a los brazos, no tenía que decirle nada más, lo cogió y le abrazó consolándolo.

—¿Pero qué te pasa, cariño? —Le dio montones de besos en la cara para arrancarle una sonrisa.

—La tita no me deja ver dibujos —hizo pucheros.

—¿Por qué? —miró a Sara que dejó salir el aire de golpe.

—No le quiero poner dibujos en español, pero él no los quiere en inglés.

—Cariño, aquí no puedes ver los dibujos en español, —Le besó en la frente—, solo los hay en inglés.

—¡Pero yo quiero!

—¡Pues son los que hay! —puso su voz de mando—. Lo tomas o lo dejas.

—¡Vaaale! —se sentó resignado en el sofá.

—Voy a cambiarme, Rob, ponte cómodo. —Le hizo señas a Sara—. Ve pelando patatas

redondas para una tortilla, Rob se queda a cenar.

Lola se cambió de ropa con rapidez y fue a la cocina a ayudar a Sara, allí se encontró a Rob ayudándola a pelar patatas. Se les unió cortando la cebolla y luego frieron las patatas. Mientras se cuajaba la tortilla, preparó una ensalada de tomate y lechuga, hizo unas croquetas y pusieron la mesa Sara y Rob. Llevaron la comida a la mesa y llamó a Jaime para que se sentara con ellos.

—Cariño, dime cómo te ha ido tu primer día de colegio. —Jaime la miró y torció el gesto.

—Bien, la seño es muy buena y hay muchos niños, pero yo no les entiendo —se quejó.

—No pasa nada, cariño, verás que en poco tiempo les entiendes. —Le puso otro trozo de tortilla y él le sonrió agradecido.

—Lola, ¡esto está de muerte! —Rob señaló la tortilla—. Si me dais tan buena comida, me tendréis aquí todos los días.

—Cuando quieras, Rob —Cogió su mano y se la apretó con cariño.

—¡Ay, niñas! No sabéis lo que me habéis dicho —se rio.

Por mucho que insistió Rob, se negó a que le recogiera todos los días, necesitaba saber moverse por la ciudad y eso solo lo conseguiría pateando sus calles.

Sara avanzó mucho con su inglés y se puso a buscar un trabajo a tiempo parcial, Lola le dijo que no hacía falta, pero ella no quería ser una carga, dijo que ocuparse solo de Jaime no era nada. Quien mejor se adaptó fue el pequeño, en solo unas semanas hablaba inglés como si fuese su lengua natal, claro que todavía no hablaba bien el español, lo cual fue una alegría para Lola. Todos los días salía de la guardería con una nueva anécdota y se hizo amigo de todos los niños del centro, lo cual no le extrañó a su madre, dado lo sociable que era el niño.

En el trabajo había terminado los dos primeros proyectos que le dieron sus compañeros y los clientes quedaron encantados. Estaba centrada en el último proyecto, ya habló con el cliente, un abogado que quería modernizar su piso en *Canary Wharf*. Miró el plano de planta y comprobó los metros, vio que tenía una terraza bastante amplia, aunque solo disponía de un dormitorio y el salón estaba abierto a la cocina, que era pequeñita también. Se suponía que había sido reformado en su totalidad, le puso un mensaje a su compañero, Carmichael, para pedirle que la acompañara al piso del abogado y ver las reformas in situ.

—Vaya, ¿así que tú eres la brillante incorporación a la empresa?

Lola levantó la cabeza del ordenador y vio ante ella a un hombre sonriente, por un momento sus ojos le recordaron a alguien, y sentía que le conocía de algo, pero no lo ubicaba. Se sentó sobre su escritorio y tuvo que contener las ganas de pegarle un empujón para echarle.

—¿Y usted es? —Se puso en pie lista para salir corriendo.

—Matthew Bronson. —Le tendió la mano—. ¡Vamos, no muerdo! —se rio.

—Lola González. —Estrechó su mano y cuando quiso soltarle, se lo impidió, le sujetó con sus dos manos y le lanzó una mirada que quería ser seductora.

—Eres preciosa, ahora habrá que ver si además sabes trabajar. —Le guiñó un ojo y soltó su mano con lentitud. Con disimulo, Lola se la limpió en los pantalones y se apartó de él dando varios pasos hacia atrás.

—Lo apropiado sería decir que además de trabajar bien soy preciosa —contestó con descaro.

—Touché —Hizo como si le disparase con el dedo—, perdona, no quería ofenderte.

—No ofende quien quiere, sino quien puede. —No supo de dónde estaba sacando tanto desparpajo, pero se alegró de no haber echado a correr.

—Paz. —Levantó las manos en señal de rendición—. ¿Empezamos de nuevo? —Lola asintió no muy convencida, pero le concedió el beneficio de la duda. Le sonrío y le tendió la mano.

—Soy Lola González, becaria de interiorismo —le sonrió de una forma profesional.

—Matthew Bronson, arquitecto e hijo del Jefe. —Le guiñó un ojo.

—Encantada, ahora si no tiene nada más que decirme, me gustaría retomar mi trabajo.

Se sentó despacio y se centró en el ordenador, intentando que no se le notara el nerviosismo, pero cuando le escuchó respirar sobre su hombro, se apartó con cautela. Le miró a los ojos esperando que se alejara, pero no lo hizo, se le quedó mirando con la sonrisa de ligón empedernido. Sus ojos oscuros como el pecado la miraban y notó sus pupilas dilatadas. Lola miró hacia su escote y se lo cerró deprisa al darse cuenta de que desde su altura él tenía plena visión de sus pechos. Lola se levantó tan rápido que le dio un cabezazo, le escuchó gemir y se apartó lo más posible dentro de la trampa en que se había convertido su mesa de trabajo.

—¡Mierda! ¡Me has roto la nariz! —Se la sujetaba con ambas manos

—¡Ha sido un accidente! —Cogió un pañuelo de su mesa y se lo dio—. En todo caso es culpa suya por no guardar una distancia prudente.

El joven la miró con enojo y salió del despacho de forma airada, con la nariz tapada entre pañuelos. En la puerta se cruzó con Rob, que le soltó una risita al pasar, lo que le enfureció aún más y se marchó dando un portazo.

—¿Qué le ha ocurrido? ¿No le habrás dado un derechazo? —volvió a reírse Rob.

—Se ha asomado por encima de mi hombro para mirar mi escote y al levantarme le he acariciado la nariz con la cabeza —se le escapó una risilla maliciosa a Lola.

—Ja, ja, ja, eso le enseñará cómo tratar a una dama.

—¿No me meterá en problemas? Después de todo es el hijo del jefe.

—¡Noooo! En todo caso se los puede buscar él. Su padre no permite conductas inapropiadas en la oficina.

—Vale, pero ¿Eso no hará que me tenga rencor?

—Ya veremos, en todo caso él no es el jefe, no le des importancia, y si te dice algo, hablamos con Bronson padre, él sí que lo pondrá firme.

—También es mala suerte —se quejó la muchacha abatida.

—No le des más importancia. —La cogió de la cintura—. Vamos a comer.

—Espera que guarde el archivo y cierro el ordenador.

En la cafetería cogieron sus sándwiches, agua y ella se pilló además una barrita de cereales, se sentaron en la ventana y le comentó lo que había ocurrido en la oficina.

—Es un ligón empedernido, no se lo tengas en cuenta. —Rob bebió agua—. Eso sí, no le des pie a nada o no te lo quitarás de en medio hasta que no se meta en tus bragas.

—¡Rob! —Miró a su alrededor por si los había escuchado alguien.

—Bueno, sí quieres le puedes dejar meterse, pero no te hagas ilusiones con él, no es de los que se casan ni nada de eso.

—No te preocupes, no busco una relación de ningún tipo. —Se centró en su sándwich, abochornada, intentando cambiar el rumbo de la conversación.

—Eso me suena raro. —Levantó las cejas y la señaló con el dedo—. Que perdieras al padre de Jaime no significa que no puedas volver a intentarlo.

—¿Tienes pareja, Rob? —Le dio con el dedo en la camisa.

—Ya sabes que no. —Su mirada se oscureció.

—Entonces no des consejos que tú no sigues.

Hizo una bola con el film del sándwich y se dirigió con la bandeja vacía a dejarla sobre la papelera de deshechos, por el rabillo del ojo vio que Rob la imitaba y seguía sus pasos. La cogió de la mano y se la besó con una mirada suplicante en los ojos, siguió poniéndole caritas hasta que ella se rio a carcajadas, le dio un beso y le abrazó. Los enfados con él nunca le duraban mucho a Lola.

—¡Gracias, preciosa! No quiero enfadarme contigo ni que tú lo hagas conmigo.

—Rob, eres como un hermano para nosotras, si hasta Jaime te llama tito. —Le dio un apretón en la mano.

—Algún día tendrás que decirme qué fue lo que te hizo tu ex para que huyeras de todos los hombres. —Su mirada tierna casi hizo hablar a Lola.

—Algún día, Rob. —Le guiñó un ojo y se dirigió a su despacho.

Lola tenía una cita a última hora con Jonas Carmichael y Daniel Radcliffe para ver el piso de Canary. El arquitecto la esperaba en la calle con su coche, se subió y admiró la tapicería nueva del A3, era uno de los arquitectos más antiguos en la firma, y por lo que había visto, era muy bueno. De camino a la cita con el abogado le dijo lo mucho que le gustaba su trabajo, y ella se lo agradeció con timidez. El arquitecto continuó alabando sus diseños y al final la animó a estudiar arquitectura.

Por un momento su visión se ennegreció, retrocedió al día en que su tutor le dijo que nunca aprobaría la carrera. Se sacudió los negros pensamientos que la atormentaban y se fijó en el paisaje urbano. Jonas le señaló a la izquierda una semicúpula espectacular de metacrilato, era la estación de *Canary*. Giraron a la derecha un par de veces y finalmente se detuvo cerca del muelle, tocó el interfono y dijo su nombre, la verja se abrió y les dio paso al parking.

Subieron hasta la séptima planta, el olor a polvo se le metió en la nariz a Lola y estornudó. Jonas abrió la puerta C y entraron. El apartamento estaba casi terminado, estaban puliendo los suelos, se habían dejado la máquina parada en una esquina. Una voz sonora llamó su atención.

—Jonas, puntual como siempre, y usted debe de ser la señorita González. —Tomó la mano de Lola y le dio un ligero apretón—. Encantado de conocerla.

—Igualmente, señor Radcliffe —le sonrió y se apartó para dar una vuelta por el apartamento.

—Ha quedado genial, ahora solo falta que la señorita González haga su magia. —Radcliffe le guiñó un ojo a Lola.

—Dígame, ¿qué colores le gustaría que emplease para decorar? —Sacó su agenda de notas.

—La verdad, me da igual, le doy carta blanca, solo quiero que quede diáfano, con clase y acogedor.

—Diáfano y acogedor son dos términos opuestos, señor Radcliffe —le sonrió.

—Entonces, haga lo que quiera, confío en su buen gusto, Jonas ya me ha enseñado sus otros trabajos y son impresionantes.

—Gracias por su halago, le prepararé un plano de distribución y una carpeta de calidades y se las haré llegar lo antes posible.

—No esperaba menos de Bronson & Wilcox.

Lola se asomó a la terraza y comprobó que era posible preparar un pequeño espacio de relax. En su cabeza vio la imagen del piso terminado, con colores neutros y materiales sólidos, hormigón visto y alfombras de pelo. Escuchó su nombre y se volvió con rapidez.

—Disculpe, estaba visualizando mis ideas —le sonrió.

—Es una máquina. —Jonas le apretó el hombro—. No te arrepentirás.

—Lo sé, estoy impaciente por ver el resultado.

Se marcharon una hora después, Radcliffe satisfecho con las ideas que le había propuesto, y Jonas encantado porque su reforma tendría mayor visualización con el proyecto de Lola. La dejó en las oficinas y él se marchó. Lola subió a su despacho para enviarse por correo electrónico el plano del piso de Canary, su mente bullía de ideas y quería plantear los bocetos en casa ese fin de semana. Entró en su despacho, pero no cerró la puerta, se envió los planos, apagó el ordenador y cogió la carpeta de bocetado, se colgó el bolso y al levantarse se encontró a Matthew Bronson en la puerta.

—¿Haciendo horas extras? —Le sonrió como un tiburón y Lola se estremeció al recordar una sonrisa similar.

—Solo voy a coger unas cosas para adelantar trabajo el fin de semana. —Se acercó a la puerta y con decisión salió cerrando tras de sí. —Su cuerpo enorme le obstruía el paso, ella le metió el hombro, pero no se dio por aludido, su cuerpo seguía bloqueando el pasillo.

—¿Me permites, por favor?

—Disculpa. —Sus ojos decían todo lo contrario—. Podemos tomar unas cervezas para conocernos mejor.

—Lo siento, debo irme a casa. —Se puso seria—. Además, fuera del trabajo no me interesa conocerte más.

Caminó deprisa hasta el ascensor y presionó varias veces con rapidez hasta que se abrió la puerta, entró y dejó salir el aire con un suspiro cuando las puertas se cerraron. Tomó el metro hasta Paddington y desde allí se fue caminando hasta casa. Sara y Jaime estaban riendo a carcajadas, entró al salón y los vio enredados en el *Twister*.

—Pero bueno, ¡no me habéis esperado para jugar! —se quejó haciendo mohines.

—¡Mami!

Jaime se tiró sobre su madre y casi cayeron al suelo, le cogió en brazos y le dio besos por toda la cara mientras él se partía de risa. Se lo llevó al cuarto y lo dejó en la cama mientras se cambiaba de ropa, le miró y vio que él ya tenía puesto el pijama.

—¿Cómo te ha ido en la guardería hoy?

—Bien, mami, hemos aprendido a contar hasta veinte.

—¿Tanto?

—Y la seño me ha felicitado por ser el mejor.

—Eres el orgullo de mami. —Le besó en la frente y se lo cargó en la cadera para ir a la cocina.

—He pedido unas pizzas. —Sara les interceptó en el pasillo—. Después de cenar me voy con unos compañeros de clase.

—Estupendo, no te preocupes por nosotros, Jaime dormirá conmigo, así puedes venir cuando quieras.

—He hablado con mamá esta mañana, me ha preguntado si iremos por Navidad a casa.

—Yo no creo que pueda, tenemos mucho trabajo, —Le sonrío—, pero tú puedes irte a pasar esos días en casa.

—¿Y dejaros solos? —negó con la cabeza. —Este año tendremos unas Navidades inglesas —se carcajeó.

—¿Estás segura? Todavía falta casi un mes y medio, si cambias de opinión que sepas que no te lo tendré en cuenta.

—¡No digas tonterías!

El sonido del timbre les sacó de su conversación, Jaime corrió para abrir la puerta y Lola fue detrás de él. Recogió las pizzas y le pagó al chico, el olor hizo que le rugiera el estómago al niño, rieron y lo sentó en la silla para que comiera.

El fin de semana preparó varios bocetos de las habitaciones, tenía hecha una memoria de calidades y colores. En su cabeza puedo ver el resultado final y estaba emocionada con los planos que haría.

El lunes entró en su despacho y dejó la carpeta sobre la mesa de muestras, encendió el ordenador y mientras se quitaba el abrigo y la chaqueta, la puerta se abrió y Rob asomó su cabeza.

—Reunión en diez minutos, es urgente, así que no te retrases. —Le guiñó un ojo y salió tan rápido como entró.

Volvió a ponerse la chaqueta y apagó el monitor, aunque dejó el ordenador encendido, cogió su agenda y salió con rapidez hacia la sala de juntas. Al entrar se paró e intentó recuperar el aliento y con él su dignidad. Se sentó junto a Rob que le dio un apretón en la mano. Entraron Bronson y Wilcox, se sentaron cada uno en un sillón e hicieron un repaso visual por la sala. En ese momento entró Matthew, hizo un gesto condescendiente hacia su padre y se sentó frente a Lola. Míster Bronson puso los ojos en blanco, fue la única señal de desaprobación que le había visto hacer desde que le conocía.

—Buenos días a todos, esta reunión de urgencia es para darles una gran noticia. —Observó con minuciosidad a los asistentes—. Nuestra firma ha sido seleccionada para elaborar un proyecto de remodelación, adecuación y actualización del castillo Eilean Donan. —Las exclamaciones generales le silenciaron por un momento, todos hablaban entre sí y la ilusión les hacía levantar cada vez más las voces.

—Silencio, por favor. —Wilcox tomó la palabra por una vez—. Esto no quiere decir que tengamos el trabajo, simplemente que nos han seleccionado para presentar un proyecto. El señor MacRae ha llamado a otras firmas de arquitectura y elegirá el proyecto que más se adecúe a sus especificaciones.

—Por eso —Bronson retomó la palabra—, les quiero a todos buscando ideas para ganar esta carrera. Señorita González, cuento con su creatividad para ensalzar nuestras reformas —sonrió a todos—. Ahora vuelvan al trabajo y vayan haciendo lluvia de ideas, en cuanto tengamos más datos volveremos a hablar.

Se marcharon los dos socios charlando animadamente mientras en la sala los murmullos de expectación aumentaron de volumen. Rob salió detrás de míster Bronson, y saludó a Jonas, que se dirigía hacia Lola junto a Beca, otra arquitecta de la firma.

—¿Tienes pensado cómo decorar el piso de Canary? —le sonrió—. El capataz me ha avisado que esta semana terminan las obras, por lo que para la próxima se pueden empezar los trabajos de decoración.

—Ya tengo varios bocetos, luego los paso a limpio y se los mando al señor Radcliffe, si los aprueba, en cuanto terminen las obras entrarán los muebles.

—¡Eres rápida! —Se volvió hacia Beca—. El otro día dejaste encantado a Daniel con tus explicaciones.

—¡Ay, querido! ¿Por qué crees que Bronson y Wilcox la seleccionaron? —Beca se rio—. Vi el proyecto que presentó y aluciné.

—Vaya, gracias a los dos, espero no defraudar a nadie.

—Ten cuidado de que no te pase como a Ícaro —le susurró Bronson hijo acercándose con sigilo por detrás.

—Descuida, siempre tengo los pies en la tierra. —Se dio la vuelta para salir—. Vuelvo al

trabajo —dijo a modo de despedida.

Lola escuchó una sonora carcajada y a Beca regañar a Matthew, pero no quiso discutir, volvió a su despacho. Encendió la pantalla y abrió el *AutoCAD*, cargó el plano del piso y colocó sobre la planta los símbolos de los muebles, lo guardó y sobre ese mismo plano añadió otra capa y le dio altura y profundidad, empezó a levantar la perspectiva de cada habitación. Satisfecha, volvió a guardar los planos y trabajó sobre las perspectivas, le dio color y textura a cada habitación. Guardó el último plano e hizo una carpeta con todos, los revisó y comprobó posibles fallos, satisfecha con el trabajo se los envió a Jonas y por último a Radcliffe. Miró el reloj, eran las cinco de la tarde, se le había olvidado la comida, sacó una barrita de cereales del cajón y se la comió mientras imprimía en tamaño A3 el plano de distribución, luego imprimió cada habitación en un A3 y por último la perspectiva de cada una. Se las llevó a la mesa donde tenía los muestrarios y fue seleccionando materiales, los pegó y clasificó en los planos. Imprimió la portada del proyecto con el nombre del arquitecto y el suyo como interiorista, y también la carpeta con todos los planos y encuadernó todas las páginas. Con el proyecto encuadernado se acercó hasta la mesa de Jonas y se lo mostró, el arquitecto lo ojeó con curiosidad y asintió satisfecho.

—Llamo a Radcliffe y quedo con él para enseñárselo. —Le sonrió a Lola con calidez—. Está muy bien el proyecto, te aviso para ir a ver al cliente.

—De acuerdo, estaré en mi cueva —rio la muchacha mientras se marchaba.

Lola volvió a su despacho y se encontró a Matthew mirando su carpeta de bocetos, carraspeó y se acercó con rapidez a la mesa, sin contemplaciones cerró la carpeta, y si no llega a apartar los dedos se hubiese llevado un buen golpe.

—No me gusta que cotilleen en mi trabajo, si quieres ver algo, al menos pide permiso. —Frunció el ceño y puso su cara más agresiva.

—Lo siento, vine a buscarte y lo abrí sin pensar. —Le sonrió levantando los brazos a modo de disculpa—. ¿Me perdonas?

—¡No lo vuelvas a hacer! —Se sentó a su mesa y le miró muy seria—. ¿Querías algo?

—Eh, pues sí, quería que trabajásemos juntos en el proyecto de Eilean, yo puedo aportar soluciones constructivas y tú decorativas.

—Creo que no has escuchado a tu padre, los arquitectos prepararéis un proyecto con soluciones de remodelación, adecuación y actualización, mientras que a mí me ha encomendado la parte creativa.

—Sí, pero podemos unir nuestras propuestas y…

—Olvídalo, seguiré las instrucciones de Bronson y Wilcox, —Le miró sonriente—, pero tú puedes buscar otro apoyo.

—Pero si trabajamos juntos podremos…

—Por favor, ¿puedes salir de mi despacho y dejarme trabajar?

—Como quieras, piénsalo y luego me dices.

—No hay nada que pensar. ¡Adiós! —Le despidió con la mano mientras miraba su correo.



Capítulo 13

El viaje

Los compañeros arquitectos seguían dándole proyectos para decorar, por lo que su trabajo se multiplicaba bastante. Por suerte, no tenía vida social más allá de Jaime y Sara, no le interesaba nadie.

Finalmente, Sara decidió quedarse en Londres con ellos para pasar la Navidad, Lola no le dijo nada, pero se alegraba muchísimo de ello, ya era bastante malo estar lejos de casa para además pasar las fiestas solos.

Terminó de enviarle los planos y actualización de materiales a Beca, encuadernó el proyecto del piso de Belgravia y salió a buscarla para enseñarle el proyecto, pero no llegó a su mesa. Rob la interceptó y le dijo que tenía una reunión con los jefes. Fue a la sala de juntas y se sentó junto a su amigo, mientras observaba al resto de arquitectos ocupar sus sillas, Beca la miró y gesticuló para decirle que había visto sus planos, ella levantó la carpeta encuadernada y se la señaló. La arquitecta le correspondió con un beso al aire y se río. Se le erizó el vello de la nuca y al levantar la vista vio a Matthew que la observaba muy concentrado. Lola se volvió hacia Rob y le preguntó al oído de qué iba esta reunión, él negó con la cabeza y señaló a los jefes que entraban en ese momento.

—Buenos días a todos. —Bronson les sonrió paternalmente—. Hay novedades de Eilean Donan, el señor MacRae nos ha invitado a pasar una semana en el castillo, quiere que veamos sus deficiencias para poder acotar los problemas y proponer las mejores soluciones. Hemos estado hablando Wilcox y yo y creemos que la delegación de la firma debe estar formada por los siguientes profesionales, —Miró al frente—, Jonas Carmichael, Rebeca Morning, Matthew Bronson y Lola González.

—Que vayan ellos no significa que el resto no podáis participar. —Wilcox les sonrió—. Todo lo contrario, ellos serán los encargados de mediciones y calidades, deberán buscar los problemas para que el resto podáis aportar vuestra propuesta.

—La estancia está prevista para el 10 de diciembre, pero os prometo que estaréis de vuelta a casa para pasar las Navidades en familia. —Bronson sonrió—. Bueno, ahora seguid trabajando.

Se marcharon juntos charlando y Lola se levantó con rapidez para salir a su encuentro, no se podía ir una semana entera, no podía hacerle eso a Sara, la pobre ya pasaba muchas horas ocupándose de Jaime para dejarla ahora toda una semana con esa responsabilidad.

—Míster Bronson, míster Wilcox —les llamó acelerada.

—¿Sí, señorita González? —Llegó hasta ellos con la respiración acelerada—. Yo no

puedo irme tanto tiempo de casa —sintió temblar su voz—, como ya saben, tengo un hijo pequeño y…

—No tendrá que dejarlo, puede ir con usted.

—Pero es que es un niño muy pequeño, necesita…

—Pues llévese a alguien que le ayude con el pequeño, supongo que tiene a alguien que ya la ayuda, ¿no?

—Sí, pero… —Se sintió avergonzada de sus dudas—. ¿No creará un problema con el señor MacRae?

—No se preocupe, ya está avisado.

Siguieron su camino hasta el ascensor y se quedó parada un poco extrañada por la conversación. No solo la tenían en alta estima para la firma, sino que la incluían en proyectos que a la larga solo fortalecían su actividad laboral aquí. Se giró para volver a su despacho y tropezó con alguien.

—Lo, lo siento. —Levantó la cabeza y se le escapó un gemido—. ¿Matthew, me estás siguiendo?

—¿Yo? Solo iba hacia el ascensor, eres tú la que se me ha echado encima. —La soltó y caminó a grandes pasos hacia el ascensor.

Lola volvió a la sala de conferencias y cogió su carpeta, luego buscó a Beca, estaba charlando con Jonas, se acercó a ellos y se la entregó.

—El proyecto de Belgravia, échale un vistazo y, si estás de acuerdo, llamamos a la señora Weimys.

—Ya vi los planos y me encantan, en cuanto pueda la llamo para concretar una cita.

Asintió y volvió a su despacho, miró el móvil y se dio cuenta de que era la hora de comer, salió en busca de Rob y le vio atareado con archivos, le dijo que bajaba a la cafetería y que le pillaría lo de siempre para almorzar, él asintió distraído.

En la cafetería cogió los dos sándwiches, dos botellas de agua y su barrita de cereales, se sentó junto a la puerta, mirando hacia la calle y pensó en el viaje. Escocia, el recuerdo de unos ojos verdes brillantes cruzó su mente y se sacudió. Él estaba muy lejos, con toda seguridad se habría olvidado de ella, pensó desanimada. «¿Y si no se ha olvidado de mí?» Sacó su teléfono y buscó el contacto en la agenda. No sabía si le había llamado, pues cambió el número al contratar la línea en Londres y no se había atrevido a llamarlo para hablar con él. Iban a ir a Escocia, podría telefonearlo y quedar con él. «No, no vayas por ahí, Lola, pasa página, si le dejas acercarse más sufrirás», puede que él no abusara de ella, pero igualmente sufriría, en cuanto se enterase de lo que le hicieron, la vería tal y como era, una mujer usada. Respiró hondo y abrió su sándwich, vio entrar a Rob y le llamó la atención para que se sentara con ella.

—Lo siento, preciosa, hoy tenemos un día movido con todo lo de Eilean.

—Ya me imagino. —Le sonrió—. ¿Te vienes a cenar esta noche?

—¡Encantado! ¿Harás tu tortilla de patatas?

—¡Por supuesto! —Le dio un golpecito en el hombro—. Eres tan comilón como Jaime —se burló.

—Algunos sabemos lo que es bueno y lo disfrutamos.

—¿Tú irás al castillo? —le preguntó con timidez.

—No lo sé, si el jefe va y me necesita, imagino que me pedirá que vaya.

—Yo, —lo miró dudosa—, no sé si ir. Creo que allí estaré de más.

—Cuando los jefes han dicho que vayas es por algo. —Devoraba su sándwich con rapidez—. Además, serán casi unas vacaciones.

—Si tú vinieses me sentiría mejor —le dijo con timidez.

—Le preguntaré con disimulo a Bronson. —Cogió su mano y le besó los nudillos—. No te preocupes por nada.

Una semana después todavía tenía dudas sobre si debía ir a este viaje, tenía varios proyectos entre manos y si se marchaba, se quedarían estancados. Además, Sara había tomado este viaje como la oportunidad para llamar a Ken, cuyos ojos seguían persiguiéndola en sueños. Su prima decía que se quedó pillada, pero en realidad no sabía lo que sentía, nunca había dejado a nadie acercarse a ella y tampoco había tenido una pareja, su experiencia con el sexo opuesto fue… Mejor no pensar en ello.

Empujó muy dentro de su mente los recuerdos, los metió bien hondo, no podían salir. Sara decía que no debía dejar que esa experiencia condujera su vida, y tenía razón, la psicóloga también se lo dijo, pero sus miedos se apoderaban de ella, coartaban sus decisiones y la llevaban por el camino de la soledad. «¡Noooo! No puedo dejar que esos animales sigan controlando mi vida», dijo en voz baja.

Entró en su despacho y encendió el ordenador, mientras sacaba el catálogo de muestras y buscaba las telas y maderas para el proyecto de Sam. Él era el arquitecto más joven de la firma, solo unos años mayor que ella y se sentía muy a gusto trabajando con él. Tal vez debiera aceptar su proposición para una cita, ya se lo había dicho varias veces de quedar para tomar una cerveza. No se decidía, le gustaba Sam, pero era un amigo, una sonrisa cargada de hoyuelos cruzó por la mente de Lola y la hizo gemir.

Se sentó ante la pantalla e imprimió los planos en A3 del proyecto de Sam, luego se centró en aplicar las calidades al plano de distribución, cada una bajo la aclaración. Encuadernó el proyecto y le envío los planos por correo, luego salió en su busca con la carpeta encuadernada bajo el brazo.

—¡Lola! —gritó Rob desde la otra esquina—. ¡Espera!

—¿Qué pasa? —Le sonrió mientras sacaba un pañuelo y le secaba la frente a su amigo—. Te va a dar algo, no deberías correr así.

—¡Ya! —Le dio un beso en la frente—. Te esperan en el despacho de Bronson.

—¿Quién?

—Los jefes y antes de que me preguntes, yo no sé nada. —Se dio la vuelta y tiró de ella en dirección al despacho de Bronson.

Rob llamó a la puerta y luego la abrió, le cedió el paso y cerró cuando entró Lola. Ante ella estaban Bronson y Wilcox.

—Pase, señorita González. —Le sonrieron con calidez y ella les devolvió la sonrisa.

—¿Querían verme?

—Sí. Es solo para darle esto. —Acercó a su lado una caja de un Mac portátil—. Hemos comprobado que trabaja en casa de forma manual y luego pasa su trabajo al ordenador de la empresa, por eso le hemos comprado este portátil para que pueda trabajar durante el viaje a Escocia.

—Pero esto es…

—No diga nada, esto es para que trabaje más durante su estancia en Eilean Donan. —Wilcox asintió y le sonrió también.

—Es usted una gran profesional y sabemos que tiene algunos proyectos en espera, de esta forma puede ir al viaje y no desatender sus otros proyectos.

—Yo no sé qué decir. —Notó cómo le subían los colores.

—Nada, niña, solo siga como hasta ahora. —Ambos le sonrieron—. Ahora puede volver

a su trabajo y no se le olvide llevarlo al castillo. —Salió del despacho y se encontró a Rob sonriente sentado en su mesa.

—Me han dado un Mac para que trabaje en el castillo y en casa. —Se sentó frente a él anonadada.

—¿Te gusta el modelo?

—¡¿Qué si me gusta?! ¡Me encantaaa! —Estrechó contra su pecho la caja del ordenador.

—Pues agárrate, que el viernes me voy contigo a Escocia. —Se puso en pie y comenzó a dar saltitos mientras aplaudía.

—¡¿En serio?! —Dejó la caja en su mesa y se acercó a él para abrazarle—. Es genial. Verás cuando se lo diga a Sara.

—Uf, verás cómo la vamos a liar por las *Highlands*, por lo pronto voy a comprarme un *kilt*.

—¡No serías capaz!

—Espera y verás.

La puerta se abrió y Wilcox los miró con la ceja levantada, no dijo nada, pero ambos se despidieron con premura y se centraron cada uno en su trabajo.

Le ofreció a Sam la carpeta encuadernada con el proyecto y quedaron a última hora de la tarde para entregarlo a miss Sanders. Lola volvió a su despacho y abrió el Mac para ponerlo en marcha, le instaló el programa AutoCAD y varios de diseño de interiores que también utilizaba, cargó su correo electrónico y lo guardó en la funda que venía con él. Sam la llevó en su coche hasta la zona de *Paddington*, donde estaba el pequeño apartamento del que habían hecho el proyecto, él la remodelación y Lola la decoración interior para hacer más visibles las reformas. Con su nuevo ordenador colgado del hombro caminaba junto a Sam para entrar al edificio donde habían quedado con la señorita Sanders.

—Entonces, ¿aprovechamos que ya hemos terminado para tomarnos algo después? —Le sonrió con simpatía.

—Lo siento, Sam, estoy cerca de casa y estoy agotada, además tengo que hacer las maletas, te recuerdo que en dos días voy a Escocia.

—Solo una pinta. —Puso sus manos en actitud suplicante.

—De verdad que no puedo, Sam.

Se abrió la puerta y la señorita Sanders se les quedó mirando. La mujer de unos cuarenta años sonreía a los dos jóvenes que se volvieron sorprendidos hacia la puerta abierta. Sam la saludó con excesiva efusividad y Lola se quedó callada ante el despliegue de simpatía del arquitecto.

—Señorita Sanders, me alegro de volver a verla. —Cogió su mano y le besó los nudillos mientras Lola ponía los ojos en blanco.

—Señor Hamilton, lo mismo digo.

—Ya conoce a nuestra interiorista, la señorita González.

—Sí, claro. —La miró algo enojada—. ¿Ya han preparado el proyecto de interiorismo?

—Por eso la hemos citado. —Le mostró la carpeta encuadernada—. Si es tan amable.

Entraron en el piso y se acercaron a la barra americana que dividía la cocina, allí Sam abrió la carpeta y dejó que Lola le explicara su diseño. Le mostró el ejemplo de los muebles, las texturas para sofás y sillas, tejidos para cortinas, maderas… Se lo mostró todo haciendo hincapié en las exigencias que le planteó y, por último, la perspectiva de cada una de las habitaciones con todo lo que le había mostrado antes.

—No me convence. —Miró con enojo a Lola—. Es cierto que ha incluido todo lo que le

pedí, pero lo veo soso.

—Bueno, yo añadiría algunos toques de color, pero sus especificaciones eran muy estrictas en cuanto a los colores —le regañó con disimulo por echarse atrás, le había planteado el proyecto tal y como ella lo quería.

—Sí, claro, pero al verlo no me convence. —Enseñó una sonrisa maléfica—. Tal vez debería cambiar el color de las paredes y meter otra gama para evitar la monotonía.

—¿Y en qué ha pensado? —le siguió la corriente.

—¿Tú qué dices Sam? ¿Lo mezclamos con un verde manzana?

—A mí me gusta tal y como lo ha proyectado Lola, pero si quieres puedes incluir ese color. —Se volvió hacia Lola y le guiñó un ojo.

—¿Puedo quedármelo? —Señaló el proyecto.

—Lo siento, señora Sanders, hasta que no lo compre, el proyecto pertenece a la firma, por lo que no estoy autorizada a dejárselo.

—¿Pero si ya he pagado la reforma?

—Exacto, la reforma, no el proyecto de interiorismo. —Lola se encogió de hombros y cerró la carpeta, se la iba a llevar cuando ella se la arrebató con rapidez.

—Está bien, me quedaré con el proyecto. —Miró a Sam—. Pásame la factura.

—¿No quiere que dirijamos el proyecto de interior? —Sam la miraba sonriente.

—Tengo que pensarlo, además debo mirar el presupuesto.

—Como quiera, señorita Sanders.

Nos despedimos y salimos a la calle, solo al doblar la esquina se permitió reír a carcajadas, Sam la miró enojado, pero al final él también se partió de risa. La cogió del codo y la llevó hasta un pub cerca de *High Park*, cuando se dio cuenta de que pretendía que entrasen, Lola negó con la cabeza.

—Ya te he dicho que tengo que irme. —Le dio un beso en la mejilla y él la miró embelesado—. Nos vemos mañana.

—Como quieras, Lola —dijo con resignación su compañero.

Recorrió las pocas calles que le separaban de su casa, entró y se quitó los tacones, dejó el Mac en la entrada y siguió las risas de Jaime y Sara, estaban en el baño. Abrió despacio y se asomó, estaban los dos dentro de la bañera riendo mientras se salpicaban.

—¡Pero bueno! ¿Estáis jugando a los barquitos?

—¡Síií, mami! Entra con nosotros a jugar.

—Me temo que no quepo. —Sacó la toalla de Jaime y la abrió mientras él se ponía en pie —. Vamos, sal que te seco.

Sara lo sacó y Lola lo envolvió en su toalla, le hizo cosquillas mientras lo llevaba a su cuarto para ponerle el pijama. Él se carcajeaba mientras le cogía la cara con sus manitas para darle besos ruidosos. Entre risas consiguió ponerle su pijama favorito, de *Buzz Lightyear*, y se lo cargó a la espalda para ir a su dormitorio a cambiarse.

En la cocina preparó varias tortillas francesas y picó tomate mientras Sara terminaba de vestirse. Durante la comida les contó las novedades.

∞∞∞

El sábado a las cinco de la madrugada Rob llegó a casa de Lola para salir hacia Escocia, había alquilado un monovolumen. Sentaron a Jaime en la silla para coche que compraron de segunda mano, mientras Rob cargaba las maletas. Para salir de Londres él se hizo cargo del volante, y

cuando estuvieran en carretera Lola le relevaría y de camino practicaba a conducir por la derecha.

Pararon varias veces para estirar las piernas y que Jaime jugara un poco. Aunque el tiempo era frío, se relajaron con los paisajes. Se detuvieron en el lago *Lomond* y tomaron una merienda, aunque Jaime estaba cansado de tanto coche, se estaba portando muy bien. Llegaron al castillo a las seis de la tarde, ya era casi noche cerrada y estaban todos agotados, llevaban más de diez horas en el coche y, aunque habían parado a menudo para descansar y comer, tantas horas de viaje se habían tragado toda su emoción por ir a Escocia.

Les recibió un mayordomo que se identificó como Douglas, les indicó sus habitaciones y avisó que la cena sería a las ocho, aunque si lo preferían, podían cenar en el cuarto, pero que tendrían que bajar a las cocinas para pedirlo. Asintieron mecánicamente todos, Sara cogió de la mano a Jaime mientras Rob y Lola llevaban las maletas.

El dormitorio de Lola y Sara era el sueño de cualquier historiador, tenía una cama enorme elevada sobre una tarima, con grandes columnas y un dosel con cortinas a cada lado, una mesa redonda y dos sillones. Junto a la ventana emplomada, Lola se acercó para admirar las vistas. Jaime miró un escritorio frente a la cama, estaba cerrado, pero él quería ver lo que había en su interior e intentaba girar la llave. Lola llegó justo a tiempo de evitar que se echara el mueble encima, le regañó y él se puso a llorar, estaba muy cansado y el largo viaje le estaba pasando factura por lo que le acunó y el niño se quedó dormido en sus brazos.

Sara sacó la ropa de las maletas y la colgó en el armario, las sudaderas y jerséis los guardó en la cómoda, mientras Lola sacaba las cosas del baño. Cuando terminaron, se quedaron admirando el dulce sueño de Jaime.

—Deberías bajar a la cocina para pedir que nos den la cena aquí, así descansamos del camino.

—Eso haré, le diré a Rob si quiere cenar con nosotras.

—Vale, pero creo que él está tan cansado como Jaime —se rio Sara.

Llamó a la puerta de la habitación de Rob y le abrió en pijama y con los ojos hinchados, ella le sonrió y entró a su cuarto, era más pequeño que el de ellas, pero igual de acogedor con el fuego encendido.

—¿Quieres que te pida la cena con la nuestra?

—Vale, pero no sé si aguantaré mucho tiempo despierto. —Se frotó los ojos.

—Intentaré que nos la traigan pronto. —Le dio un beso en la frente y bajó por las escaleras.

Volvió a la entrada y miró a su alrededor, no vio a nadie, así que giró en la siguiente curva de la escalera, entró en otro pasillo y se desorientó. Seguía sin ver a nadie, así pues, volvió sobre sus pasos y estaba a punto de llegar a la entrada de nuevo cuando escuchó las voces. Una de ellas la conocía muy bien, era Matthew, la otra voz le sonaba conocida, pero no la identificó, estaba a punto de darse a conocer cuando escuchó las risotadas.

—¡Cuánto tiempo MacRae!

—Matthew, no pensé que vinieses tú para la toma de medidas.

—Bueno, eso se lo dejo a mis colegas, realmente estoy aquí de caza —se carcajeó.

—¡No recuerdo haber organizado ninguna partida!

—Ja, ja, ja, es caza mayor, MacRae y espero que no me pises la presa.

—¡Ah! ¡Esa caza! Ja, ja, ja. ¿No te da vergüenza seguir así? Pensé que habías madurado desde Eton.

—Bueno, y lo he hecho, pero esta chica es… —Se escuchó un exagerado paladeo que le

hizo rodar los ojos.

—¡No me digas! Es siempre la misma historia.

—Esta vez es perfecta, una mujer preciosa, cariñosa, talentosa, uf, solo de pensar en ella me pongo duro como una piedra.

—¿Entonces la chica es arquitecto?

—No, es interiorista y muy buena, es la más reciente adquisición de la firma.

—¿Ahora también hacéis interiorismo?

—Fue idea de mi padre y Wilcox, la verdad es que está funcionando muy bien, cada vez nos buscan para más proyectos.

—Pero yo no he pedido decorar, sino actualizar las instalaciones para mejorarlas.

—Sí, pero mi padre pensó que ella podría aportar ideas.

Lola se sintió mal por escuchar a escondidas, pero no podía hacer nada, si salía ahora la verían como una cotilla y si se quedaba…, lo pensó mejor y no tuvo más remedio que escuchar a los dos machitos hablar de sus conquistas mientras uno de ellos le exponía sus planes para conquistarla. ¡Uf! Pensó, va de culo, cuesta abajo y sin frenos.

—Si es tan buena para la empresa, ¿por qué no la dejas en paz? Recuerdo que la última vez tu padre te amenazó con echarte de la empresa.

—De eso hace mucho, además la quiero conquistar aquí, si la engancho de vacaciones, mi padre no podrá decir que uso la oficina para ligar.

—Pero es que habéis venido a trabajar.

Escuchó la risa de MacRae y se le pusieron los pelos de punta. Seguían discutiendo sobre cómo la iba a «cazar» Matthew, lo que le hizo enfadar cada vez más. Tuvo que apretar los puños y morderse la lengua, porque si no, le diría cuatro verdades al Casanova niñato, puede que fuera mayor, pero seguía siendo un niñato.

—Bueno, espero que no provoques ningún escándalo, te recuerdo que esta es mi casa.

—No te preocupes, MacRae, sé lo que hago.

Escuchó los pasos perderse y asomó la cabeza con cuidado para ver que no había nadie. Tomó el camino contrario y se paró para guiarse, el olor a comida le llamó la atención, su estómago rugió y decidió seguir el rico aroma. Después de bajar otro tramo de escaleras llegó a la cocina, no era moderna. Tenía unos fogones de los años cuarenta, una gran mesa de madera en el centro que estaba llena de cuencos y cazuelas humeantes, al fondo vio un vano y pudo ver que había un frigorífico enorme, supuso que los electrodomésticos modernos estaban escondidos en esa habitación.

El personal de la cocina la vieron en la puerta, varias chicas se le quedaron mirando y una mujer cargada con una olla humeante salió de la habitación del frigorífico, dejó la olla sobre un hierro y la mira sonriente con una gran mella en los dientes frontales.

—¿En qué puedo *zervirle zeñorita*? —ceceó la mujer.

—Me ha dicho el señor Douglas que podía pedir la cena para quedarnos en el cuarto. —Les sonrío a todos—. La verdad es que estamos todos agotados, si pudiesen subirnos la cena para cuatro, les estaría muy agradecida.

—No *ze* preocupe, en un rato *ze* la *zubimos.* —Volvió a enseñarle la mella mientras sonreía—. ¿Llevamos todo a *zu* cuarto?

—Sí, por favor, el señor Somerset se unirá a nosotras en nuestro cuarto para cenar.

—Vuelva a *zu* cuarto *enceguida* le *zube* la cena Agnez.

—¡Muchas gracias!

Volvió a su dormitorio deprisa, no quería encontrarse con Matthew ni con MacRae,

suponía que en estos días no tendría más remedio que soportar su compañía, pero mientras tanto pensaba esconderse y pensar un plan para eludir al «cazador». Regresó con una sonrisa maliciosa, ya se le estaban ocurriendo algunas ideas, pero mañana era domingo y hasta el lunes no empezaban las mediciones. Entró sin llamar y vio que Jaime se había despertado.

Los dos estaban corriendo por el cuarto, saltaban en la cama y Jaime gritaba de alegría mientras veía a Sara rodar enredada entre las sábanas. Lo cogió al vuelo y le hizo dar vueltas mientras su risa borraba la conversación que había escuchado abajo. Lola se dejó caer en la cama y junto con Sara le hicieron cosquillas mientras él se partía de risa. Esperaba que no les llamasen la atención con el ruido que estaban haciendo.

Unos golpecitos en la puerta hicieron que Lola se levantara de inmediato, corrió hacia ella y la abrió, Jaime, que iba detrás de ella, volvía a hacerle cosquillas. Dejó a Rob en la puerta mientras volvía a coger en volandas y giraba con Jaime por el cuarto. De nuevo llamaron a la puerta y esta vez abrió Rob.

—Les he traído la cena. —Agnes miró a Rob y luego a Lola, dejó el carrito junto a la pequeña mesa—. Cuando terminen, solo tienen que dejar el carrito en la puerta, más tarde subiré a recogerlo.

—¡Muchas gracias, Agnes!

Se marchó la chica y Lola centró su atención en los platos cubiertos, el rico aroma invadió su nariz y se le hizo la boca agua. Colocó los platos en la mesa y Rob acercó dos sillas más. Se pusieron los cuatro a cenar en la pequeña mesa. Jaime devoró la sopa y luego las salchichas con patatas, tenía un hambre voraz, aunque en realidad todos acabaron la cena con ganas. Rob sacó el carrito a la puerta y luego le dio un beso a Jaime y Sara, a Lola la cogió de la mano y salieron juntos al pasillo.

—Bueno, ¿me lo vas a contar? —Levantó una ceja mientras se cruzaba de brazos.

—¿Cómo lo has sabido?

—Te conozco, ¡vamos, desembucha!

—He escuchado una conversación entre Matthew y MacRae, el muy capullo le decía al hombre que no se me acerque, que soy su presa y que tiene preferencia.

—Bueno, eso no es nada nuevo, desde que volvió de vacaciones y te vio no ha dejado de perseguirte.

—Ya, pero escuchar cómo lo dice me ha puesto furiosa.

—Mejor olvídate de él y procura no quedarte a solas con Matthew, es un depredador y tú una dulce presa.

—¡Ja! Si piensas que me voy a dejar cazar estás muy equivocado.

—Por si acaso mantente alejada de él, y si intenta lo más mínimo, dímelo, que hablaré con Matthew de una vez por todas —Rob sonaba enfadado.



Capítulo 14

Eilean Donan Castle

Lola se despertó con la luz del sol en los ojos, el dulce olor de Jaime invadió su nariz y al otro lado Sara dormía soltando simpáticos ruiditos. Se levantó con rapidez y corrió las cortinas de la cama por donde entraba la luz, en silencio fue al baño. Cuando volvió vio que Sara se levantaba rascándose la cabeza. Le hizo una señal con el dedo para que no hiciera ruido y ella asintió, se fue al baño y de camino cogió un pantalón de chándal y una sudadera. Regresó vestida y peinada, se estiró con ganas y le sonrió a su prima.

—Voy a la cocina a por el desayuno mientras se despierta Jaime.

—Vale, pero cuando llegues a la entrada, baja de nuevo girando a la derecha, esto es un laberinto de pasillos y escaleras.

—No te preocupes que no me perderé.

Salió y dejó la puerta entreabierta, Lola se levantó para ir a cerrarla, pero Jaime la llamó lloroso, corrió a su encuentro y le cogió en brazos mientras le susurraba palabras de consuelo. Después de unos minutos el niño levantó la cabeza y ella se dio cuenta de que ponía cara de pillo, sus pequeñas manos empezaron a hacerle cosquillas, ella se río y le soltó para hacerle reír. Su risa era escandalosa y la de ella no se quedaba atrás. Giraron en la cama y entre carcajadas hicieron tal lío de sábanas que apenas podían moverse. Como pudo se desenredó y ayudó a Jaime a salir de su enredo, pero él volvió a tirarse encima de ella y cayeron para atrás riendo de nuevo. El vello de la nuca se le erizó a Lola y se sentó en la cama con una sensación extraña, miró hacia la puerta y se le escapó una exclamación de sorpresa. En el vano de la puerta estaba Ken, sus ojos verdes brillaban mientras su sonrisa le dejaba ver los hoyuelos. El grito de Jaime les sacudió, por un momento apartó su mirada de Lola, para sonreír al niño que se lanzó a sus brazos gritando de alegría mientras preguntaba por Claudia.

—Le diré que venga a verte, campeón. —Besó sus mejillas regordetas y miró a Lola.

—¡Hola, Ken! —Miró su ropa y vio que la camiseta se le había subido, la bajó y se tapó con las sábanas—. ¿Qué haces aquí?

—Esta es mi casa. —Su voz, ahora la reconoció, era MacRae, quien hablaba con Matthew, por un momento su cuerpo se puso en tensión y endureció su semblante, él notó su cambio de expresión y dejó a Jaime en el suelo.

Sara entró con pasos decididos y se quedó parada al ver a Ken, miró asombrada a Lola y luego volvió a mirar a Ken, se acercó a su prima y la abrazó.

—¡Hola, Ken! ¿Qué haces aquí?

—Como le he dicho a tu prima, esta es mi casa.

—¡Vaya casualidad!

—¿A qué sí? —sonrió malicioso.

—No sabíamos que tú eras MacRae —le dijo despacio.

—Ya imagino, de lo contrario no estarías aquí.

—Eso no es cierto. —Se levantó con rapidez.

—Me gustaría hablar contigo. —Su mirada recorrió el cuerpo de la mujer que había consumido sus sueños, Lola vio que sus ojos verdes brillaban, pero no se sintió amenazada, lo que le dio valor.

—En cuanto le dé el desayuno a Jaime bajo a buscarte.

Ken asintió y les dejó a solas en el cuarto, al cerrar la puerta Jaime saltó sobre su madre y volvió a hacerle cosquillas. Ella intentó jugar con él, pero estaba nerviosa, Sara lo notó y cogió a Jaime para vestirlo. Lola se metió al baño y se dio una ducha, no supo cuánto tiempo estuvo dentro, pero cuando salió el desayuno estaba en la mesa. Se vistió con rapidez con unos vaqueros, un jersey rosa claro y sus zapatillas de deporte. Tomó una taza de café y rechazó las tostadas que le ofreció Sara. La puerta se abrió y entró Rob.

—¿Me habéis pedido el desayuno? —Besó a Jaime en la cabeza y sonrió a las muchachas mientras se sentaba a la mesa.

—Por supuesto, siéntate. —Sara le dio una taza de café y el plato de tostadas.

—Bueno, voy a buscar a Ken.

—¿No comes nada? —Rob la miró mientras devoraba una tostada.

—No tengo hambre.

Los dejó con su desayuno y salió del cuarto con pasos pesados, se sorprendió al ver a Douglas en la puerta, pero imaginó que le había hecho venir Ken. De repente se sintió vigilada y acosada por su falta de confianza en ella.

—Señorita González, si es tan amable de seguirme, el señor MacRae la está esperando.

—Gracias, Douglas.

Caminó junto a él y la llevó hasta la entrada, luego giró a la izquierda, vio el gran salón, pero el mayordomo no se detuvo, volvió a girar a la izquierda y le señaló una puerta entreabierta. Llamó con ceremonia y abrió.

—La señorita González. —Le cedió el paso a Lola y se marchó en silencio.

Lola entró con timidez, mirando alrededor, la había llevado a un despacho, Ken señaló una silla frente a la mesa para indicarle que se sentara. Se fijó en las estanterías a ambos lados repletas de libros, pero no alcanzó a leer los títulos. Detrás de él una ventana ojival con cristales emplomados dejaba ver la claridad del día, aunque no deslumbraba, imaginó que por la tintura del cristal. A un lado de la ventana había un gran cuadro con un hombre mayor vestido con tartán de fondo azul marino, con rayas de azul más claro y cruzado con perfiles rojo y blanco. El carraspeo la devolvió al presente.

—¿Desde cuándo estás en Inglaterra?

—Llegué el 16 de agosto. —Se le escapó un gemido a Lola, pero no quiso mirarle, sabía que hizo mal, lo alejó de ella con el pretexto de las distancias y ahora descubría que había estado viviendo en Londres desde hacía meses sin comunicarse con él.

—¿Pensabas decírmelo? —su voz sonaba dolida.

—Sí. —Levantó la vista y se quedó helada al ver su mirada de furia.

—¿Sabes la cantidad de veces que he ido a tu casa en estos meses? ¿Te puedes hacer una idea de lo mal que lo he pasado al ver que desapareciste? Estuve esperando tu llamada, pero nada, y cuando descubrí que te habías mudado —apretó los dientes—. Nadie quería decirme

dónde estabas. En mi vida me he sentido tan rechazado, denigrado, ignorado, insultado —se calló un momento, pero ella siguió mirando al suelo—. Me rompiste el corazón y, aun así, tenía previsto hacer un último viaje estas Navidades —se le quebró la voz.

—Yo… —Lo miró avergonzada—, lo siento.

—¿Lo sientes? —la miró con furia.

—¡Ey! ¡Te dije que necesitaba tiempo! —Su actitud cabreó a la muchacha—. Nunca te di esperanzas de nada, solo te pedí tiempo. —Le miró ofuscada—. Pero tú no me escuchaste. —Se levantó con furia.

—Tienes razón, tú no me alentaste. —Se le acercó—. Pero no puedo dejarte marchar, a menos que pierda mi corazón. —Sintió que se abrían las puertas de su alma para dejar salir todo lo que había guardado desde el momento en que la perdió de vista.

—Ken —Lola emitió un suspiro—, no he dejado de pensar en ti —le confesó avergonzada con timidez.

—¿Y por qué no me llamaste? —La cogió de la cintura, lo que puso en guardia a la muchacha.

—He estado a punto muchas veces, pero… —Intentó apartarse, pero su agarre era muy fuerte.

—Pues yo me he vuelto loco mil veces y he muerto cada día desde que nos separamos.

Su boca bajó sobre la de la muchacha y se apoderó de sus labios. Su lengua los acariciaba con ternura, sintió sus dientes mordisquear su labio inferior, se le escapó un gemido y él aprovechó que abrió la boca para invadirla con su lengua. Saqueaba su interior sin ningún pudor, la lengua de ella tropezó con la de él y entablaron un duelo, no supo por qué, pero sintió que debía acariciar su lengua, lo hizo y le introdujo la suya en la boca del hombre. Le escuchó gemir y apreció que algo en su interior se rompía, necesitaba más de él, se apretó contra sus brazos y le rodeo el cuello para acercarlo aún más. Él la agarró por el trasero y la levantó hasta ponerla sobre la mesa, sus manos recorrían su cuerpo y se colaron por dentro del jersey. Era demasiado, la imagen fugaz de otra mesa y otras manos se cruzó por la mente de Lola. Luchó para liberarse de la opresión, cerró los ojos y se apartó como pudo. Por un momento no recordó dónde estaba, miró a su alrededor y reconoció a Ken, centró la mirada en la puerta frente a ella, intentando tranquilizarse.

—¡Uy! ¿Qué ha pasado? —se alejó de ella despacio.

—Nada, —Le temblaban las manos y las apretó—, yo no estoy acostumbrada a…, a esto. —Apartó la mirada.

—Dime la verdad. —Acarició su cara con un suave paseo de su dedo—. Sé que algo me ocultas. —Ella negó con la cabeza—. No lo niegues, tus miedos me hacen pensar en algo horrible, mi cabeza imagina mil cosas. —Le dio un beso en la frente y suspiró—. Esperaré a que me abras tu corazón.

—Lo siento, Ken. —Se bajó de la mesa y levantó la cabeza para mirarle—. Lo hago sin querer, es superior a mí.

—Lo sé, no tienes que disculparte.

La abrazó y al principio se tensó, pero le dejó y se acurrucó en sus brazos, él se dio cuenta y la besó en la cabeza. La tenía cogida y sus piernas abiertas rodeaban a Lola también, le hacía sentir segura, deseada, feliz. Una sonrisa apareció en su cara y él debió notarla a través de su jersey o simplemente tenía un sexto sentido, porque la cogió de la barbilla y levantó la cara hacia él. Su sonrisa correspondía a la de la muchacha.

—¿Me prometes que no saldrás huyendo otra vez? —Ella negó con la cabeza y al ver que

se le oscurecía la mirada rectificó, asintiendo y volvió a envolverla en sus brazos.

Un leve golpe en la puerta les hizo mirarse, ella quiso separarse de él, pero la sujetó con fuerza, al mirar quién estaba en la puerta saltaron todas las alarmas de Lola. Matthew les observaba con los ojos muy abiertos, su cara de enfado era descomunal, por un momento pensó que les iba a golpear, le vio apretar los puños. Miró a Lola con cara de reprobación, luego miró a Ken con furia.

—Creí que ayer te dejé claro que ella era terreno prohibido —señaló a Lola.

—¡Ah! ¿Era a ella a quien te referías? —Ken la apretó contra su cuerpo—. Entonces tienes un gran problema, porque no creo que a mi prometida le guste que la acosen —a Lola se le escapó un gemido.

—¿Tú qué? —lo miró rabioso—. Estás de guasa, ¿no?

—Para nada. —La puso frente a su cuerpo, pero sin perder contacto con ella—. Lola es mi prometida, aunque hemos estado un tiempo separados, ya sabes, el trabajo y eso —sonrió con malicia.

—Pero ella no… No dijo nada cuando…, cuando la metimos en este proyecto.

—Sí, supongo que no quería trato de favor. —Acarició los brazos de la muchacha con familiaridad. Ella se removió incómoda, deseaba hablar, pero Ken le puso un dedo en la boca, luego volvió a besarla en la cabeza y se la llevó con él hasta su sillón tras la mesa de despacho. La puerta volvió a abrirse y entró un torbellino rosa con coletas.

—¡Lola! —Corrió hasta la pareja y se subió sobre Lola para abrazarla y besarla. La muchacha miró de reojo a Matthew, que los observaba con furia, aunque se iba aplacando poco a poco y no se atrevía a decir nada con la niña delante.

—Claudia, estás preciosa y qué mayor —la besuqueó con familiaridad.

—Es que ya tengo cinco años. —Miró muy seria a la muchacha—. No vinisteis para mi cumpleaños —se quejó.

—Lo sé, cariño, pero es que no podía, tenía mucho trabajo.

Intentó levantarse, pero Ken la retuvo, su mirada no se apartaba de Matthew mientras con la mano libre hacía bajar a Claudia de su regazo y luego se puso en pie dejando que Lola deslizara por su cuerpo, ella pudo sentir lo abultado de sus pantalones, se tensó en sus brazos y quiso salir corriendo, pero él la retenía con fuerza.

—Claudia, cariño, puedes subir a ver a Jaime y Sara, están en la habitación grande.

—¿También están aquí? ¡Luego nos vemos, Lola! —Salió corriendo.

—Como ves, hasta mi hija les conoce. —Le miró muy serio—. Lo que no entiendo es por qué sigues aquí.

—Lo, lo siento. —Los miró todavía con cara de enfado—. Ya hablaremos. —Se marchó dando fuertes pisadas que hicieron estremecer a Lola, en cuanto él se fue, Ken la soltó y la miró con cara de disculpa.

—Lo siento, ayer me pidió que me apartara de su nueva conquista y le aseguré que lo haría, pero al descubrir que se refería a ti… —Le besó en la punta de la nariz—, he tenido que dejarle bien claro que estás fuera de su alcance.

—Ya me he dado cuenta, solo te ha faltado mearme en la pierna para marcar el territorio. —Se apartó enfadada.

—¿Prefieres darle esperanza? —Ken levantó una ceja—. Si es así me apartaré y…

—¡Serás cretino! —Echó a andar hacia la puerta, pero él la retuvo sujetándola por el brazo.

—Lo siento, Lola, no quiero perderte.

—¡Es que nunca me has tenido! —le gritó exasperada.

—Entonces, los besos, esta conexión que hay entre nosotros. —La miró muy serio—, si hasta nuestros hijos parecen hermanos.

—Tú lo has dicho, parecen, pero no lo son.

—Vamos, no te enfades ahora, disfrutemos de estos días. —La abrazó y volvió a besarla.

Lola sintió que su mundo se desvanecía, solo podía notar el tacto de sus labios sobre los suyos, la lengua del hombre que sondeaba su interior mientras en su vientre sintió acumularse la tensión, algo tan placentero que no quería separarse de él, apuró hasta el último instante de placer que pudo extraer y se retiró con pesar.

—Niega esto que hay entre nosotros. —Ken le dio un beso en la frente—. No puedes, como tampoco yo puedo olvidar lo que me haces sentir.

—Ken, tenemos que hablar. —Se apartó con pesar.

—Para eso te he traído aquí. —Le dio montones de pequeños besos por la cara y la miró sonriente, seguro de que le había hecho retractarse en su negativa.

—¿Podemos ir donde no nos distraigan ni nos molesten?

—¿Sabes montar a caballo?

—No —negó Lola con la cabeza.

—Vale, te llevaré delante de mí. —Le dio un piquito en la boca, no podía mantenerse apartado de ella—. Ponte algo de abrigo y nos vemos en la entrada.

Lola subió con rapidez a su cuarto, Sara había terminado de vestir a Jaime, Claudia estaba jugando con Rob, al verla entrar con tanta prisa la miraron todos. Se paró para recuperar el aliento y les sonrió.

—¿Sara, puedes quedarte con Jaime cerca del castillo?

—No te preocupes, Lola, yo le ayudaré a cuidar de él. —Claudia se ofreció con la seguridad que le ofrecía conocer el castillo.

—Y yo también —se carcajeó Rob, se acercó a Lola y le susurró—, luego me tienes que contar toda la historia. —Levantó cómicamente las cejas y le sonrió acariciando y retorciendo con los dedos un ficticio bigote.

—Trato hecho. —Le dio un beso en la mejilla y besó también a Jaime y a Claudia—. Nos vemos luego.

Bajó corriendo las escaleras y salió a la calle mientras se ponía el plumas, miró a ambos lados buscando a Ken, pero no le vio. Repasó en su cabeza lo que le iba a contar, había llegado el momento de explicar todo, aunque eso lo apartara de ella, pero no podía dejar que volviera a tener esperanzas en una relación con ella sin que supiera toda su verdad. Por el bien de ambos debía poner todas las cartas sobre la mesa y sabía que en cuanto contara lo que le ocurrió, él se apartaría, y no lo criticaría por ello, cualquiera lo haría.

Una mano la agarró por la cintura y la elevó hasta la montura, por un momento el pánico se apoderó de Lola, le miró a los ojos y captó su animoso estado de ánimo, su brazo le apretaba por la cintura y le dejó sentir su aliento en la oreja mientras le susurraba con voz ronca.

—No tengas miedo, no dejaré que te caigas. —Besó su nuca y ella sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo.

—Confío en ti —contestó más para ella que para responder a sus palabras.

El caballo comenzó a moverse con un trote suave, el cuerpo de Lola rebotaba en el de Ken, intentó mantenerse erguida, pero el movimiento del equino la lanzaba una y otra vez contra el duro pecho de Ken. Giró hacia la izquierda y tomó un sendero que conducía hasta una zona boscosa, el caballo trotaba con suavidad, adentrándose entre los árboles mientras ella desistía de

permanecer erguida, se dejó caer contra su pecho con un suspiro. Llevaban un buen rato trotando entre los árboles, una trocha de brezo guiaba su paso cuando se detuvo el caballo. El verde de sus hojas estaba siendo sustituido con lentitud por un color rojizo, no era que estuviera seco, simplemente estaba cambiando sus colores para adaptarse al invierno. Lola miró a su alrededor por si había algún obstáculo, pero no vio nada de interés. Ken se bajó con agilidad y luego la cogió por la cintura para hacerla descender. Sus manos se deslizaron por su cuerpo con una lentitud excitante. Tragó saliva y, cuando su cara quedó a la altura de la del hombre, él se humedeció los labios y la miró con tanta fijación que parecía querer consumirla.

—Si me miras así, no tendré más remedio que tumbarte aquí mismo y demostrarte lo que me haces sentir —Ken lo dijo en broma, pero solo para guardar las apariencias, lo que más quería en ese momento era unir sus cuerpos y perderse en esos ojos oscuros que le atormentaban desde que la conoció. Ella era su destino y no podía dejarla marchar.

—Lo siento, pero solo sé mirar así —le contestó con sinceridad apartándose de él.

—Tú lo has querido.

Bajó la cabeza y su boca se apoderó de la de Lola, mientras sus manos impertinentes se metieron bajo su ropa, el frío de su piel le puso la carne de gallina y le hizo soltar una exclamación, lo que él aprovechó para introducir su lengua, no dejó ningún rincón de su boca sin paladear. Mariposas revolotearon en el estómago de la joven y le hacían desear estar más cerca de él. Inconscientemente, se acercó aún más y notó la protuberancia crecer y presionar en su vientre. Por un momento su visión se nubló y ante ella desfilaron imágenes de cinco hombres acariciándose y rodeándola. Se apartó con brusquedad e intentó recuperar el aliento. Cuando levantó la vista, él estaba mirándola muy serio, cogió su mano y la guio hasta el fondo del claro donde se encontraban, al llegar se le escapó una exclamación. Era la vista más bonita que nunca había visto, el castillo de Eilean Donan aparecía bajo sus pies, el puente de piedra que lo unía a tierra invitaba a atravesarlo, mientras el lago *Duich* y el lago *Alsh* con sus tranquilas aguas lo rodeaban. Sintió que se le encogía el corazón dentro del pecho. La silueta de la montaña se recortaba a la izquierda de la impresionante estructura de piedra, mientras las aguas tranquilas de los lagos a ambos lados, lamían la tierra con fría dulzura. La calma del paisaje solo era rota por el piafar del caballo atado a su espalda. La imagen se prendió en la cabeza de Lola como un cuadro bucólico y se deleitó con ella, por un momento creyó que saldría volando un grupo de hadas para levantar un hechizo.

—Es precioso, ¿verdad? —Ken la abrazó por detrás y apoyó la barbilla en su hombro—. Quería que vieses el castillo desde aquí. La tranquilidad que irradian sus piedras y el verde de los montes que lo rodean, abrazándolo para que los lagos no lo engullan, me hace sentir paz, calma mis anhelos y me ayuda a reflexionar; como si mis antepasados flotaran a mi alrededor para hacerme ir por el camino correcto.

—Es magnífico. —Por un momento Lola se olvidó de todo, se dejó envolver por la grandeza que tenía a sus pies y soñó con otra época—. Debió de ser un castillo impresionante.

—No te engañes, lo que ves ahora es una reconstrucción romántica del castillo, mi antepasado, John MacRae-Gilstrap, lo restauró entre 1912 y 1932, basándose en un sueño que tuvo. Un año después de haberlo reconstruido aparecieron los planos originales del castillo, pero ya estaba construido, nadie pensó en tirarlo, así que se respetó la nueva estructura.

—Aun así, es precioso —le susurró sorprendida todavía.

—Aquí no nos escuchará ni interrumpirá nadie. —La giró hacia él y se cruzó de brazos.

Lola bajó la vista a sus manos y apretó los puños, intentó poner orden en sus ideas, pero su mente bullía de imágenes, por un momento su vida de estos últimos años pasó delante de sus

ojos. Intentó que la noche del 22 de diciembre se quedara escondida, pero no, les vio como si los tuviese presente. Cerró los ojos y carraspeó para aclararse la garganta.

—Tenía quince años cuando mi padre enfermó, le detectaron cáncer de próstata y aunque luchó, murió un año después. Nos dejó a mamá y a mí solas. Al terminar el bachillerato decidí estudiar Arquitectura, y para ayudar en casa conseguí trabajo en un despacho de arquitectura. Los dos primeros meses fueron geniales, porque además de ingresar un dinero para casa, podía aprender mucho de los arquitectos que allí trabajaban —se retorció las manos ansiosa.

»El 22 de diciembre celebraron la fiesta de Navidad de la empresa, mamá me hizo ponerme un vestido que me había regalado por mi cumpleaños y me dijo que me divirtiera. Estaba descansando los pies, apartada, cuando el dueño de la empresa me pidió que le bajase unas carpetas que había olvidado en la sala de conferencias. Subí con rapidez y las busqué, como no las encontraba, decidí volver a buscar al jefe y decirle que no estaban allí. Al volverme, él estaba en la sala, acompañado de cuatro hombres más —se le escapó un jadeo avergonzada—. Me rodearon y…, abusaron de mí —lloró como hacía años que no lo hacía, levantó los ojos vidriosos de lágrimas—. Abusaron de mí, me hicieron cosas horribles, cosas que no sabía ni que se podían hacer, me dolió tanto, pero tanto, tanto, que jamás he vuelto a acercarme a un hombre. Debes saber que esa fue mi primera vez con el…, con el sexo. —No aguantó más y volvió a llorar.

Lola sintió sus manos sobre su espalda, se movían con cautela. Ella pensó que en cuanto se enterase de lo que le pasó, se alejaría de ella y ahí tenía la prueba, el rechazo inconsciente. No podía soportar su desprecio, se apartó y corrió sin rumbo entre los árboles mientras la rabia que llevaba dentro salió en forma de grito. Las ramas enganchaban su pelo y le arañaban, no le importó, solo quería alejarse de él y recomponerse, necesita reconstruir su vida, conseguir ese lugar donde los hombres no le harían daño, una vez segura que no la alcanzarían podría volver al camino que se había trazado. Unas manos la agarraron con fuerza y la zarandearon con cuidado, escuchó entre sus gritos, pero era incapaz de identificar las palabras, solo quería huir a un sitio seguro, volver a su vida tranquila.

—¡Ya basta, Lola, mírame! —Ella levantó la cabeza y le reconoció.

—Ken. —Levantó la mano para tocar su cara, pero la dejó caer de inmediato—. Lo… Lo siento.

—No digas nada, soy yo quien lo siente, sabía que algo horrible te había ocurrido, pero esto, —Se pasó la mano con furia por el pelo intentando calmar la rabia que le invadía, ahora más que nunca ella le necesitaba y no podía fallarle—, esto, nunca pensé que…

Cansado de buscar y no encontrar las palabras correctas, optó por la acción. La cogió en brazos y se dejó caer al suelo, su cuerpo la envolvía mientras la acariciaba y susurraba palabras dulces de consuelo. Lola había abierto la puerta de los truenos y apenas podía contenerse, le dejó consolarla como jamás nadie lo hizo, porque nunca le había abierto su corazón a nadie. Él la acariciaba mientras su llanto la hacía convulsionar. Llevaba tanto tiempo llorando que le escocían las mejillas, los ojos le picaban tanto que apenas podía mantenerlos abiertos, eso y la paz que le proporcionaban los brazos de Ken consiguieron que se quedara dormida.

Lola despertó desorientada, se incorporó y se dio un golpe en la cabeza, escuchó a Ken quejarse al mismo tiempo que ella, le había dado un cabezazo en la barbilla. Se giró en sus brazos y le miró con una sonrisa tímida, él le respondió dándole un beso tierno en la frente.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Apenas media hora —carraspeó—. ¿Te sientes mejor?

—Sí, creo. —Se movió en su regazo buscando acomodarse.

—Preciosa, más vale que pares o me pondrás en apuros.

—¿Qué? —Notó crecer un bulto bajo sus nalgas y se quedó paralizada—. Mejor así. —La besó en la frente de nuevo—. ¿Puedo preguntar?

—Sí, —Ella se tensó nerviosa—, pero que sepas que me resistí todo lo que pude, ellos eran cinco y mucho más fuertes.

—No, princesa, no es eso, tú no tuviste la culpa de nada —le replicó él poniéndole un dedo en la boca.

—Tal vez si hubiese golpeado a uno, los otros…

—No vayas por ahí, ya no se puede cambiar lo que pasó. —Le levantó la cara para mirarla a los ojos—. ¿Les denunciaste?

—No. —Ella agachó la cabeza—. No pude, mi jefe me amenazó con despedirme y hacer que no pudiese aprobar la carrera, incluso me dijo que mi única salida sería la prostitución. —Retorció las manos con nerviosismo sin atreverse a mirarlo.

—Maldito cabrón, tienes que denunciarle, no debes dejar que salgan impunes, puede que se lo hagan a más chicas.

—No puedo —lloriqueó contra su hombro—. No quiero que sepan nada de Jaime.

—¿Él es hijo de uno de ellos? —ella asintió con la cabeza escondida en su pecho—. Pero no le culpes, él es el único inocente de todo esto.

—Te equivocas, los dos sois inocentes. —La besó en la frente y deseó poder borrar esos recuerdos, quería verla feliz y sabía que mientras se atormentara con esos momentos sería imposible sacar la verdadera sonrisa de la mujer que amaba.

—Ahora ya sabes que estoy rota, no sé si podré mantener una relación con un hombre.

—No estás rota, solo herida, pero eres fuerte y yo, —Le besó en la nariz—, yo estaré a tu lado si me dejas, tendré paciencia, no espera… —Le puso un dedo en la boca—, si alguna vez hago algo que te incomode, solo tienes que decírmelo, pero no me apartes de tu lado. Sé que soy bastante más mayor que tú, pero en mi interior me siento como un veinteañero —sonrió dejando ver sus hoyuelos.

—Ken, no lo hagas por lástima —se le escapó un suspiro—, eso sería peor.

—¿¡Cuándo te va a entrar en esa cabezota tuya que te quiero!? Qué ya no imagino mi vida sin ti, que desde el momento en que te vi supe que tenías la otra mitad de mi alma, quiero compartir contigo lo que sea, lo que quieras, lo que tengas.

—Nunca me he enamorado, pero creo que lo que siento por ti es lo más parecido al amor que nunca sentiré —confesó ella con timidez.



Capítulo 15

Perspectiva de futuro

Volvieron al castillo cogidos de la mano, él llevaba la brida del caballo en una, mientras con la otra le agarraba con fuerza, Lola le miró de reojo y vio que sonreía, se giró hacia ella y le guiñó un ojo, haciéndola sonrojarse.

—Para ya o tendré que besarte —dijo riendo mientras se detenía.

Lola soltó una risita misteriosa y miró hacia el suelo, hasta que sus fuertes brazos la agarraron de la cintura y la llevaron hacia su pecho, desde su altura la dominaba, apenas le llegaba al hombro, pero él la levantó y la puso a su estatura. Sus ojos miraban su boca, ella le devolvió la mirada, le escuchó gemir, se acercó a su cara tanto que podía oler su aliento fresco a menta y hierbas, torció la cabeza y la besó. Su boca se cerró sobre la de Lola con una pasión arrolladora, le arrebató todo pensamiento racional, ella le echó los brazos al cuello y se deleitó con su sabor. Su lengua invadió la boca de la muchacha, mientras ella le salió al paso con la suya, sus salivas se mezclaban y Lola se sentía desfallecer, él se apartó un momento, la miró con sus ojos verdes oscurecidos de pasión y carraspeó.

—¿Estás bien?

—Sí —asintió y él le acarició la nuca—, muy bien.

—Vale, si hago algo que…

Lola se lanzó sobre su boca y retomó el beso donde lo habían dejado. Él torció la cabeza y presionó aún más sus labios, mientras la muchacha se enganchó con las piernas rodeándolo por las caderas, dejando libres las manos que bajaron hasta su trasero para luego subir por dentro de su ropa. Acarició sus costados y cuando llegó al sujetador se le escapó un gemido, sus dedos pellizcaron un pezón que se puso duro al instante. Lola jadeó en su boca y él se apartó con pesar.

—Tenemos que volver al castillo antes de que te tome a la vista de todos —susurró en su oído y las palabras acariciaron su cuerpo como momentos antes lo habían hecho sus manos.

Lola miró a su alrededor y vio que habían salido de la arboleda, a lo lejos se distinguía el pueblo y varios turistas paseando por el puente que conducía al castillo. La muchacha sintió arder las mejillas y le dejó bajarla al suelo despacio. Retomaron el camino de la mano y él la acercó a su cuerpo. Pasó su brazo sobre los hombros de la chica y luego lo dejó en la cintura, ella no le negó nada, aunque algunas imágenes cruzaban su mente, las ahuyentó pensando en Ken, sus ojos verdes y su sonrisa llena de hoyuelos.

—¡Mamiiii! Hemos recogido piedras de la orilla. —Jaime corrió al encuentro de la pareja.

—¡Vaya, son preciosas! Pero pertenecen al dueño del castillo, deberías preguntarle si te

las puedes llevar. —Le guiñó un ojo a Ken con picardía.

—No te preocupes, campeón, yo soy el dueño del castillo y puedes llevarte todas las que quieras.

—¡Bieeen! ¡Mira, Claudia!

Los dos niños se reunieron en la orilla y siguieron buscando piedras, Rob les saludó con la mano, pero desde donde estaban, y a pesar de la distancia, vio cómo fruncía el ceño, se volvía hacia Sara y comenzaron a cuchichear entre ellos.

—Vamos, preciosa, dejaré el caballo en la cuadra y te enseñaré el castillo, por lo menos la parte que no está abierta al público.

—¿Puedo calentarme antes las manos? —se las frotó para entrar en calor.

—¿Por qué no me has dicho antes que tenías frío? —dijo enfadado por no haberse dado cuenta de ello.

—No pasa nada. —Se encogió de brazos—. Solo tengo que frotarlas un poco frente al fuego.

—¡Muchacha! En estas tierras no debes dejar que se te enfríen las manos ni los pies. —Soltó la brida y la cogió en brazos—. Douglas, ocúpate de que atiendan a Atila, tengo que hacer entrar en calor a mi prometida —dijo con voz de mando mientras entraba cargando a la muchacha a pesar de sus protestas.

—¡Sí, señor! —se le escapó una risita al mayordomo—. El salón privado tiene el fuego encendido.

—¡Gracias, Douglas!

Se adentraron dando largos pasos, recorrió el interior del castillo por pasillos estrechos y al final entró en un salón bastante grande, tenía una enorme chimenea en el centro, su fuego caldeaba el ambiente. Ken la dejó en un sillón y lo acercó a la chimenea con ella sentada, notó el calor que traspasa su ropa, y se deshizo del plumas para acercar las manos al calor, estiró las piernas y movió los dedos dentro de las zapatillas sintiendo la agradable calidez que desprendía el fuego. El abrazo la sacó de sus pensamientos.

—¿Mejor? —Le besó en la oreja dejando que su dulce aliento calentara la piel del cuello.

—Sí, mucho. —Lola se recostó contra su pecho.

—Me parece que no vienes muy preparada para este frío —dijo mientras olisqueaba el cuello de la muchacha.

—No pensé que hiciese tanto fresco, pero mañana iré al pueblo para comprar calcetines y guantes.

—Te acompañaré. —Le dio un beso en la nariz y luego un pequeño toque con el dedo en el mismo lugar que había besado.

—No hace falta, hemos venido en coche y quiero aprovechar para ver un poco los alrededores —se apresuró a decir ella avergonzada por su poca previsión.

—Yo te los puedo enseñar —dijo muy serio.

—Pero es que mañana estarán aquí Bronson y Wilcox, tendrás reuniones con ellos y no quiero ser un estorbo.

—Tendrán que aguantarse, y si no, les mando de vuelta a Londres —se carcajeó, aunque tenía una expresión muy seria, tanto que ella dudó que fuera una broma.

—No te rías que esto es muy serio. —Le dio un puñetazo en el hombro—. Además, si ellos se van, yo tendré que volverme.

—De eso nada, tú te quedas. —La cogió en brazos y se sentó en el sillón sujetándola en sus muslos—. Eres mi prometida.

—¡Ups, qué palabra más cursi! —se rio ella sin dar importancia al diálogo que estaba manteniendo con él.

—Podemos cambiarla por otra más definitiva —susurró en su oreja—. Esposa suena mejor.

—No seas burro, apenas nos conocemos. —Le miró muy seria—. Además, mi trabajo está en Londres y el tuyo… —Se quedó pensativa un momento—. ¿En qué trabajas? Si es que lo haces.

—Soy médico, —Acarició su brazo—, cardiólogo, aunque ahora mismo estoy de vacaciones.

—¡Vaya! ¿Y dónde trabajas?

—En Invernes.

—¿Ves? Apenas nos conocemos, y ni siquiera trabajamos en la misma ciudad.

—Eso tiene fácil arreglo, porque nos quedan muchos años para conocernos y estoy seguro de que encontrarás trabajo en Invernes, por lo que me han dicho eres un genio del interiorismo.

—No sigas por ahí. —Intentó levantarse, pero la retuvo—. No voy a cambiar mis planes de vida por nada.

—¿Ni siquiera por amor? —protestó él poniéndole ojitos y sonriendo para dejar ver sus hoyuelos.

La besó en la boca con pasión, sus labios se movían con urgencia sobre los de Lola y su lengua invadió su boca sin vergüenza. Después de todos los asaltos besucones que le había dado hoy, los labios de la muchacha estaban en carne viva, sensibles y suaves, se quejó e intentó que no salieran los gemidos, pero él la escuchó y se apartó de inmediato.

—¿Estás bien? —respiró hondo.

—Sí. Solo tengo los labios doloridos de tantos besos. —Intentó restar importancia, aunque su cara estaba surcada por una pequeña mueca de dolor.

—Lo siento. —Le dio un piquito en la nariz—. Intentaré contenerme —dijo suspirando y sabiendo que le resultaría muy difícil resistir la tentación.

—¡Oh, no lo hagas! Me gustan tus besos. —Le cogió del jersey y se acercó a su boca—. Me gustan tus besos —repitió Lola con la voz ronca.

—Solo vivo para complacerte. —Sonrió Ken mientras pensaba en la forma de cumplir lo que había dicho.

La apretó entre sus brazos y sus labios volvieron a obrar su magia en Lola, la cual sintió que se derretía entre su cuerpo. La tensión se acumuló en su vientre y se removió en su regazo. La mano de Ken se acercó a la cintura de los pantalones de la muchacha que se alarmó, se levantó con tanta rapidez que no le dio tiempo a sujetarla.

—Lo siento, ha sido un desliz. —Dio golpecitos en sus muslos—. Vuelve conmigo, te prometo que no haré nada más.

—Creo que debería salir a buscar a Jaime. —Le puso las manos en la cara—. Ya he entrado en calor —contestó con voz sugerente sin darse cuenta de lo que hacía con él.

—Voy contigo —se le escapó un suspiro y se levantó algo molesto. Ella le miró de reojo.

—¿Estás enfadado? —le susurró incómoda con lo que podría contestar.

—No, pero estoy tan duro que apenas me puedo mover. —Miró hacia su bragueta y le guiñó un ojo a la muchacha.

—Lo…, lo siento. —Notó el calor subir por sus mejillas y apartó la mirada.

—No es culpa tuya. —Le dio un beso en la frente—. Veamos dónde están nuestros niños.

Le miró de reojo sintiendo que algo se le escapaba, aunque hablar tan a la ligera de los niños como si fueran de ambos hizo sentir bien a Lola, él la miró y sonrió también. Salieron al recibidor y vieron llegar a Sara y Rob, cada uno con un niño de la mano.

—¡Mami, mami! He conseguido un montón de piedras bonitas. —Jaime se abrazó a su madre y ella notó sus manos heladas a través del vaquero.

—Creo que alguien tiene las manos heladas. —Lo cogió en brazos.

—A ver, déjame. —Ken le cogió las manos y se las pasó por la cara—. Tienes que calentar estos deditos si no quieres que se te caigan —dijo guiñándole un ojo a Lola.

—Mis dedos no se caen —se rio el pequeño.

—Es que no tiene guantes, papi. —Claudia le echó los brazos a Ken para que la cogiera.

—Habrá que solucionar eso. Vamos a ver si hay algunos de los que se te han quedado pequeños a ti para que los use Jaime.

—¡Síííí, seguro que le vienen bien los del año pasado!

Claudia abrió el camino hacia la planta de arriba, pero en vez de girar hacia la izquierda lo hizo a la derecha, Jaime pidió que le dejaran en el suelo para correr detrás de ella y los cuatro adultos les siguieron a paso más lento.

—Esta es el ala privada del castillo, aquí solo estamos Claudia y yo —aclaró Ken mientras recorrían el pasillo enmoquetado.

—No hace falta que le busques guantes, mañana le compraremos unos —dijo Lola avergonzada una vez más por su poca previsión.

—En Escocia somos muy ahorradores, no debemos malgastar los recursos. —Entró a la habitación abierta y le siguieron el resto.

—¡Vaya! —exclamó Sara—. ¡Menuda choza tiene la niña!

Sobre una plataforma elevada se alzaba una cama enorme en color blanco, las grandes columnas que la rodeaban tenían recogidas unas cortinas de terciopelo rosa a cada lado, salvo en el cabecero. Lola buscó a Jaime y siguió las voces infantiles hasta un enorme armario empotrado, los dos estaban inclinados sobre un gran baúl blanco. Claudia dio un gritito de alegría.

—¡Mira, aquí están! Y la bufanda compañera también. —Les mostró unos guantes de lana en azul marino y con los filos decorados con los colores de los MacRae, se los puso a Jaime y luego le colocó la bufanda satisfecha con lo que veía—. Creo que también había un gorro compañero. —Se inclinó otra vez dentro del baúl.

—No es necesario, Claudia, Jaime tiene un gorro de lana.

—Vale, pero este va a juego con los guantes y la bufanda.

—Mejor no le lleves la contraria, es una profesional de la moda —le susurró Ken en tono risueño.

—¡Ay! Papi, ojalá —suspiró la pequeña y volvió a su búsqueda—. Aquí está. —Sacó una boina a juego con lo demás—. Ya está, esta tarde podremos correr por el pueblo —sentenció la niña.

—Bueno, —Ken miró su reloj—, creo que la señora Oliver ya tendrá preparado el almuerzo para vosotros. —Le revolvió el pelo a Jaime—. Vayamos a comer.

—¡Síííí! Tengo *hambe* —se quejó el niño frotándose la barriga con fuerza.

—Como siempre. —Sara puso los ojos en blanco.

Rob cogió del brazo a Lola y la arrastró fuera de la habitación, cuando creyó que estaban suficientemente lejos le cuchicheó.

—Bueno, cuenta ya. ¿Qué hay entre MacRae y tú?

—¿No te lo ha contado Sara?

—Solo por encima —se quejó.

—Pues no hay nada que decir, nos conocimos, nos gustamos, nos separamos y nos hemos reencontrado.

—¿Pero por qué no me dijiste nada cuando veníamos aquí?

—Porque no me sabía su apellido —le susurró nariz con nariz intentando intimidar a su amigo y que se olvidara del asunto.

—Pero antes se os veía muy acaramelados —insistió.

—Porque me ha estado buscando. —Se encogió de hombros—. Yo pensaba llamarlo en estos días que pasaríamos en Escocia y mira por dónde, lo tenía en el castillo.

—¿Se lo has dicho ya a Bronson?

—No lo he visto. —Miró hacia atrás y vio salir a Ken con cada niño de una mano—. ¿Han llegado ya?

—Sí, hace media hora. Los veremos en la cena.

—Por Dios, no sé qué decirles.

—La verdad, así no habrá malos entendidos.

—Pero pensarán que les he mentido.

—¿Quién pensará que le has mentido? —Ken cogió en brazos a Jaime y le dio un beso en la frente a Lola.

—Bronson y Wilcox, ya han llegado y si les dices que… —Miro a los niños que escuchaban con atención—. Bueno, ya sabes —contestó moviendo los ojos en círculo intentando que él comprendiera.

—Déjame a mí a los arquitectos.

—Papi, ¿Lola es tu novia? —Claudia le tiró del jersey.

—Sí, hija —le sonrió ufano y Lola puso los ojos en blanco—, y Jaime será tu hermano.

—¡Síííí! —exclamaron los dos niños a la vez.

La muchacha se quedó mirando a Ken con cara seria, Sara cogió a Rob del brazo y se lo llevó de allí. Claudia le tomó de la mano a Lola y la hizo andar delante de su padre, de vez en cuando se volvía para ver si las seguían. Ken charlaba animadamente con Jaime que le miraba muy serio. Lola intentó quedarse atrás para escuchar lo que le decía, pero la niña tira de ella. Entraron en una sala recogida, la chimenea estaba encendida y había una pequeña mesa con todo el servicio puesto. Claudia se sentó en una silla y Ken dejó a Jaime en la otra, la señora Oliver entró y saludó a los pequeños con alegría, dejando entrever su boca mellada.

—Hoy *oz* he preparado una crema de calabacín y *Zalmón* a las *finaz hiervaz* con puré de *patataz*. —Sirvió la crema en los platos y le hizo señas a Agnes para que se quedara pendiente de los pequeños.

—Ñam, ñam —se rio Jaime.

—*Ezte* pequeño tiene hambre —le dijo la señora Oliver con cariño.

—Yo siempre tengo *hambe* —dijo el pequeño con alegría mientras la cocinera se carcajeaba.

—Lo tendré en cuenta, pequeño.

Claudia comía sola y con pausa su plato de crema, mientras los miraba sonriente. Lola acercó una silla junto a Jaime y le dio de comer para que no se manchase, de vez en cuando miraba a Claudia que comía sin ningún problema, sintió la mirada de Ken en la nuca, se volvió y le vio sonreír. Agnes se acerca a ella con su lento caminar y la mirada afable.

—Señora, si quiere yo puedo dar de comer al pequeño.

—No te preocupes, Agnes, me gusta hacerlo.

—Como quiera. —Se encogió de hombros y salió de la habitación.

—Esta es nuestra sala, —Claudia le sonrió y volvió a meterse la cuchara—, aquí haremos nuestras comidas, hermanito. —Le tendió la mano a Jaime y él se la cogió. Lola tragó saliva ante el cariño que le demostraba Claudia a Jaime, miró hacia atrás y vio a Ken sonreír satisfecho. Se le acercó y le dio un beso en la frente.

—Tenemos unos hijos maravillosos. —Le revolvió el pelo a Jaime y se inclinó para besar a Claudia en la cabeza.

—¿Tú eres mi papá? —Jaime le miró ansioso.

—Por supuesto. —Le dio un beso en la frente—. ¿No ves cuánto nos parecemos? —sonrió y dejó ver sus hoyuelos, muy parecidos a los de Jaime. El niño miró a su madre con cara interrogante, esperaba que le dijera algo, pero no se atrevía, tenía un nudo en la garganta, sus ojos fijos en ella le hacían sentir mal.

—Mami, ¿Ken es mi papá? —repitió mientras sus grandes ojos oscuros brillaban húmedos.

—¡Oh, pequeño! —Se inclinó y lo abrazó antes de que rompiera a llorar.

—Soy tu papá, Jaime. —Ken la miró muy serio esperando que Lola corroborase su afirmación.

—Sí, Jaime, Ken es tu papá. —Se le escaparon las lágrimas y sintió cómo se humedecía su jersey.

—¿Papi, dónde estabas? —susurró entre los brazos de su madre el pequeño.

—Jaime, no sabía que tú habías nacido, de lo contrario te habría buscado antes. —Ken le abrió los brazos y el pequeño corrió a ellos.

Lola sentía que se ahogaba, nunca pensó que Jaime pudiera echar de menos un padre, cada vez que le mencionaba ella le decía que estaba en el cielo y él parecía satisfecho de su explicación. Miró a Claudia, que les observaba también con los ojos llorosos, se sentó a su lado y la abrazó, ella se acurrucó en sus brazos y sollozó bajito.

—No llores, bonita. —Le levantó la cara hacia ella y le sonrío, la niña la miró con sus ojos verdes tan parecidos a los de su padre y le mostró los mismos hoyuelos de él.

—No lloro de pena —susurró—. Estoy muy contenta de que Jaime sea mi hermanito y que por fin haya encontrado a su papá.

—¿Pero qué pasa aquí? —Sara entró riendo.

—Tita, ¡por fin he encontrado a mi papá! —gritó Jaime entusiasmado.

Sara miró a su prima, que negó con la cabeza, no necesitó decir más, ella sabía lo que pasó, nunca la había juzgado ni había tenido un mal gesto con Jaime, solo por ello ya la quería, pero desde que se vino a vivir con ellos, no era solo su prima, era su amiga, su confidente, su hermana.

—Si queréis ir a comer con los adultos, yo me haré cargo de los pequeños.

—No hace falta, Sara —negó Lola al mismo tiempo con la cabeza.

—Pues deberías ir, han llegado tus jefes y me han preguntado por ti.

—Tiene razón, Lola, deberíamos comer con ellos. —Lola asintió y se levantó dejando a Claudia en su silla, Ken hizo lo mismo con Jaime, que se resistió un poco, pero Sara destapó la fuente del centro y le enseñó el salmón al mismo tiempo que daba golpecitos en la silla.

Salieron juntos del pequeño comedor y al cerrar la puerta Lola se lanzó a su cuello, él la cogió y aprovechó para besarla, la arrastró a ese punto en el que no sabía dónde estaba ni le importaba, ahora mismo solo quería besarle y probar una vez más su sabor, solo estaban él y ella, todo lo demás podía esperar. El carraspeo a su espalda les hizo separarse a disgusto.

—Señor, preguntan por usted en el gran salón. —Douglas se volvió sin esperar respuesta.

—¿Quieres cambiarte de ropa? —preguntó Ken sin apartar la mirada de sus ojos negros de pasión.

—¿Estoy mal?

—Estás para comerte —dijo con voz ronca y le dio un beso en la frente, la agarró por la cintura—. Vamos entonces a enfrentar a tus jefes.

Lola se dejó guiar por los pasillos y escaleras, en el recibidor giraron a la izquierda y abrieron unas grandes puertas de madera, ante ella vio una habitación enorme, dos grandes chimeneas enfrentadas la calentaban y una gran mesa de madera entre ellas. Las paredes de piedra estaban vestidas con tapices. Al fondo, cuatro grandes ventanales ojivales de cristales emplomados dejaban pasar la luz de la luna, y bajo ellos, varios asientos cubiertos con cómodos cojines de colores coordinados con el tartán de los MacRae que invitaban a sentarse para mirar por el cristal y disfrutar del paisaje. Admiró el techo, del que colgaban tres grandes lámparas de araña, sus cristales atrapaban la luz del fuego y la distorsionaban lanzándola por toda la estancia mientras creaban destellos de colores en las paredes y los muebles. La calidez del suelo se lograba cubriendo el entarimado con una alfombra tejida con los colores de los MacRae. Por un momento le sobrecogió el esplendor del salón.

Ken la cogió del brazo y la invitó a entrar, entonces se dio cuenta de que los estaban mirando todos. Matthew estaba junto a su padre y Wilcox. Rob detrás de ellos sonreía conciliador. Beca se le acercó y la felicitó con efusividad.

—¡Qué calladito te lo tenías Lola!

—Podrías habernos dicho algo, así hubiésemos estado mejor preparados. —Jonas se acercó también y le dio un abrazo de oso.

—No sé qué decir, la verdad, no sé lo que les han contado.

—Señorita González, no debería habernos ocultado su relación con el señor MacRae.

—Lo siento, señor Bronson, yo le pedí que no dijese nada para no atraer favoritismos hacia ella. —Ken cogió a Lola de la cintura y la acercó más a su cuerpo.

—¿Entonces no estabais separados? —Matthew se les acercó con cara de pocos amigos.

—Bueno, yo diría que 976 kilómetros es bastante separación. —Miró enojado a Matthew, pero él no se acobardó.

—Pues no te oponías a que yo la cortejase —dijo con rabia Matthew.

—¡Matthew! No seas niño, yo pensé que andabas tras las faldas de esta señorita. —Señaló a Beca—. Nunca imaginé que quisieras quitarme a mi mujer y mi hijo.

—¿El niño es tuyo? —a Matthew se le escapó un gemido.

—¿Lo has visto bien? Es cierto que tiene el pelo claro y los ojos oscuros de su madre, pero no me negarás que en lo demás es igualito a mí. Mi abuela incluso dice que será más grande que yo. —Sonrió satisfecho al ver cómo el joven arquitecto se echaba hacia atrás con cara de pocos amigos.

—De todas formas —intervino Wilcox—, debería habernos advertido que la señorita González era su pareja, esto puede ocasionar tensiones entre el resto de empleados de la firma. Pensarán que ha habido un trato de favor, cuando es todo lo contrario. Ella se ha ganado su puesto en el equipo por méritos propios.

—Les pido disculpas por la omisión, —Ken sonrió a los presentes—, y no crean que por estar ella en su firma les voy a dar el proyecto sin más, de hecho, mañana espero a un equipo de arquitectos españoles que también quieren participar, además del equipo alemán que llegará en dos días.

—Es cierto, ya nos avisó —dijo conciliador Bronson—. Matthew, puesto que ya hay dos arquitectos y tú has podido observar de primera mano el castillo, puedes volver a Londres cuando quieras.

—Eso mismo estaba yo pensando —gruñó mientras apuraba su copa de whisky.

Se sentaron en la mesa y Ken hizo ponerse a su lado a Lola, el resto se distribuyó alrededor en los sitios que habían ocupado antes de que entraran. Rob le sonrió cómplice y Lola se fijó en que Beca y Jonas estaban más juntos de lo normal, observó el lenguaje de sus cuerpos y se percató de sus continuos roces, eran como una pareja de enamorados. La comprensión le hizo dar una exclamación. El señor Bronson, que se sentaba a su derecha, la miró y le preguntó con suavidad.

—¿Ocurre algo, querida?

—No, nada —negó mientras le subían los colores.

Lola se comió la crema de calabacín mientras el resto hablaba sin tapujos de las mejoras que necesitaba el castillo, escuchó a Matthew que pensaba en tecnología solar para ahorrar energía. Beca le rebatió, pues no había la suficiente cantidad de horas solares para cargar las placas. Además, sería muy difícil esconder esos armatostes en la estructura para no romper la armonía arquitectónica del edificio.

—¿No han pensado en caldear las estancias con las chimeneas? —dijo Lola mientras troceaba el salmón.

—Así es como se caldea ahora mismo el castillo y está claro que es insuficiente —Matthew se rio de ella con satisfacción de poder dejarla en ridículo.

—Bueno, habría que instalar un sistema de calefacción con agua calentada en las chimeneas y que repartan su calor por todas las habitaciones —contestó sin hacer caso de las palabras de menosprecio del arquitecto.

—Creí que tenías un título de interiorista, no de ingeniería o arquitectura —replicó Matthew con maldad.

—Pues es una gran idea. —Wilcox miró a Jonas y Beca—. Tomen nota y usted, señorita González, buena observación.

Terminaron de comer y Lola se disculpó para ir en busca de Jaime. Llamó a Sara por teléfono y le avisó que estaban en el cuarto de Claudia, intentó recordar el camino, pero se perdió al girar en un pasillo y acabó en una habitación ciega, un ventanuco apenas dejaba pasar luz y la piedra vista estaba revestida de moho y humedad. Se le escapó un escalofrío y salió por donde había venido, entonces se dio cuenta de que había bajado escaleras en vez de subirlas, desanduvo el camino y se encontró a Agnes que iba a la cocina.

—Agnes, ¿puedes decirme cómo llegar al cuarto de Claudia? Me temo que me he perdido. —Le sonrió con calidez y avergonzada por el despiste.

—Venga conmigo.

Subieron las escaleras y la llevó a la primera planta, le hizo girar a la derecha y le indicó que casi al final del pasillo, se encontraba la habitación de la niña. Le agradeció su ayuda y entró al cuarto, Jaime estaba profundamente dormido en el centro de la cama y tenía cogida de la mano a Claudia, que también está dormida a su lado.

—No he querido dejarles solos por si Jaime se despierta asustado, —Sara la miró satisfecha y sonrió—, están para comérselos.

—Tienes razón. —Se grabó la imagen en la memoria y recordó el móvil, lo sacó y les hizo una foto.

—¿Ahora me vas a decir lo que pasa? —le susurró para no despertar a los niños.

—Se lo he contado todo, no solo sigue diciendo que me quiere, sino que le ha dicho a Jaime que él es su padre.

—¡Uau! —Se puso la mano en la boca—. Sí que va en serio.

—¿Tú crees?

—Está loco por ti, desde que te conoció, eso es un hecho. Ahora solo falta que tú quieras darle una oportunidad, y por lo que veo, has empezado a confiar en él, si no, no le habrías dejado decirle eso a Jaime.

—Tienes razón, pero me da miedo.

—Coge la vida por los cuernos y toréala, no puedes, no debes seguir escondida, te mereces, no, os merecéis ser felices.

—¡Gracias por todo, Sara!

Se abrazaron como amigas, se querían como hermanas, el destino las unió en momentos difíciles. Con cuidado, cogió a Jaime y lo acomodó en su hombro para llevarlo a su dormitorio, el pequeño se movió un poco y después se acomodó de nuevo, podía sentirle chupar, aunque no tenía nada en la boca. Sara le abrió la cama y lo dejó en el centro, le dio un beso y una sonrisa soñolienta le iluminó la cara.

—Hazme caso, dale una oportunidad. —Sara se acurrucó junto a Jaime en la cama y se durmieron.

Lola no podía dormir, salió del cuarto en silencio y buscó a Ken, necesitaba decirle lo que había decidido, aclararle palabras que no se dijeron, presentarle un futuro juntos. Solo de pensarlo ya sonreía. Bajó al salón en busca del hombre que consiguió romper sus barreras y no tuvo que andar mucho. Con los pies pesados subía la escalera sin mirar al frente, sus ojos se perdían en cada paso que daba hasta que levantó la cabeza y sus miradas se encontraron.

—Lola —dijo con la voz ronca—. ¿Has comprobado que los niños estén bien? —Se acercó a ella sonriendo y esperanzado con la expresión de ella.

—Claudia está en su cama durmiendo y Jaime está con Sara. —Se mordió el labio indecisa y se armó de valor—. Solo quería decirte que recorreremos juntos este camino para ver a donde nos lleva.

Él subió de dos en dos los pocos escalones que les separaban, cuando por fin estuvo junto a ella la tomó en sus brazos y la besó, dejando salir toda la pasión que sentía. Sus bocas se unieron en un frenesí de lenguas mientras la saliva circulaba entre ambos convirtiéndoles en uno. Lola jadeó y él se apartó resignado, sabía que necesitaba tiempo y paciencia.

—Te acompaño a tu cuarto para que no te pierdas —dijo en voz baja poco convencido, deseaba otra cosa.

—Gracias, mañana hablaremos con más calma —le contestó cuando llegaron a la puerta de su habitación, se empinó y él se agachó para volver a capturar sus labios en un beso tierno.

—Gracias a ti por darme una oportunidad, no te arrepentirás.

Lola cerró la puerta despacio y se apoyó en ella sonriendo, se acostó junto a Jaime y Sara, sabiendo que la vida le daba una nueva oportunidad.

Continuará…

Nota de la autora

Todos los personajes de esta historia son ficticios, cualquier semejanza o parecido con alguien real, es pura coincidencia. He usado el castillo de Eilean Donan como escenario, y las personas descritas en este libro, aunque lleven el apellido MacRae, nada tienen que ver con los reales. Tan solo me he permitido hablar de John MacRae-Gilstrap como la persona que restauró el castillo. He incluido hospitales, calles, y comercios reales solo para dar más credibilidad a la historia. Espero me disculpen si no les gusta mi atrevimiento, pues en ningún momento lo hice de mala fe.

Agradecimientos

Querido lector, tengo que darte las gracias por elegir mi novela. Espero y deseo que la hayas disfrutado tanto como yo escribiéndola y, aunque es un libro de ficción, tiene una parte real que no hay más que leer en las noticias, las violaciones en grupo parece que se han puesto de moda, algo tan obsceno y tan aberrante que dio pie a que escribiera esta historia. Aun así, con esta obra, además de la denuncia social contra este tipo de delitos, quiero dar esperanza a todas aquellas mujeres que han sufrido este abuso, en sus manos está hacer que quienes las sometieron, no venzan, cada mujer tiene la resiliencia para oponerse a sus verdugos y superarlos. No podemos ni debemos permitir que esta atrocidad continúe.

Si te ha gustado, te agradecería que me dejaras una reseña en Amazon, de esta forma me ayudas a difundir mi obra. Por ello, te doy las gracias de corazón y espero que nos encontremos de nuevo entre páginas.

Quiero agradecer también a mis lectores Beta: Natalia y Manuel Ortuño, cuyos consejos y anotaciones me han ayudado a mejorar esta historia. Han sido mis primeros críticos y han dado un toque de valor a mi escritura. Gracias por mostrarme los fallos y alentarme. Gracias a Christine Tales por sus charlas divertidas. También agradezco a Beatriz Codina, compañera de letras cuyos consejos valoro como el oro. También agradezco a todos mis compañeros de MAPEA que siempre me apoyan. Y por último pero no menos importante, gracias a mi familia, mi esposo y mis 3 hijos. Son el motor que mueve mis días.

Gracias a Noelia Jimenez Moyano, por un trabajo genial, a pesar de mis torpezas.

Gracias también a Virginia Salazar, maquetadora y diseñadora de las portadas de mis libros.

Gracias al grupo Letras de Sangre, por su apoyo incondicional.

Gracias a todos los que por redes me apoyáis, me encanta compartir con todos el día día de una escritora

Repito mi más sincero agradecimiento a ti que me lees, espero que sigas disfrutando de mis historias.

Si quieres contactar conmigo, puedes hacerlo en el correo: cruz3tony@gmail.com

Te dejo también mis perfiles de Instagram:

https://instagram.com/hellencrossescritora
https://instagram.com/toni_cruz_romero

About The Author

Hellen Cross

Hellen Cross es el pseudónimo para publicar novelas románticas y eróticas de Toñi Cruz Romero nacida en Cazorla, hija de periodista, de quien aprendió a amar los libros y el gusto por la literatura de cualquier género, aunque se decanta más por la novela histórica, la negra y la romántica. Durante 8 años trabajó como auxiliar psiquiátrico, aunque volvió a estudiar Artes Aplicadas en la especialidad de decoración para dar salida a su inquietud artística. Ejerció muy poco tiempo como interiorista y se centró en su trabajo como monitora de pintura y artes plásticas para adultos y niños en la Universidad Popular Municipal de Jaén. Su influencias literarias van desde Ken Follet o Almudena Grandes, hasta Frederick Forsyth o Katherin Woodweiss. Siempre escribió para sí misma, hasta que decidió mostrar su trabajo como escritora. Su primer libro Hasta que el tiempo nos alcance es publicado por Platero coolbooks. Quédate conmigo es su primera novela romántico-erótica. Venganza es el segundo libro de la serie vidas truncadas. Termina esta trilogía con Rebelde. Su última novela publicada es Una navidad perdida. Tiene además varios proyectos conjuntos que se publicarán en breve por editorial Platero Coolbooks, un libro de cuentos fantásticos escrito en grupo y un ensayo sobre la paz, escrito con 10 autores más. Ha participado además en dos libros de relatos auto publicados en Amazon.

Books By This Author

Quédate conmigo (vidas truncadas nº 1)

Bel huyó de casa cuando murió su padre, se hizo una nueva vida en un intento de olvidar los abusos sufridos desde niña. Estudió Bellas Artes y con la carrera terminada quiere hacer aquello para lo que vive, lo único que la aleja de sus pesadillas y aporta a su vida una esperanza de normalidad. Solo necesita una oportunidad para demostrar la calidad de sus pinturas y para ello se presenta en una galería de arte donde buscan pintores noveles. Cuando Samuel Callaghan la ve, sabe que necesita conocerla, acercarse a ella.
Él nunca pensó que la muchacha que entró en su vida por casualidad, sería capaz de trastornarle de tal forma. Pero ha descubierto que no puede vivir sin ella y quiere retenerla a toda costa.
Dos personas de mundos muy diferentes y unidas por oscuros secretos. La atracción entre ambos es tal que les unirá sin remedio ¿serán capaces de poner sus vidas en orden? ¿puede una relación surgir de la nada hasta convertirse en adictiva? ¿puede un amor tóxico sanar dentro de una relación hasta convertirse en amor de verdad?
Cuando por fin parece que pueden solucionar sus vidas el pasado vuelve para poner en peligro el frágil equilibrio que han conseguido.

Venganza: Vidas truncadas 2

La vida de Sam y Bell parece idílica, con su hijo Albert viven su amor. Pero él no puede evitar sus tendencias controladoras y su relación se ve entorpecida por algo que apenas puede controlar y que ella no está dispuesta a tolerar. Pero ese no es el único inconveniente que tendrán que sortear. El pasado vuelve para demostrarles que lo vivido es solo un espejismo mientras la realidad les pasa por encima y la maldad vuelve a rodear sus vidas.

Rebelde: vidas truncadas 3

Rebelde es la terminación de la trilogía Vidas Truncadas.
Liz es rebelde, lo tiene todo, pero no quiere pagar el precio por esa vida sin preocupaciones. Obstinada, huye de casa en un arrebato de rebeldía y en su camino conocerá la amistad, el amor, la envidia y el odio. Atrás quedó el amor juvenil de Sam, los sueños de libertad que solo fueron una quimera que su posición social no le permitía alcanzar a pesar de ser rebelde. Una vida rota por su insumisión que, sin ella saberlo, se verá reflejada en la de quienes la conocen y sentará las bases de un futuro oscuro del que solo ella con su tenacidad, tiene la llave para salir. Aprendió a ocultar su dolor y vive de espaldas al mundo, resignada sin olvidar que ella es rebelde.

Una Navidad perdida

Tres personas que afrontan la vida de forma diferente y sin embargo están unidas por la magia. María no sabe cómo salir de su depresión, volver a vivir tras la pérdida de su hijo es todo un reto que adquiere cada día y sin embargo, cada noche le hace volver a la casilla de salida.

María llora la pérdida de su hijo, es tanto el dolor, que tiene su vida parada desde ese momento. Se acercan las fiestas navideñas y, sin embargo, nada parece alegrar sus días.

Jaime es un chico solitario, tiene un buen trabajo y vive con su perro y dos gatos. Cuando conoce a Inés, toda su vida cobra sentido y solo espera el momento de llegar a casa para encontrarse con ella.

Inés nunca ha tenido suerte, toda su vida fue una prueba para endurecerla y ya está cansada de trabajar duro para arreglar los errores de sus malas decisiones.

Sus vidas se entrelazan alrededor del eslogan que ese año se ha hecho un hueco en todos los espacios publicitarios; «Si no la disfrutas, es una Navidad perdida».

HASTA QUE EL TIEMPO NOS ALCANCE

El descubrimiento de una tumba intacta en Marroquíes Bajos pone en jaque el plan de ordenación urbana de la ciudad de Jaén (Andalucía). Los arqueólogos Juande y Ana quieren impedir el cierre de la excavación por presiones inmobiliarias, mientras desentrañan los enigmas del yacimiento. ¿Serán capaces de proteger el hallazgo de la rapiña inmobiliaria? Un papiro revela la realidad de la procedencia de los cuerpos allí sepultados. Su estirpe, la influencia de culturas tan lejanas y distantes en el tiempo y el espacio, nos traslada a una época donde la geolocalización será decisiva para la evolución humana. En Jaén empieza a desarrollarse la primera gran ciudad del calcolítico en Europa. Su aventura es un viaje en el tiempo que comienza en el año 1200 a.C. al otro lado del Mar Mediterráneo, con el declive de las primeras civilizaciones prehelénicas, que obliga a Ion y Eirene a viajar en busca de una vida lejos de la violencia e intrigas políticas y palaciegas. Tiempos convulsos que les harán tomar drásticas decisiones. Ayudados por el joven Akenatón, comienzan la búsqueda del olvido de quiénes son y una nueva vida donde decidir quiénes quieren ser. Los pliegues del tiempo los volverán a unir para desentrañar el pasado en busca de un futuro.